

MEJ

manual
espiritualidad
juniors



ÍNDICE

05 **Presentación**

06 **Prólogo**

09 **Introducción**

13 **Fundamentos de espiritualidad**

1. ¿Qué es la espiritualidad cristiana?

1.1 Apertura a Dios en Cristo

Jesús y su relación con Dios: Padre

Jesús es el Camino

El Espíritu de Dios está sobre mí

1.2 La oración de Jesús: el Padrenuestro

Confianza en la voluntad del Padre

Participamos de la relación entre Jesús y el Padre

Nuestra oración: una relación real y necesaria

2. Fundamentos de espiritualidad

2.1 La Palabra de Dios

2.2 Los sacramentos

25 **La espiritualidad vivida en Juniors**

1. Somos Iglesia: Siempre Unidos

1.1 La unidad

La unidad a la que Dios nos invita

La Iglesia es una, a pesar de sus divisiones

1.2 "Siempre Unidos": deseo, oración y compromiso

Deseo de unidad

La unidad como oración

La unidad como compromiso

1.3 Los frutos de la comunión: Iglesia - Diócesis - Parroquia

Juniors en la Iglesia

Juniors en la Diócesis

Juniors en la parroquia

2. Desde la fe, en la vida cotidiana: la Misa y los ritos Juniors

2.1 La Eucaristía, sacramento de Unidad

2.2 Los ritos Juniors: signos del crecimiento en la fe

Rito del Pacto de Equipo

Rito de la imposición de la pañoleta

Rito de la entrega de la cruz

Rito de la Promesa

Entrega de la Palabra

2.3 Ritos para la vida

49 La oración Juniors: identidad en la oración

1. La oración, relación de amistad

2. La Oración Juniors

2.1 El seguimiento del discípulo

2.2 El pan de la amistad, dado a los hermanos

2.3 Ayúdame a crecer en lo verdaderamente importante

65 La Ley Juniors: así queremos vivir

1. Amaos (Jn 13,34)

2. Las virtudes teologales: viviendo el Amor

2.1 Fe

2.2 Esperanza

2.3 Caridad

3. Nuestra vida a la luz de la Ley Juniors

**77 Principios de Vida Juniors:
la vida social que brota de la fe**

1. Fundamentos de los Principios de Vida Juniors

1.1 Las virtudes cardinales

1.2 Los principios de la Doctrina Social de la Iglesia



2. Los Principios de Vida Juniors en la sociedad

2.1 Ser comprensivo con los demás y exigente conmigo mismo

Fundamento del primer PVJ

La prudencia

El principio de la dignidad de la persona humana

2.2 Defender la justicia y luchar por un mundo nuevo

Fundamentación del segundo PVJ

La justicia

El bien común

2.3 Vivir en la verdad para conquistar mi libertad

Fundamentación del tercer PVJ

La templanza

El principio de subsidiariedad

2.4 Fortalecer mi espíritu para estar dispuesto a servirte a ti, Jesús, y a mis hermanos

Fundamentación del cuarto PVJ

La fortaleza

El principio de solidaridad

3. El valor divino de lo humano

97 San Mauro, patrón de Juniors y ejemplo de santidad

1. La santidad y la amistad con Dios

1.1 ¿Qué significa ser santo?

2. San Mauro, amigo de Dios

2.1 Las virtudes de San Mauro

La humildad

La caridad

La obediencia

3. Mauro, modelo de Santidad

107 Glosario, siglas y abreviaturas

115 Para saber más...

PRESENTACIÓN

Quizá te estés preguntando ¿Para qué sirve este libro? Este Manual de Espiritualidad Juniors tiene como finalidad mostrar los fundamentos de los Rasgos de Identidad propios de la Espiritualidad Juniors. Es una herramienta que te puede servir de apoyo en la realización de las actividades en los Centros Juniors. Pero, por encima de todo, busca ayudarte en el crecimiento personal de la Fe.

Se ha preparado con un lenguaje cercano y riguroso. De esta forma puede adaptarse a la realidad de tu centro, sea cual sea. Si tienes alguna duda sobre algún concepto, al final del libro hay un Glosario que tal vez pueda ayudarte.

La estructura de este Manual va de los contenidos más generales a los más propios de la Identidad Juniors. Concluyendo con un ejemplo que nos marca nuestro estilo de vida: nuestro patrón San Mauro.

Finalmente, en el libro se presenta el apartado "Para saber más". En él sugerimos algunos textos que han nos han servido como base en la realización del libro y que pueden interesarte.

Desde la secretaría de Identidad y Proyecto Educativo Juniors esperamos que disfrutes leyendo este Manual de Espiritualidad Juniors tanto como nosotros hemos disfrutado haciéndolo.

Un saludo y Siempre Unidos

Jesús Ramon Gabaldó Sancho
Secretario de Identidad y Proyecto Educativo Juniors

PRÓLOGO

«Evangelizadores con Espíritu quiere decir evangelizadores que oran y trabajan. Desde el punto de vista de la evangelización, no sirven ni las propuestas místicas sin un fuerte compromiso social y misionero, ni los discursos y praxis sociales o pastorales sin una espiritualidad que transforme el corazón. Esas propuestas parciales y desintegradoras sólo llegan a grupos reducidos y no tienen fuerza de amplia penetración, porque mutilan el Evangelio. Siempre hace falta cultivar un espacio interior que otorgue sentido cristiano al compromiso y a la actividad. Sin momentos detenidos de adoración, de encuentro orante con la Palabra, de diálogo sincero con el Señor, las tareas fácilmente se vacían de sentido, nos debilitamos por el cansancio y las dificultades, y el fervor se apaga»

(*Evangelii Gaudium*, 262)



Vienen a mi memoria muchos momentos compartidos en mis compromisos personales en Juniors M.D. y, no es casual, que la mayoría de esos recuerdos son tiempos de oración y celebración: la Eucaristía, las oraciones en los campamentos, “LLum a la nit”, incluso lo vivido con tanta intensidad en los primeros meses de 2020, retransmitiendo las celebraciones desde la Capilla de nuestra sede diocesana. Digo que no es casual, eran acontecimientos que nos permitían estar verdaderamente unidos, alegres, felices. Era y es la fuerza que necesitábamos en cada momento para seguir caminando. Es el sentido pleno de nuestra espiritualidad que tiene sus fuentes en la Palabra y en los Sacramentos, en el encuentro personal con Jesús para ser verdaderos evangelizadores con espíritu “que oran y trabajan”.

No hay misión si no nos arde el corazón, de ahí la necesidad de la oración. *En el comienzo de mi juventud, voy hacia ti Jesús... Orar, no es otra cosa sino poner tu existencia diaria, en sus mínimos instantes, en contacto con la persona de Jesús para que actualice en ti su Encarnación. Vives continuamente por él, con él y en él en el entramado cotidiano de tu existencia, en comunión con todos tus hermanos. Cuanto más contemplas a Jesús más te transformarás en él a condición de que vivas como él ha vivido, en un don total de ti mismo al Padre y a los hermanos. Así es, la*

espiritualidad cristiana se fundamenta y alimenta en la relación personal con Cristo, Maestro y Señor. Sin esa experiencia íntima y permanente no es posible la misión, ni la comunión. *«Con el amigo hablamos, compartimos las cosas más secretas. Con Jesús también conversamos. La oración es un desafío y una aventura. ¡Y qué aventura! Permite que lo conozcamos cada vez mejor, entremos en su espesura y crezcamos en una unión siempre más fuerte. La oración nos permite contarle todo lo que nos pasa y quedarnos confiados en sus brazos, y al mismo tiempo nos regala instantes de preciosa intimidad y afecto, donde Jesús derrama en nosotros su propia vida. Rezando “le abrimos la jugada” a Él, le damos lugar “para que Él pueda actuar y pueda entrar y pueda vencer”... Así es posible llegar a experimentar la unidad constante con Él, que supera todo lo que podamos vivir con otras personas... No prives tu juventud de esta amistad. Podrás sentirlo a tu lado no sólo cuando ores. Reconocerás que camina contigo en todo momento. Intenta descubrirlo y vivirás la bella experiencia de saberte siempre acompañado...» (Christus vivit, 155-156)*

No podemos olvidar, en ningún momento, nuestro estilo de vida, contrastado con el paso de los años y mostrado a través de la hermosa tarea realizada por Juniors M.D. en nuestra Archidiócesis de Valencia. El compromiso se mantiene vivo, la mi-

sión que se nos encomienda es muy bella, para mantener vivo el ardor misionero hace falta una decidida confianza en el Espíritu Santo, porque Él *«viene en ayuda de nuestra debilidad»* (Rm 8,26)... pero esa confianza generosa tiene que alimentarse y para eso necesitamos invocarlo constantemente. Hago memoria ahora de lo que nos decía, años atrás, San Juan Pablo II: *«En la causa del Reino no hay tiempo para mirar para atrás, y menos para dejarse llevar por la pereza... es importante que lo que nos proponemos, con la ayuda de Dios, esté fundado en la contemplación y en la oración. El nuestro es un tiempo de continuo movimiento, que a menudo desemboca en el activismo, con el riesgo fácil de hacer por hacer. Tenemos que resistir a esa tentación, buscando “ser” antes que “hacer”... Hace falta un cristianismo que se distinga ante todo en el “arte de la oración”... Hace falta, pues, que la educación en la oración se convierta en un punto determinante de toda programación pastoral»* (NMI, 15, 32 y 34)

La unidad de tu vida no es asunto de técnicas o de recetas: es asumir tu ser en el de Cristo para vivir siempre en la presencia del Padre en armonía con su voluntad y al servicio de los demás. Que tu única regla sea el tener, día y noche, el sentido de la presencia de Dios. Esa es y será tu pobreza y tu grandeza, pues la razón de la verdadera pobreza es la total confianza en Dios. Sí, por muchas que sean

tus debilidades, si te ofreces al Amor misericordioso del Padre y confías, experimentarás la infinita ternura de Dios. La oración no es otra cosa que ese abrazo amoroso de Dios que estrecha contra su corazón y sus brazos al hijo recobrado.

Evangelizadores y misioneros con Espíritu. Los Juniors estamos llamados a serlo. Para ello necesitamos unir la dimensión contemplativa a la praxis, tomar siempre como modelo la vida de Jesús, interceder por todos, tocar la miseria humana y amar a la gente: *«Todos los creyentes necesitamos reconocer esto: lo primero es el amor, lo que nunca debe estar en riesgo es el amor, el mayor peligro es no amar... El amor implica entonces algo más que una serie de acciones benéficas. Las acciones brotan de una unión que inclina más y más hacia el otro considerándolo valioso, digno, grato y bello, más allá de las apariencias físicas o morales. El amor al otro por ser quien es, nos mueve a buscar lo mejor para su vida. Sólo en el cultivo de esta forma de relacionarnos haremos posibles la amistad social que no excluye a nadie y la fraternidad abierta a todos»*. (Fratelli tutti, 92 y 94).

¡Siempre Unidos!

Arturo Ros Murgadas
Obispo auxiliar de Valencia

INTRODUCCIÓN

Justificación MEJ

El Material sobre Espiritualidad Juniors (MEJ) es una fundamentación de aquello que constituye uno de los pilares del movimiento Juniors M.D.: la relación con Dios. Puede ser algo redundante hablar de una “espiritualidad Juniors”, en tanto que la espiritualidad Juniors es la espiritualidad cristiana. Sin embargo, si ser cristiano a través de la metodología que propone Juniors para la etapa de infancia y juventud tiene algunas peculiaridades, la manera de vivir la relación con Dios también debe incluir algunas notas que se deriven de los destinatarios y de la manera en que éstos son evangelizados y evangelizan. Es por ello, que este material se propone a todos los miembros de Juniors M.D., particularmente a educadores y consiliarios, para que puedan reconocer y profundizar en aquellas notas propias que posee la relación con Dios en el ámbito del movimiento.

Cuando hablamos de fundamentos en lo tocante a Juniors, siempre tenemos que remitirnos a la expresión de la identidad y la finalidad que posee el movimiento, como punto de partida. Sirva como introducción plantear que el movimiento Juniors M.D., cuando habla de su identidad y su finalidad en sus estatutos, plantea lo siguiente:

Identidad (Art. 3 nn. 1-2)

1. “Juniors M. D.” es una Asociación juvenil, constituida por laicos, que participan en la **misión de la Iglesia**, con la tarea de **evangelizar** a los niños, adolescentes y jóvenes, de forma comunitaria y orgánica.
2. “Juniors M. D.” se identifica por su **acción evangelizadora**, que busca la educación integral de los niños, adolescentes y jóvenes, en orden al **crecimiento en el seguimiento de Jesucristo en la Iglesia**, y, simultáneamente, en el bien común de la sociedad democrática, y, así, adquirir un sentido más íntegro de la **dignidad de la persona**, de la responsabilidad y uso recto de la libertad, y, participación activa en la vida social.

Finalidad (Art. 4 nn. 1-4)

1. La finalidad de “Juniors M. D.” consiste en **anunciar el mensaje de Cristo**, tanto a los niños, adolescentes y jóvenes, que forman parte del Movimiento,

como a la sociedad donde se inserta, ejerciendo con ello una acción transformadora.

2. La **evangelización** es un proceso educativo de crecimiento humano y cristiano, con una pedagogía y proyecto propio, personal y comunitario, que es inherente a la **Palabra de Dios**, y, que se desarrolla mediante su **acogida permanente**, la **celebración litúrgica**, especialmente los **Sacramentos**, y, el testimonio de la **caridad**.

3. La tarea evangelizadora no es un acto individual y aislado de cada uno de los miembros del Movimiento, sino profundamente **eclesial**. En este sentido, la labor de “Juniors M. D.” se inserta en la **Parroquia**, “comunidad de fieles constituida de modo estable en la Iglesia particular, cuya cura pastoral, bajo la autoridad del Obispo diocesano se encomienda a un párroco, como su pastor propio” (c. 515 § 1). De esta forma, “Juniors M. D.” está al servicio de la Diócesis de Valencia, y, contribuye activamente en los proyectos de la misma.

4. La **dimensión misionera de la evangelización** se concreta en el Movimiento, viviendo la **caridad**, mediante la realización de actividades para la cooperación local e internacional al desarrollo de los pueblos y sus gentes.

En estos puntos de los estatutos, vemos que hay distintas palabras destacadas que nos están indicando que, las mismas dimensiones que fundamentan y afectan a la Iglesia, son las que fundamentan y afectan la acción de Juniors M.D. La evangelización, el anuncio de la Buena Noticia de la Salvación, que es el mismo Jesús, es imposible llevarla a cabo sin tener en cuenta que, como nos recordó el Papa Benedicto XVI: «No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva» (DCE 1). Así, la evangelización no puede llevarse a cabo sin el encuentro con aquél que es la Buena Noticia: Jesús mismo. Si verdaderamente creemos que la evangelización no es enseñar una serie de doctrinas, sino presentar a Aquél que nos pide que le sigamos en el camino de nuestra vida, **la relación con Él y en Él, y en definitiva, con Dios mismo, es el fundamento de la evangelización.**

La misión de toda la Iglesia es la misión de Juniors M.D., que se vuelve peculiar en sus destinatarios y en sus métodos, pero guardando, al mismo tiempo, una continuidad fundamental. Es por ello que, hablar del **fundamento de la espiritualidad Juniors**, es hablar del **fundamento de la relación con Dios que la Iglesia lleva viviendo en Cristo en la acción del Espíritu Santo desde sus inicios**. Por tanto, el primer paso que daremos en estos materiales es señalar,

en algunos puntos, los fundamentos de la espiritualidad cristiana, tanto en una dimensión teórica, como en los elementos que la sustentan: **la Palabra de Dios y los sacramentos.**

Una vez expuestos esos puntos fundamentales, será el momento de ver la **relación de los fundamentos de la espiritualidad cristiana con los rasgos básicos de Juniors M.D.** a través de su lema como expresión de una realidad vivida que se proyecta hacia el futuro, y la manera particular en la que Juniors se expresa en la fe creída y celebrada: los ritos Juniors. Ahora bien, el punto en el que mejor se refleja la identidad Juniors en la relación con Dios es la **Oración Juniors.**

“Oración Juniors” es una expresión ambigua, pero esta ambigüedad nos sirve para dos cosas. En primer lugar, para centrarnos en el texto de la oración Juniors y comprobar cuál es la propuesta de Juniors para vivir la fe, que particulariza, para sus destinatarios, la propuesta de la relación con Dios vivida por cada cristiano. Sin embargo, en segundo lugar, esta expresión de “oración Juniors” abre la puerta a exponer los fundamentos de las propuestas de oración que se hacen a través del movimiento, pues las propuestas particulares que se realizan a las distintas etapas que conforman Juniors M.D., parten de la necesidad de promover y acompañar la relación con Dios de los miembros del movimiento.

Centrándonos en la relación con Dios, observamos cómo ésta viene mediada por tres virtudes fundamentales que afectan y condicionan las relaciones del hombre: las llamadas **virtudes teologales.** Estas virtudes, que pueden ser vividas parcialmente por todos los hombres, son elevadas por la gracia hasta tal punto que capacitan para vivir una relación con Dios que se abre al prójimo. En Juniors, estas tres virtudes vienen expresadas a través de la llamada **“Ley Juniors”,** de manera que, profundizando en ella, podemos observar cómo se debe concretar esta vivencia y promoción de las virtudes teologales en el movimiento.

Ahora bien, como hemos leído en los estatutos, al definirse la identidad vemos cómo el movimiento Juniors promueve una dimensión social de la vivencia de la fe. El cristiano que participa del movimiento se ve empujado a ser un actor social que, desde la vivencia de una espiritualidad cristiana, actúa y condiciona la vida social, intentando vivirla desde el anuncio del Reino de Dios hecho en Cristo. Es por ello que hay una relación intrínseca entre lo que llamamos los principios de vida Juniors y la Doctrina Social de la Iglesia. Los principios de vida son el motor de la acción social de los miembros del movimiento que, adaptados al rol y la circunstancia de cada uno (niños, jóvenes, educadores, consiliarios), buscan transformar la sociedad desde la experiencia del encuen-

tro con Cristo. Es por ello que veremos la relación existente entre estos principios de vida y los principios de la Doctrina Social de la Iglesia, para ver en qué se fundamentan y cómo piden ser vividos por cada miembro del movimiento.

Finalmente, y a modo de recopilación, nos centraremos en nuestro patrono, San Mauro, como ejemplo de espiritualidad vivida que sirve como testimonio para aquellos que se encuentran con él y veneran su memoria. San Mauro, quien tuvo que entregar su vida por no renunciar a su fe, nos enseña hasta qué punto arraiga en nosotros la espiritualidad que se hace vida y cómo la fe que profesamos es un instrumento para que la gracia actúe en nuestra vida, y nos permita anunciar con nuestra vida la Buena Noticia de la Salvación.





**FUNDAMENTOS
DE ESPIRITUALIDAD**

Cuando hablamos de espiritualidad y de sus fundamentos, estamos hablando de un concepto muy amplio que necesita que vayamos concretando para poder hablar de algo con fundamento. La espiritualidad no es algo propio exclusivamente del cristiano, puesto que la espiritualidad se funda en la experiencia religiosa. Sin embargo, sí que podemos decir que la espiritualidad cristiana posee unas notas particulares que la hacen única, puesto que se fundan en un acontecimiento único: el amor de Dios que se ha manifestado en la entrega de su Hijo y que nosotros podemos compartir en la acción del Espíritu Santo. Por eso, vamos a iniciar un recorrido acotando la espiritualidad en la experiencia del cristiano, para ver en qué consiste y porqué podemos decir que es original respecto de otras formas de espiritualidad.

1. ¿Qué es la espiritualidad cristiana?

Cuando hablamos de espiritualidad, estamos hablando de aquello que concierne al espíritu, a su capacidad de ejercitarse. Esto significa que, en nosotros, hay una dimensión espiritual que se hace presente en muchas situaciones y que complementa y acompaña nuestra manera de relacionarnos. Ahora bien, esta capacidad de relación espiritual se hace particularmente presente delante de “lo sagrado”.

Cuando hablamos de algo sagrado estamos hablando de algo que, aunque en apariencia pueda parecer sencillo o simple, es más de lo que se ve a simple vista. Aunque en el plano físico nos pueda parecer algo habitual, en el plano espiritual tiene un “exceso de significado”. Vamos a explicarlo con un ejemplo. Pongamos que yo visito, por primera vez, un parque, con unos bancos, unos árboles... a simple vista, para mí, es un parque como tantos otros, que quizá sea más o menos bonito, pero como tantos otros parques bonitos o feos que puedo encontrarme. Sin embargo, ese mismo lugar, para Miguel, que besó por primera vez ahí a María, su esposa, con la que lleva compartiendo vida durante más de 30 años, es un lugar “sagrado”: el mismo banco, el mismo árbol detrás que los cobijó durante ese primer beso en el que las mariposas que sentían alzar el vuelo y lo cambiaron todo... para mí es un lugar normal, pero en Miguel y María, ese parque, significa mucho más que cualquier otro parque del mundo: hace que la dimensión espiritual de Miguel y María se active, y significa mucho más de lo que ellos pueden abarcar porque hace presente, de nuevo, en ellos, ese momento que marcó sus vidas para siempre.

Pues bien, si puede haber lugares y experiencias “sagradas” (con minúscula), porque hacen que nuestro espíritu se active a través de vivencias importantes

para nosotros, también existe “lo Sagrado”, es decir, el encuentro con Otro que me supera infinitamente. Esa es la experiencia de Moisés cuando se encuentra con Dios a través de la zarza ardiente (Éx 3). En esa experiencia, Moisés va tomando conciencia de que se encuentra con el Otro, es decir, con el Dios que se le está mostrando de una manera y que le hace experimentar que le desborda y es infinitamente superior a cualquier otro encuentro que haya vivido. Esta experiencia de “lo Sagrado” (con mayúscula) es lo que inicia la espiritualidad más genuina, que se establece en términos de relación entre la persona que lo vive y Aquél con quien se encuentra.

Por eso, vamos a ver en qué consiste esta relación con Dios y qué tiene de particular el hecho de que Jesucristo, el Hijo de Dios hecho hombre, nos haya acercado a Dios, que es Padre, y nos haya mostrado cómo relacionarnos con Él.

1.1 Apertura a Dios en Cristo

Cuando hablamos de la apertura a Dios, estamos hablando, a priori, de un fenómeno humano, aunque más adelante veremos que la iniciativa siempre ha sido de Dios. El hombre, desde distintas experiencias, ha vivido esta apertura y la ha relacionado con Dios, con un espíritu infinitamente mayor que él que se hace presente en algo que solo puede experimentar como “Otro”. En un primer momento, no es capaz de darle explicación, no es capaz de compararlo con otras experiencias que él, por sí mismo, puede producir. Podemos decir que cuando el hombre hace experiencia de algo que le supera infinitamente, está experimentando aquello que está en origen del sentido de todo lo demás.

Así, la apertura del hombre a Dios es la capacidad que el hombre tiene de relacionarse con lo trascendente, con aquello que le supera y que le ayuda a descubrir su sentido. Esta relación se produce de muchas maneras, pero siempre afectando a toda la persona humana, nunca “por partes”. Aunque sea una relación espiritual, no podemos vivir nada aislados de nuestro cuerpo, nuestra corporeidad. Es por eso que, hablar de espiritualidad no es hablar de algo de otro mundo, sino de una relación humana que, desde nuestras coordenadas, busca encontrarse con lo trascendente, con Dios mismo, a través de la experiencia.

Esto que llamamos experiencia de Dios se corresponde con la experiencia religiosa, que consiste en la explicación que se hace de la experiencia de lo Sagrado. Así, vemos que hay muchas maneras de explicar la relación con Dios, pero esta apertura a Dios que el hombre experimenta, se hace particular en la persona de Cristo, que invita a tener una relación personal con Dios que se

manifiesta como un amor que provoca un exceso de significado, que muestra el sentido de todo aquello que vive el creyente.

Jesús y su relación con Dios: Padre

Si observamos cómo es la relación de Jesús con Dios, lo primero que observamos es cómo Jesús llama a Dios “Padre”, su Padre (cf. Mt 7,11; 10,33). Jesús nos presenta a Dios como su Padre y se refiere a Él de esta manera (cf. Lc 10,21). Por eso, en Jesús descubrimos que la paternidad de Dios se muestra en la confianza, puesto que Jesús se muestra completamente obediente a la voluntad del Padre, confiando en que la misión que realiza en su vida está en una consonancia perfecta con la voluntad de su Padre. No sólo se trata de una relación a distancia, sino que Jesús mismo nos muestra que la cercanía es tal, que afirma que Él está en el Padre y el Padre en Él (cf. Jn 14,11).

Cuando pensamos en distintos tipos de relación, nos damos cuenta de que no nos relacionamos del mismo modo con todo el mundo. No es la misma relación la que existe entre dos amigos que entre dos compañeros de trabajo. Sin embargo, sí que nos hacemos una idea de cómo debe de ser la relación con un padre: una relación de amor y confianza. Esta es la relación que Jesús vive a lo largo de su vida: una relación con Dios perfecta, en la que Jesús hace visible el rostro amoroso de su Padre a las personas que se va encontrando y en las palabras que anuncia a quienes quieren escucharle.

Podemos decir que la vida de Jesús es la muestra de cómo es Dios, de cómo quiere que sea nuestra relación con Él. Sin embargo, en el propio Jesús es en quien encontramos esa vía de acceso a Dios. Es por eso, que Jesús nos invita a acercarnos a Él para poder acercarnos a su Padre.

Jesús es el camino

Jesús, a lo largo de su vida, continuamente llama a todos a tener una cercanía con Él, porque Él es el camino que conduce al Padre. Cuando Jesús nos dice que «nadie va al Padre sino por mí» (Jn 14,6), nos está insistiendo en que la única manera de conocer a Dios como Padre es a través de Él, porque Él es quien lo conoce, porque Él es su Hijo (cf. Mt 11,27). Es por eso, que para conocer al Padre, Jesús llama a sus discípulos a estar con Él (cf. Mc 3,14) y a seguirle (cf. Mt 9,9).

Cuando observamos los encuentros que Jesús tiene con distintas personas a lo largo de los Evangelios, vemos que a nadie deja impasible. Todos reaccionan de un modo u otro, puesto que Jesús atrae a aquellos que se encuentra, a

través de sus palabras y sus gestos. Aunque los discípulos, en el momento de la pasión, huyeron por miedo, permanecen unidos porque Jesús ha generado una unión entre ellos que se mantiene incluso después de su muerte, antes de saber del acontecimiento de la resurrección (cf. *Jn 20,19*).

Ahora bien, ¿qué ofrece Jesús con sus palabras y obras? ¿De qué habla? Jesús habla del Reino de Dios, de su Padre y de cómo se manifiesta su voluntad a través de Él. En aquellos que va encontrando, suscita una inquietud que les mueve a seguirle, a querer dejarlo todo por Él... incluso en los momentos más duros de su vida, en su pasión, genera esta inquietud en personas que le rodean: Pilato, el centurión... Jesús nos abre un camino, que es Él mismo, y nos descubre y ofrece la necesidad de recorrerlo junto a Él. No nos ofrece técnicas de autoayuda o mecanismos de gestión del estrés: Jesús nos muestra, en sus palabras y obras, el rostro amoroso de Dios.

El Espíritu de Dios está sobre mí

Hemos dicho hasta ahora que Jesús se relaciona con Dios como su Padre, y que lo hace mostrándose a sí mismo como el camino para llegar hasta Él. Y, ¿cómo hace todo esto?

Al principio de su misión, siendo ya adulto, en la sinagoga de Nazaret, Jesús pronuncia unas palabras del profeta Isaías que comienzan diciendo: «El Espíritu de Dios está sobre mí...» (*Is 61,1*). Sin embargo, no sólo recita estas palabras del profeta, sino que afirma que estas palabras se cumplen en ese día, en ese momento (cf. *Lc 4,21*). Así, Jesús se presenta como aquél sobre el que está el Espíritu de Dios, el que está lleno de este Espíritu (cf. *Lc 15,1*) y a través de quien actúa (cf. *Lc 11,20*).

Sin embargo, este Espíritu que se hace presente en Jesús no sólo se manifiesta en su acción, sino que también se presenta como promesa, puesto que Jesús les promete a sus discípulos que recibirán el Espíritu y que les asistirá para dar testimonio (cf. *Jn 15,26*). Este Espíritu, que los discípulos reciben después de que Cristo resucite, es quien les capacita para actuar en nombre de Jesús (cf. *Hch 3,6-8*).

En la acción del Espíritu Santo, nosotros somos hijos de Dios, puesto que es el Espíritu de Dios quien nos capacita para llamarle «Abbá, Padre» (*Gál 4,6*), que son las mismas palabras utilizadas por el Señor Jesús en la oración en Getsemaní (cf. *Mc 14,36*). Es por ello que, poniendo nuestra mirada en Jesús, el Hijo, descubrimos el rostro amoroso de Dios, porque su Espíritu actúa en nosotros y nos capacita para entrar en relación con Él.

1.2 La oración de Jesús: el Padrenuestro

Después de ver que, para conocer a Dios, Jesús se encuentra con nosotros para que nos acerquemos a Él en el Espíritu que hemos recibido, vamos a centrar nuestra mirada en cómo es la oración de Jesús, puesto que, si nosotros hemos recibido su Espíritu para acercarnos a Dios, centrar nuestra mirada en su oración nos servirá para ver cómo nos invita a vivir nuestra relación con Dios.

Confianza en la voluntad del Padre

Los evangelistas nos transmiten que Jesús, en numerosas ocasiones, se retiraba a orar (*Mc 1,35; 6,46; Lc 6,12*). Su oración, la mayoría de veces era a solas y por la noche, y era una oración que podía incluso durar noches enteras. Ahora bien, Jesús también pronunció oraciones delante de sus discípulos, y gracias a ellas sabemos cómo es su forma de relacionarse con su Abba.

Jesús se relaciona con una total confianza en su Padre. De hecho, en la hora crucial de su vida, cuando ve cercano el momento de entregar su vida, su oración no es otra que una expresión de confianza en aquello que conforma el fundamento de su vida: la voluntad de Dios. De hecho, el mismo Jesús dice en su oración: «Padre mío, si este cáliz no puede pasar sin que yo lo beba, hágase tu voluntad» (*Mt 26,43*). La confianza en Dios, en su voluntad, es la base de la relación de Jesús con su Padre. Jesús vive en toda la voluntad de Dios y la pone por obra en sus palabras y en sus actos, y se realiza de este modo a lo largo de toda su vida, lo que se vuelve especialmente significativo en la medida en que se acerca el momento de la cruz, puesto que nos va mostrando cómo Jesús pone toda su confianza en su Padre, viviendo su voluntad en una fidelidad plena.

Sin embargo, esto no es algo que Jesús viva exclusivamente, sin dejar participar de ello a sus discípulos. Aunque tiene momentos de oración en solitario con su Padre, de relación íntima (cf. *Mc 1,35*), también comparte esta relación con sus discípulos para que ellos sean capaces de vivirla. Y, de manera paradigmática, lo hizo con la oración que todos los cristianos hacemos y que siempre es fuente de relación con Dios: el Padrenuestro.

Participamos de la relación entre Jesús y el Padre

Los discípulos de Jesús contemplan la oración de Jesús, y su oración los atrae. Viendo la confianza y la intimidad con la que Jesús trata al Padre, ellos quieren vivir también la oración en sus vidas. Seguramente conocerían oraciones distintas, pero quieren orar como Jesús. Por eso, san Lucas nos transmite cómo

los discípulos piden a Jesús que les enseñe a orar (cf. *Lc 11,1*). Y esta es la respuesta de Jesús (*Lc 11, 2-4*):

«Cuando oréis, decid:
Padre, santificado sea tu nombre,
venga tu reino,
danos cada día nuestro pan cotidiano,
perdónanos nuestros pecados,
porque también nosotros perdonamos a todo el que nos debe,
y no nos dejes caer en tentación”».

O, como nos lo transmite el evangelio de san Mateo (*Mt 6,9-13*):

“Padre nuestro que estás en el cielo,
santificado sea tu nombre,
venga a nosotros tu reino,
hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo,
danos hoy nuestro pan de cada día,
perdona nuestras ofensas,
como también nosotros perdonamos a los que nos ofenden,
no nos dejes caer en la tentación,
y líbranos del mal”.

Aunque esta oración se nos ha transmitido de dos maneras distintas, y hay muchos trabajos exhaustivos y comentarios sobre esta oración singular, conviene que nos centremos en dos aspectos centrales de esta oración que nos ayuden a comprender lo que implica para nosotros.

En primer lugar, el hecho de llamar a Dios “Padre”. Jesús nos invita a llamar a Dios como lo hace Él mismo, y a tratarlo del mismo modo. Cuando Jesús nos habla de la paternidad y la relaciona con Dios, esta paternidad siempre es una paternidad auténticamente vivida, como en la parábola de “el Hijo pródigo” o “el Padre misericordioso” (*Lc 15,11-32*). Jesús nos presenta al Padre como aquél a quien dirigirnos, en quien confiar, de quien esperar la misericordia (cf. *Lc 6,36*). En este sentido, nos invita a relacionarnos con Él en esa intimidad y confianza que Jesús en su oración.

Y, en segundo lugar, Jesús invita a sus discípulos a pedir al Padre que venga su Reino. Anteriormente hemos dicho que el contenido del anuncio de Jesús es que Dios es su Padre (y también el nuestro), la necesidad de la venida del Reino y el cumplimiento de su voluntad. Por eso, también es contenido de la oración de Jesús y de la de sus discípulos, puesto que sabemos que estas necesidades son obra de Dios en quienes lo siguen y en el mundo. La venida

de su Reino y el cumplimiento de su voluntad van de la mano, y se quieren realizar tanto en cada uno de sus discípulos como en quienes todavía no lo conocen.

Así, nuestra oración quiere ser un reflejo de la oración de Jesús: una expresión de la intimidad y la confianza con la que estamos llamados a tratar a Dios, pidiéndole que se haga su voluntad y que se vaya realizando cada vez más en nosotros.

Nuestra oración: una relación real y necesaria

Recapitulando en lo que hemos dicho hasta ahora, hemos hablado de que estamos abiertos a relacionarnos con Dios, a quien nosotros hemos conocido a través de Jesús en la acción del Espíritu Santo que actúa en nosotros. Ahora bien, porque Jesús es quien nos conduce a conocer al Padre, y nos envía su Espíritu para que actúe en nosotros, nos hace participar de esa relación personal con Dios, que si bien no es igual que en su caso, puesto que Él es el Hijo de Dios, si que nos permite entrar en “común-uniión” con Él, tener una relación real con el Padre, por el Hijo, en el Espíritu Santo.

Sin embargo, hemos de tener en cuenta que esta relación no es una relación genérica, sino personal: Dios establece relación con cada uno de nosotros de manera personal, teniendo en cuenta nuestra personalidad, nuestro carácter, nuestras circunstancias. No se relaciona con el género humano, sino que lo hace con cada persona que descubre que Dios quiere entablar una relación con ella. Esta relación, aunque no sea como el resto de relaciones que tenemos, es una relación real. Ahora bien, puesto que el otro interlocutor es totalmente distinto, es una relación distinta a la que estamos acostumbrados a tener. Pero esto no hace que deje de ser real y necesaria, puesto que toda relación que no se cultiva, se pierde.

La manera que tenemos de relacionarnos con Dios es la oración, en la que, por la acción del Espíritu Santo, podemos tener una relación con Dios. Evidentemente, para relacionarnos necesitamos expresarnos, pero también necesitamos unos medios que nos permitan que la relación fluya. Por eso, a continuación, vamos a hablar de los fundamentos de nuestra relación con Dios, de la espiritualidad cristiana y de nuestra vida de fe vivida desde la Iglesia y a través de Juniors.

2. Fundamentos de espiritualidad

Cuando hablamos de los fundamentos de espiritualidad, estamos hablando de aquello que sostiene nuestra relación con Dios, a quién hemos conocido a través de Cristo. Esto significa que, aunque Dios se relaciona con nosotros de muchas maneras, necesitamos tener estos fundamentos en la base de nuestra relación con Él y vivirlos, para que esta relación no deje de nutrirse.

Esto es así porque, de lo contrario, si construimos una casa sin fundamentos, sin cimientos, la casa se hunde. Toda edificación necesita unos cimientos sólidos que la sustenten. Esto nos recuerda a la parábola de la casa construida sobre arena y sobre roca (cf. *Mt 7,24-27*). Si nuestra relación con Dios, nuestra espiritualidad, no tiene esos cimientos, todo lo que construyamos puede venirse abajo cuando vengan las dificultades, los momentos de sufrimiento, y podemos pensar que Dios no siempre está a nuestro lado. Así, nosotros podemos tener un rato de meditación y tranquilidad que nos haga mucho bien en un momento determinado, pero si no se sustenta en los lugares en los que el mismo Jesús, nuestro Camino, nos ha asegurado que nos podemos encontrar con Él, sólo será un alivio momentáneo en el que Dios puede o no haber estado presente, pero no será una relación como la relación con un amigo que viene a ayudarnos, a estar con nosotros, a ser nuestro Camino y mostrarnos el Camino hacia la felicidad que nuestro corazón ansía.

Por eso, vamos ahora a detenernos en conocer y considerar los fundamentos de nuestra espiritualidad, para ver sobre qué cimientos se sustenta nuestra relación con Dios.

2.1 La Palabra de Dios

Lo primero que tenemos que hacer es aclarar qué significa la Palabra de Dios y, para ello, nos puede ayudar el papa Benedicto XVI, que dedicó una Exhortación a la Palabra de Dios en la vida y misión de la Iglesia: *Verbum Domini*. En ella, al hablar del uso del concepto “Palabra de Dios”, nos lo compara con un «canto a varias voces» (VD 7), puesto que de este mismo concepto se comprenden cosas distintas. El significado más importante es el que comprende que la Palabra de Dios es Jesucristo, el Verbo de Dios hecho hombre (cf. *Jn 1,14*), que se hace cercano, comprensible, carne de nuestra carne. Sin embargo, cuando decimos “Palabra de Dios”, también estamos hablando de la forma en que se plasma todo lo que tiene que ver con quién es el Verbo de Dios, transmitido en la Tradición viva de la Iglesia desde los apóstoles y atestiguado y divinamente inspirado en la Sagrada Escritura. Esto significa que, cuando hablamos

de Palabra de Dios, hablamos del mismo Jesucristo, al mismo tiempo que nos referimos al lugar donde se encuentran atestiguados los acontecimientos que tienen que ver con Él, a la luz de la fe y bajo la inspiración del Espíritu Santo.

Por eso, cuando decimos que la Palabra de Dios se encuentra en el fundamento de nuestra espiritualidad, estamos diciendo que nuestra espiritualidad no es una meditación vacía. No es la dinámica por la que buscamos una cierta quietud o tranquilidad, puesto que eso es una relajación que, si bien puede venirnos muy bien para desconectar o para prepararnos a la oración, no tiene ningún contenido. Nuestra oración es una relación con nuestro Padre a través del Camino que es Jesucristo a través de su Espíritu, que habita en nosotros y nos pone en diálogo con Dios. Así, en la base de nuestra espiritualidad está el mismo Jesús, que ha entrado en diálogo con nosotros, que es quien nos enseña cómo acercarnos a Dios y cómo tener una relación con Él. Nuestra espiritualidad necesita tener en la base la relación con Dios, a través de su Palabra, que es en quien se nos ha hecho comprensible: Jesús. No nos relacionamos con Dios como alguien abstracto, como una energía, sino que es una relación personal: Dios es Alguien para nosotros, como nos ha mostrado Jesús.

Ahora bien, si nuestra relación con Dios es a través de su Palabra, también necesitamos del lugar en el que queda atestiguada su Palabra por la inspiración del mismo Espíritu que viene a nosotros, particularmente, cuando hacemos oración: la Sagrada Escritura. Si queremos conocer a Jesucristo y acercarnos a Él, necesitamos el testimonio de los evangelistas, de San Pablo y de los demás apóstoles, que son quienes conocieron a Jesús y quienes compartieron con Él experiencias una vez resucitado. Nuestra fe se sostiene en los testimonios de aquellos que, después de haberse encontrado con el Resucitado, no sólo nos contaron aquello que vieron y oyeron (cf. 1Jn 1,1), sino que dieron su vida por confesar aquello que vieron y oyeron. Es por ello que, cuando queremos acercarnos a Jesús para que nos muestre el camino al Padre (cf. Jn 14,8), necesitamos ir a los lugares que nos atestiguan su presencia, sus obras y palabras, bajo la inspiración del mismo Espíritu que actúa en nosotros. A través de la Sagrada Escritura y de la Tradición viva de la Iglesia, nos acercamos con el mismo Jesús que se encontraron los testigos de su Resurrección.

En resumen, la Palabra de Dios es fundamental en nuestra espiritualidad, puesto que esta Palabra singular es el contenido y sustento de nuestra oración, así como es la guía de nuestra relación con Dios: a través de Jesús, el Verbo encarnado y hecho próximo a nosotros, en nuestra carne, transitamos el Camino al Padre, y para conocer a Jesús, necesitamos acercarnos a los lugares en los que nos ha prometido permanecer junto a nosotros.

Por eso, ahora vamos a conocer el otro fundamento de nuestra espiritualidad Juniors, que no puede ser otro que el lugar en el que Jesús se hace presente, de manera real, y nos ofrece su gracia que actúa en nosotros.

2.2 Los sacramentos

Si hasta ahora hemos dicho que necesitamos encontrarnos con Jesús, que el camino que nos conduce al Padre bajo la acción del Espíritu Santo, necesitamos acercarnos a los lugares en los que Jesús ha prometido permanecer junto a nosotros y en nosotros.

Para hablar sobre los sacramentos como fundamento de nuestra espiritualidad, podemos utilizar unas palabras del Papa Francisco en la Audiencia General del 8 de enero de 2014:

Los sacramentos son el centro de la fe cristiana, por los que Dios comunica su gracia, se hace presente y actúa en nuestra vida. Los siete sacramentos de la Iglesia prolongan en la historia la acción salvífica y vivificante de Cristo, con la fuerza del Espíritu Santo.

Siguiendo estas palabras, si los sacramentos son el centro de la vida cristiana y el medio por el que Dios comunica su gracia, se hace presente y actúa en nuestra vida, nos damos cuenta de que no podemos dejarlos de lado en nuestra espiritualidad:

- Dios nos comunica su gracia, es decir, que nos comunica el efecto de la entrega y la resurrección de Jesús, a cada uno de nosotros, en el momento presente.
- Dios se hace presente, es decir, que está en medio de nosotros de manera única, real.
- Dios actúa en nuestra vida, porque a través de los sacramentos va haciendo de nuestra vida y nuestro corazón un reflejo de su vida y de su corazón, restaurando en nosotros su imagen.

Esto que hemos dicho es muy importante para comprender por qué los sacramentos son fundamento de nuestra espiritualidad. Un sacramento es un signo visible de la gracia invisible, lo que significa que, a través de una realidad conocida (el pan, el vino, el agua...), recibimos una gracia invisible de parte de Dios a través del mismo Jesús en la acción del Espíritu Santo (el Cuerpo de Cristo, la Sangre de Cristo, el Bautismo...), con los efectos que el mismo Jesús nos ha asegurado que producen estos sacramentos.

Los sacramentos son los medios eficaces, a través de los cuales nos encontramos con Dios en Cristo. Como hemos dicho antes, la Palabra de Dios es el mismo Verbo de Dios hecho carne, hecho cercano a nosotros; tanto es así, que podemos decir que Dios se ha acercado a nosotros a través de su Hijo hecho hombre, para que nosotros podamos acercarnos a Él. Pero, al mismo tiempo, nos ha enviado a su Espíritu que, si bien actúa en nosotros, también actúa en el mundo haciendo presente a Dios en su Hijo, y esto lo hace a través de elementos que nosotros podemos ver y tocar. Jesús no quiso permanecer cerca de nosotros solo de una manera espiritual, sino que sigue acercándose a nosotros a través de lo físico: en el pan y en el vino convertidos en su Cuerpo y su Sangre, en el agua del Bautismo, en la imposición de las manos sobre nuestras cabezas... Los sacramentos siempre tienen una dimensión material que une palabras de Jesús y realidades físicas, al mismo tiempo que espiritualmente son mucho más de lo que alcanzan a ver nuestros ojos.

Por eso, podemos decir que los sacramentos son lugares privilegiados para el encuentro con Dios, y necesitan estar en la base de nuestra espiritualidad. Jesús nos invita a compartir su vida, a entrar en comunión con Él, a recibirlo en su Cuerpo y en su Sangre. Él nos ha asegurado que, en los sacramentos y a través de ellos, se hace presente de una manera real, particularmente en la Eucaristía. Por eso, nuestra espiritualidad siempre nos lleva a encontrarnos con Jesús en los sacramentos. No podemos vivir una espiritualidad alejados de la presencia de Jesús, porque si Él mismo nos ha asegurado que permanece a nuestro lado y en nosotros a través de ellos, lo lógico es que, si queremos tener una relación con Jesús, nos acerquemos a Él a través de estos lugares en los que Él nos ha prometido que va a permanecer para derramar su gracia sobre nosotros.

En conclusión, nuestra espiritualidad necesita del encuentro personal con Dios a través de su Palabra, el Verbo encarnado, en la acción del Espíritu Santo, puesto que no vivimos en una espiritualidad del “vaciamiento”, sino más bien en una lógica del diálogo, de la relación personal con Dios. Así, para acercarnos a Jesucristo, Palabra de Dios hecha comprensible para nosotros, acudimos a los lugares que nos atestiguan su presencia: la Tradición viva de la Iglesia y la Sagrada Escritura, que confluyen en los sacramentos, como esos lugares en los que Jesús ha perpetuado su presencia entre nosotros.



**LA ESPIRITUALIDAD
VIVIDA EN JUNIORS**

Como hemos dicho antes, el centro de la espiritualidad es el encuentro personal con Dios, la relación que vivimos con Dios a lo largo de nuestra vida. Como Juniors, en nuestro proceso de crecimiento en la fe, vivimos la espiritualidad de la Iglesia y en la Iglesia, puesto que es el lugar a través del cual Dios se hace el encontradizo con nosotros particularmente. Juniors M.D. forma parte de la Iglesia que peregrina en Valencia, y en esta parte vamos a ir observando cómo la identidad de Juniors, de todo el movimiento, se comprende desde la espiritualidad vivida en la Iglesia Diocesana y en cada una de las parroquias que la conforman.

Para comprender el modo en que vivimos la espiritualidad en Juniors, vamos a centrarnos en su lema: “Siempre Unidos”, y lo vamos a analizar desde una perspectiva eclesial, que nos ayude a comprender cual es la base de la fe vivida en el movimiento con aquello que le es propia.

1. Somos Iglesia: Siempre Unidos

Escuchar el lema Juniors, “Siempre Unidos”, es algo que nos hace sentir identificados y que, en cierto modo, nos une en un sentimiento, en una vivencia. Sin embargo, este lema entraña más de lo que significan estas palabras por sí mismas. Esta breve frase, dicha y escuchada en el contexto de Juniors, significa ciertas cosas que necesitamos comprender en profundidad.

1.1 La unidad

Puede parecer que el lema Juniors es la expresión inicial de un ideal, en tanto que como equipo, como Juniors, como cristianos, queremos estar siempre unidos y buscamos esa unidad. Siendo cada uno diferentes, con nuestra personalidad y nuestro carácter, buscamos un mundo donde todos podamos confiar mutuamente, para siempre, los unos en los otros.

Por otro lado, tenemos la experiencia de que esto no siempre es así: los grupos mueren, las amistades pasan, las personas con las que tanto tiempo hemos compartido, en ocasiones desaparecen. Cada uno de nosotros, a lo largo de nuestra vida, nos encontramos con personas a las que acompañamos durante parte de un camino, pero en muchas ocasiones, las circunstancias personales hacen que estas amistades se rompan, los equipos se deshagan y la unidad que deseamos se difumine.

Ahora bien, ¿querer vivir el Siempre Unidos es sólo la expresión de un ideal de juventud? O, quizás, ¿necesitamos redescubrir la unidad tal y como nos la propone el mismo Jesús? Vamos a verlo.

La unidad a la que Dios nos invita

Nuestro punto de referencia para comprender Juniors es siempre Jesús. Él es quien da sentido a todo lo que hacemos y vivimos. Por eso, para comprender la unidad, tenemos que acercarnos a Él.

Cuando nos acercamos a la Sagrada Escritura, vemos, cómo en el Antiguo Testamento se remarca constantemente que Dios es uno en sí mismo y que no hay otros dioses fuera de Él: «Escucha, Israel: El Señor, nuestro Dios es el único Señor» (*Dt 6,4*). Esto es descubierto por el pueblo hebreo, que siendo esclavo en Egipto, vive una experiencia única: son liberados por Dios de la esclavitud y puestos en camino hacia una tierra que Dios les regala. Dios libera un grupo de personas y los llama “su pueblo”, y permanece a su lado (*Cf. Os 2,25*).

Sin embargo, el pueblo de Israel no siempre corresponde al amor que Dios le ha tenido. Desde el primer momento, Israel muestra que, aunque quiere corresponder al amor que Dios le ha mostrado, no siempre es capaz de hacerlo. Así, a lo largo de la historia del pueblo de Israel van surgiendo profetas, que invitan constantemente a volver a lo que Dios ha querido para Israel.

Ahora bien, Jesús es quien va a mostrar la naturaleza plena del Pueblo de Dios. Si bien, Israel es el pueblo que Dios escogió, Jesús viene a cumplir las promesas hechas a los israelitas. Pero, además, pone en valor algo fundamental para comprender esta naturaleza del Pueblo de Dios: el vínculo de la fe, la vivencia de la voluntad de Dios. Cuando, en los evangelios, a Jesús le avisan de que están afuera su madre y sus hermanos, Él pone de relieve un vínculo que establece con aquellos que lo escuchan: escuchar la Palabra de Dios y cumplirla (*cf. Lc 8,21*). Este vínculo que Jesús establece nos va a ayudar a entender cómo comprende Jesús la unidad y cómo nos la propone a nosotros, sus discípulos.

Durante la última cena que Jesús comparte con sus discípulos antes de vivir la pasión y entregar su vida, les habla de cosas realmente importantes. Si nosotros tuviéramos que decir unas últimas palabras a la gente que queremos, intentaríamos hablar de cosas importantes. Jesús sabe que ese momento es crucial, y por eso, las palabras que comparte con sus discípulos después de cenar son como su testamento. En el evangelio según san Juan, Jesús comparte una oración con sus discípulos: habla con el Padre delante de ellos para que ellos puedan participar también de esta oración. En ella, Jesús insiste en pedir al Padre por ellos y por quienes crean en Jesús a través de los discípulos, para que sean uno:

No ruego sólo por éstos, sino también por aquellos que, por medio de su palabra, creerán en mí para que todos sean uno. Como tú, Padre, en mí y yo en ti,

que ellos también sean uno en nosotros, para que el mundo crea que tú me has enviado (*Jn 17,20-21*).

Estas palabras de Jesús nos muestran la importancia que Él da a la unidad de sus discípulos y de aquellos que, por el anuncio de sus discípulos, crean en Él. La unidad que pide para quienes lo acompañan en la mesa, y también para nosotros, es la misma unidad que hay entre el Padre y Él.

Sabemos que Dios es uno, como hemos dicho al principio de este apartado. Ahora bien, siendo uno, Dios es Padre, Hijo y Espíritu Santo. Inseparables, pero inconfundibles. Son un mismo y un solo Dios, y al mismo tiempo, tres personas. No es que haya una unión muy fuerte, sino más bien, es que en Dios no hay división alguna. Dios es uno y único, y al mismo tiempo, son tres personas distintas, que se relacionan entre sí de manera distinta. Para comprender mejor esto, os dejamos, en el glosario, la explicación que realiza Ricardo de San Víctor (1.110-1.173) sobre su manera de comprender el misterio de la Trinidad.

Por tanto, Jesús nos invita a participar de esta unidad que Él vive con el Padre por el Espíritu. Por eso, el mismo Jesús nos envía su Espíritu, para que permanezcamos íntimamente unidos a Dios, para que entremos en comunión con Él. Esta es la clave para comprender la unidad que Cristo nos propone: nace en Dios y se comunica a través de su Espíritu, que nos invita a entrar en comunión con Él. No depende de nuestro esfuerzo, sino que más bien es un regalo que se nos ofrece.

La Iglesia es una, a pesar de sus divisiones

La Iglesia, «familia de Dios» (*Ef 2,19*), queda ensamblada por el mismo Jesús, pues envía su Espíritu que une a la Iglesia. La comunión, como hemos dicho antes, es un regalo, y establece el vínculo entre los miembros de la Iglesia. Sin embargo, como bien vemos a lo largo de la historia, e incluso en nuestra Iglesia, tal y como la conocemos, también hay divisiones. Evidentemente, estas divisiones no son fruto de la comunión, sino del pecado, que es la situación de alejamiento de Dios. Tiene sentido ¿verdad? En tanto en cuanto, los varones y las mujeres permanecemos unidos a Dios, se hace presente la comunión que Él nos regala. Sin embargo, en el momento en que nos separamos de Él, el pecado produce la división dentro de su Iglesia.

Esto nos recuerda algo fundamental: la comunión es don de Dios, y al mismo tiempo se convierte en tarea que llevamos a cabo a través de la acción de su gracia. Por eso, constantemente pedimos la unidad entre nosotros, en la Iglesia. Cuando celebramos la Eucaristía, siempre pedimos a Dios que el Espíritu

Santo nos una. Seguro que a todos nos suenan estas palabras: «Te pedimos, humildemente, que el Espíritu Santo congregate en la unidad, a cuantos participamos del Cuerpo y la Sangre de Cristo»¹. Así, vemos que a lo largo de la historia, y también ahora, es necesario pedir esa unidad, porque cuando la experimentamos y vemos que es posible, sabemos que es necesaria para poder vivir como cristianos.

Ahora bien, ¿cómo cuadra esto en nuestro lema: Siempre unidos? Siendo esto así, ¿qué significa tener estas palabras como lema?

1.2 “Siempre Unidos”: deseo, oración y compromiso

Cuando gritamos nuestro lema, en distintos momentos de nuestra vida como Juniors, no estamos pronunciando unas palabras vacías. No es que gritemos eso como podríamos gritar otras palabras cualesquiera.

Deseo de unidad

A lo largo de nuestro crecimiento en la fe, la unidad es un deseo creciente. Esto significa que, en la medida en que vayamos tomando conciencia de su importancia, ese deseo crecerá en nuestro corazón.

Desde que hacemos el pacto de equipo, reconocemos la importancia de la unidad entre nosotros. Y, esta unidad, no sólo es una buena intención, puesto que todos hemos podido hacer experiencia propia de lo que sucede cuando nos vemos fuera de esa unidad. Cuando nos quedamos al margen del grupo, nos sentimos fuera de lugar. La unidad es necesaria, y necesitamos que sea una unidad amplia, en la que podamos caber todos. Un valor, como es la integración, es fruto de la unidad. Si no hay unidad, no puede haber integración.

Por todo esto, podemos decir que la unidad en Juniors es un deseo creciente. Conforme crecemos en nuestro camino de educación en la fe, experimentamos más y más esa necesidad de unidad, y de una unidad sólida. Este es un deseo normal, que nos aleja de las discordias y permite caminar unidos en una misma dirección. Por eso, nuestro grito “Siempre Unidos” es la expresión de ese deseo de unidad.

La unidad como oración

Ahora bien, si lo que hemos dicho anteriormente es cierto, la unidad no es un mero ideal en Juniors, puesto que el modelo de unidad que tenemos es el

¹ Misal Romano, Plegaria Eucarística II.

mismo Jesús. Nuestro deseo de unidad, en Jesús, se transforma en un regalo. No es la unidad que nosotros deseamos lo que construye Juniors, sino la comunión que nos ofrece el Espíritu, puesto que nuestra unidad está abierta, no se cierra en un grupo determinado.

La unidad que Jesús nos ofrece va más allá del deseo: es un regalo que Él nos hace, porque es la unión con Dios que nace de la comunión que Él experimenta con el Padre en el Espíritu Santo. No generamos la unión que a nosotros nos gustaría, sino que buscamos la unidad que Cristo mismo produce en nosotros.

Si únicamente fuera la unidad que brota de nuestro deseo, sería una unidad limitada, hecha a nuestra medida. Sin embargo, como Juniors, siempre encontramos nuevos desafíos en los que tiene que hacerse presente esta unidad que Jesús nos ofrece: situaciones desconocidas, llegadas de nuevos miembros a nuestra “comunidad”... No somos nosotros quienes elegimos quién quiere estar en Juniors, ni somos nosotros quienes determinamos a quienes queremos estar unidos. Juniors, por definición, está abierto a acoger a aquellas personas, niños y jóvenes, que quieran crecer en el conocimiento de Cristo. Por eso, asumimos que la unidad es el mismo Jesús quien la genera: no es una unidad a nuestra manera, sino a la suya.

Pero, por otra parte, antes hemos visto que esta unidad se debilita cuando nos alejamos de Dios. Si permanecemos unidos a Él, encontramos sentido a esa apertura, a esa unidad más allá de nuestras pretensiones. Sin embargo, puesto que no siempre hacemos las cosas bien, y en ocasiones nos alejamos de Dios por el pecado, esta unidad se ve debilitada. Cuando la unidad que Jesús nos ofrece se debilita, es cuando comenzamos a fabricar la unidad fruto del deseo de nuestro corazón, que en ocasiones puede no ser todo lo universal o abierta que debería. Cuando dejamos que Jesús esté en el centro, la unidad en Juniors nace de su corazón y de su unión con el Padre en el Espíritu. Sin embargo, cuando nos ponemos a nosotros mismos en el centro, podemos no ser justos, puesto que podemos anteponer nuestros intereses o nuestras preferencias para construir esta unidad.

Por todo ello, nuestro grito “Siempre Unidos” es una breve oración, en la que le pedimos a Jesús que, por la acción de su Espíritu, nos mantenga en la unidad que nos ofrece. Es la síntesis de la oración de Jesús al Padre en la Última Cena: ¡Que seamos uno como Tú eres uno con el Padre! ¡Mantennos unidos como Tú estás unido al Padre, en el Espíritu! Con sólo dos palabras, expresamos nuestra oración, nuestra petición a Dios de que nos regale la comunión entre nosotros.

La unidad como compromiso

Aunque hemos hablado de la debilidad, que a veces acecha a la unión que Jesús nos ofrece, también sabemos que la última palabra no es del pecado, del alejamiento de Dios, sino del mismo Dios. Esta unidad, que aparece como deseo en nuestro corazón, y Jesús nos la ofrece.

Puesto que, como hemos dicho en el capítulo anterior, Dios nos ofrece la ayuda de la gracia en nuestra vida, nos hace capaces de vivir lo que Él nos ofrece. De ahí que, lo que al principio hemos planteado como un deseo de nuestro corazón, hecho a nuestra medida, en Jesús encuentra su realización completa, y por la acción de la gracia se convierte en compromiso para nosotros. No nos conformamos con una unidad a medias, sino que queremos crecer en el amor de Dios para que esa comunión que Jesús nos ofrece se haga cada vez más efectiva. Por eso decimos que la unidad no es sólo deseo, porque el mismo Jesús nos capacita a vivir esa unidad en nuestra vida: la unidad que Él mismo nos ofrece.

Así, nuestro grito “Siempre Unidos” es compromiso cuando la gracia actúa en nuestros corazones, porque trabajamos por hacer que la unidad sea cada vez más la unidad que Jesús nos propone. No nos conformamos con una unidad a nuestra medida, sino que estamos abiertos a la unidad que Dios quiere construir entre nosotros. Por su acción en nuestros corazones, nos convertimos en instrumentos de comunión, constructores del Reino de Dios en el mundo, comenzando por su Iglesia. Es, de esta manera, cuando lo que puede parecer imposible se vuelve posible, cuando no sólo amamos a nuestros amigos, sino también a nuestros enemigos (cf. Mt 5,44).

1.3 Los frutos de la comunión: Iglesia-Diócesis-Parroquia

Cuando somos capaces de reconocer nuestro lema como un deseo, que encuentra su realización en la revelación de Dios que Jesús nos hace; transformándose en oración, que por la acción de la gracia se transforma en compromiso, descubrimos cuál es el lugar de Juniors.

Juniors en la Iglesia

La Iglesia se manifiesta de muchas maneras en la Sagrada Escritura. Se presenta, como hemos dicho antes, como la familia de Dios (cf. Ef 2,19), pero también como el Cuerpo de Cristo (cf. 1Cor 12,13) o el edificio que tiene a Cristo como piedra angular (cf. Ef 2,20). La Iglesia somos todos los bautizados, y por el bautismo hemos sido unidos a Cristo en la acción del Espíritu Santo. Ahora bien, esta unidad también se presenta como tarea, por la acción de la gracia,

puesto que constantemente buscamos permanecer unidos a Cristo, buscamos permanecer en su amor, lo que significa que buscamos que se realice su amor en nosotros.

Juniors, puesto que asume que la unidad no es sólo la unidad ajustada a los deseos de un grupo de personas, sino a la manera de Cristo, vive esta dimensión eclesial desde su fundamento. Nuestra unidad es la unidad de la Iglesia en la Iglesia. La común-uniión que nos ofrece el mismo Jesús, es la que nos une en toda la Iglesia. De ahí que, además de la identidad que tenemos por el hecho de ser Juniors, nos encontramos unidos a toda la Iglesia por el mismo vínculo que nos une entre nosotros: el Amor de Dios que, por el Espíritu, quiere hacerse visible en nosotros.

Juniors no se comprende fuera de la Iglesia, porque somos Iglesia. Formamos parte de la multitud de bautizados. Sin embargo, como nos recuerda san Pablo, la Iglesia es el Cuerpo de Cristo, uno, pero tiene muchos miembros (cf. 1Cor 12,12). Podemos decir que, dentro de la misma Iglesia, en la que cada miembro puede ser una realidad eclesial o manera de vivir la fe distinta, todos nos encontramos unidos a la cabeza que es Cristo. Esta es la gran riqueza de la Iglesia: la diversidad de sus miembros, unidos por la fe y el amor, por la acción del Espíritu Santo que crea la comunión entre nosotros, modelando cada corazón a la imagen del corazón de Jesús. Nosotros somos uno de los miembros de Cristo, puesto que tenemos nuestra función propia. Sin embargo, junto con el resto de miembros, formamos el Cuerpo de Cristo, teniendo a Cristo a la cabeza.

Juniors en la Diócesis

Como bien sabemos, Juniors tiene su campo de acción en una Iglesia particular, que es la Iglesia de la Archidiócesis de Valencia; no es algo etéreo o inmaterial, sino que se concreta en la realidad de nuestra diócesis. Es en la diócesis donde la Iglesia adquiere más rostros concretos, puesto que, en el obispo diocesano, tenemos la imagen de un sucesor de los apóstoles, de aquellos que compartieron vida con Cristo y fueron testigos de la resurrección.

Particularmente, el movimiento Juniors, como bien sabemos, tiene como segundo apellido el ser “Diocesano”. Esto significa que se concreta en la realidad de nuestra diócesis, con su historia y su identidad. Así, es en la realidad diocesana donde nosotros experimentamos, de manera más concreta, nuestro ser Iglesia. Unidos a nuestro obispo, a todo el presbiterio, a todos los que formamos este pueblo de Dios que peregrina en Valencia... todos formamos parte de la Iglesia que camina en Valencia, y somos parte de ella. Juniors, por

su carácter, somos un gran número de los jóvenes de la diócesis que queremos vivir nuestra fe en la Iglesia, a través de un modo de ser concreto, es decir, de una identidad particular, que viene definida por aquello que nos caracteriza.

Esto tiene como consecuencia que, con nuestras luces y nuestras sombras, formamos parte de la Iglesia de Valencia, y nosotros la conformamos en lo concreto. Formamos parte del rostro joven de la Iglesia, con todo lo que ello conlleva. Sin embargo, no formamos parte de esa unidad con la Iglesia Diocesana a nuestra manera, sino a la manera de Jesús. Es cierto que la diócesis está compuesta por muchas realidades y muchos rostros, pero nosotros somos uno de esos miembros del Cuerpo de Cristo, que es la Iglesia, y somos un miembro con una función propia e insustituible. Es cierto que, el movimiento como tal, puede desaparecer en la historia, pero nuestra presencia en la diócesis permite determinadas funciones y determinadas situaciones que, sin Juniors M.D., no existirían. No somos imprescindibles, como nadie lo es, pero somos necesarios para que la Iglesia que se concreta en Valencia, siga siendo lo que es.

Juniors en la parroquia

Del mismo modo que Juniors configura, en cierto sentido, lo que es la diócesis de Valencia, también determina el rostro joven de nuestra parroquia. El Papa Francisco dice en *Evangelii Gaudium*, número 28, que:

La parroquia es presencia eclesial en el territorio, ámbito de la escucha de la Palabra, del crecimiento de la vida cristiana, del diálogo, del anuncio, de la caridad generosa, de la adoración y la celebración. A través de todas sus actividades, la parroquia alienta y forma a sus miembros para que sean agentes de evangelización. Es comunidad de comunidades, santuario donde los sedientos van a beber para seguir caminando, y centro de constante envío misionero.

Si esto es así, nosotros, como Juniors, formamos parte de esa presencia eclesial en medio de un territorio. De ahí que, a través de los rasgos de identidad que definen a Juniors, dibujemos un rostro particular entre los jóvenes que conforman la parroquia en la que se concreta nuestro centro.

Ahora bien, si decíamos que en la diócesis, Juniors es un miembro con una función particular, esto se acentúa mucho más en el ámbito parroquial, puesto que la diócesis es mucho más amplia que la parroquia en muchos sentidos. En las parroquias en las que hay presencia de centros Juniors, muchas veces nos encontramos que esta presencia aglutina a la gran mayoría de los jóvenes

de la misma. Y eso es fruto de esta unidad en Juniors, puesto que no es una unidad que decidamos nosotros, sino que es una unidad que nos viene dada por Jesús: inclusión de aquellos que quieran participar, atención particular a los más necesitados... Estas características no están decididas por nosotros mismos, sino que son fruto de la Buena Noticia que Jesús nos invita a vivir.

Por eso, es fundamental comprender la unidad existente entre la realidad de Juniors y la parroquia, puesto que es fruto de la misma unidad que se da en el centro Juniors. La unidad con la parroquia debe ser para nosotros irrenunciable, porque es la muestra de que la unidad que vivimos en Juniors no es una unidad pactada, sino que es la búsqueda de la comunión que Jesús mismo nos ofrece en la acción de su Espíritu. Para que un centro Juniors sea verdaderamente Juniors, tiene que estar abierto a una comunión siempre mayor con su parroquia. Es cierto que a veces las circunstancias pueden producir un cierto alejamiento, e incluso una ruptura en la comunión, pero si verdaderamente queremos ser Juniors, necesariamente tenemos que estar abiertos a que la comunión sea más efectiva entre nosotros y entre los miembros de nuestra parroquia, para que, siendo un regalo de Cristo, se convierta por la acción del Espíritu en un compromiso cada vez mayor.

En conclusión, hemos visto cómo la unidad en Juniors no es una unidad construida o arbitraria, sino más bien un regalo de Jesús que toma el deseo de nuestro corazón, haciéndolo pasar por Él y entregándonoslo, por la acción de su gracia, como compromiso de unidad, fruto de la comunión. Esto nos lleva a centrar nuestra mirada en cómo la Iglesia celebra la unidad, y a cómo nosotros la celebramos. Particularmente, nuestra fe se celebra a través de la liturgia, que hace vida lo que profesamos por la fe, y se abre a la vida ordinaria para convertirla en algo extraordinario. Es por ello que, ahora, vamos a centrar nuestra mirada en la mayor expresión de unidad dentro de la celebración, que es la Eucaristía.

2. Desde la fe, en la vida cotidiana: **La Misa y los ritos Juniors**

Como hemos dicho en el capítulo anterior, citando palabras del Papa Francisco:

Los sacramentos son el centro de la fe cristiana, por los que Dios comunica su gracia, se hace presente y actúa en nuestra vida. Los siete sacramentos de la Iglesia prolongan en la historia la acción salvífica y vivificante de Cristo, con la fuerza del Espíritu Santo.

Partiendo de esta definición que hemos utilizado anteriormente, podemos profundizar un poco más en su significado desde lo que hemos dicho en el anterior apartado. Como hemos explicado, la unidad que Jesús nos propone es reflejo y participación de la unidad que Él vive con el Padre en el Espíritu: Jesús nos invita a la comunión. Esto, que forma parte de nuestra fe, se celebra de manera particular en los sacramentos, puesto que en ellos Jesús nos envía su Espíritu para que participemos de su acción salvífica, y para que su acción afecte a nuestro corazón. Sin embargo, hay un sacramento que acentúa esta unidad particularmente: la Eucaristía.

2.1 La Eucaristía, sacramento de unidad

La Eucaristía es el sacramento en el que la unidad que Dios nos regala, la comunión, viene a nosotros de manera más clara. Esto es así porque en ella, Dios nos muestra hasta dónde llega su amor por nosotros: hasta el extremo. Jesús, el Hijo de Dios, se entrega en la cruz por nosotros, para que descubramos que el amor de Dios por nosotros es más grande que el hecho de que nosotros nos alejemos de Él. Su sacrificio es para que descubramos que el Amor de Dios siempre puede más, porque incluso es más fuerte que la muerte, como nos muestra en la resurrección de Jesús. El Amor de Dios nos une a Él, para que nunca nos separemos, y nos une entre nosotros, siendo ese el núcleo de la unidad en la Iglesia, y por tanto, en Juniors.

De hecho, cuando estamos preparados para ello, en la celebración de la Misa recibimos la comunión, que es el Cuerpo de Cristo, que viene a nosotros, se nos da y nos nutre, material y espiritualmente. Cuando recibimos el Cuerpo de Cristo, por la acción del Espíritu Santo, que ha hecho que ese pan y ese vino se conviertan en su Cuerpo y su Sangre de manera Sacramental, nos unimos a Jesús y entramos en esa relación de amor que es propia de Dios. Cada vez que participamos en la Eucaristía y recibimos el Cuerpo de Jesús, se actualiza ese vínculo con Dios que se inicia, en cada uno de nosotros, en el bautismo (cf. *EE* n. 22).

Ahora bien, por participar todos de este sacramento, esto hace que participemos todos de esa misma unidad. La unidad de la Iglesia se hace a la imagen de Dios a través de la participación de cada uno de nosotros en este sacramento (cf. *EE* n. 23). Tiene sentido, puesto que al entrar en común-uniión con Dios cuando recibimos su Cuerpo, se establece entre nosotros ese vínculo. Ya no estamos unidos solamente por el cariño o el afecto que nos tenemos, sino que estamos unidos de manera sacramental a través de Dios mismo.

La comunión, participar del Amor que es Dios, se hace efectiva y real cuando recibimos el Cuerpo de Jesús y entramos en común-uniión con Dios a través

de la Eucaristía. De ahí que nuestra participación en la celebración de la Misa sea el alimento de nuestro “ser Juniors”. Si, como Juniors, somos ese miembro del Cuerpo de Cristo, que es la Iglesia, necesitamos estar siempre unidos. Esto, que puede parecer un poco abstracto, se hace visible cuando celebramos la Misa. Cuando acudimos a la celebración de la Misa en nuestra parroquia, nosotros nos acercamos a comulgar, como todos los miembros de la parroquia, todos los que formamos la Iglesia, que se hace visible en ese momento; y participamos de la misma comunión que todos los miembros de la parroquia, nutriéndonos del Cuerpo de Jesús, porque todos necesitamos estar unidos por la unidad que Jesús nos regala: la comunión. No sólo estamos unidos entre nosotros, sino que estamos unidos a toda la Iglesia, porque nuestra unidad no la configuramos nosotros, sino que es un regalo que Jesús nos hace. “Siempre Unidos” entre nosotros, “Siempre Unidos” con la Iglesia, en nuestra parroquia. Siempre buscando que nuestra unidad sea mayor, tanto con Dios como con su Iglesia, que formamos nosotros y muchas otras personas en distintas etapas de sus vidas y en distintas situaciones.

Ahora bien, esto nos lleva a darnos cuenta de otra cosa. Si la celebración de la Misa es la expresión de la unidad con la Iglesia, entre nosotros, y con Dios, es en ella donde se hace efectivo nuestro avance en la educación en la fe que recibimos a través de Juniors. Por eso, vamos a centrarnos ahora en esos signos o gestos que marcan nuestro crecimiento en la fe en el movimiento: los ritos Juniors.

2.2 Los ritos Juniors: signos del crecimiento en la fe

Nuestro crecimiento en la fe no es solamente algo teórico, sino que va acompañado de unos ritos, que implican la realización de unos gestos o signos que, aunque vistos desde fuera pueden parecer cosas simples, cuando nos acercamos a ellos y comprendemos su significado son muestras reales acerca de cómo vamos creciendo en la fe, y por tanto, en el Amor de Dios. Por eso siempre celebramos los ritos en la celebración de la Eucaristía, porque como es el centro de nuestra unión y la expresión de la misma, en ella vivimos y celebramos nuestro crecimiento en esa unión con Dios y con los demás.

Cuando hablamos de un signo, nos estamos refiriendo a un objeto o gesto que significan más de lo que son en sí mismos. Un anillo no es más que una arandela de algún metal más o menos valioso. Sin embargo, el anillo que le regala María a José Luís porque le quiere, es un signo de ese amor, con un significado simbólico: el anillo es redondo, y por tanto no tiene fin, como pretenden que sea su amor. Por eso decimos que ese anillo es un signo del amor que se pro-

fesan. De este modo, esos objetos que componen los signos de identidad en Juniors, pasan de ser simples objetos a ser signos a través de los ritos. El rito es la acción por la que ese objeto adquiere el nuevo significado que va a tener de ahora en adelante.

Vamos ahora a centrarnos en los ritos Juniors, explicando cada uno de los ritos y los signos que los acompañan, desde la perspectiva de nuestro crecimiento en la fe y en la unión con Dios y con los demás.

Rito del Pacto de Equipo

El Pacto de Equipo se realiza en el tiempo de Pacto, cuando el grupo está constituido. Digamos que es el momento en el que un grupo de niños se constituye para unirse más a Jesús y acercarse más a Él, amando a los demás como Jesús los ama.

El signo utilizado en el Pacto de Equipo es el Crismón, que contiene las dos primeras letras de Cristo en griego (Χριστός), como muestra de que el niño ha comenzado a identificarse y a acercarse a Él. Así, el niño que ha recibido el crismón comienza a mostrar en su vida la amistad con Jesús, el “siempre unidos” a Cristo y a los demás. Es por ello por lo que un ejemplo práctico del que ha hecho este rito es la oración diaria. Un amigo siempre busca encontrar tiempo para estar con su amigo. De esta manera, el cristiano Juniors ha de encontrar momentos para estar con él y manifestarlo a los demás a través del amor al prójimo.

Es cierto que es una edad muy temprana, pero el valor del signo es algo que se establece a través del rito. En él, se explica cómo los niños que van a recibir el Crismón comienzan a responder a la llamada que Jesús les hace a ser sus amigos.

El rito se compone de la bendición de los Crismones, muestra de la vinculación con Dios que establecen, y de una serie de preguntas que los niños contestan, muestra de su implicación, de su respuesta personal y libre. El contenido de estas preguntas resalta la disposición de los niños a iniciar este camino de educación en la fe a través de Juniors, manifestando la unidad entre ellos, la relación con Jesús y la disposición a seguirle.

La participación de los padres resalta el significado del signo, puesto que los padres encienden dos cirios del Cirio Pascual, como el que re-

cibieron el día del bautismo de sus hijos, símbolo de la fe que, por el bautismo, es depositada en su hijo o hija. Una de estas luces la entregan al educador, mediador en la educación en la fe de su hijo en este proceso que le quiere llevar a la madurez en la fe, y otra la mantienen ellos, porque siguen siendo los principales responsables en el crecimiento en la fe de sus hijos. Sin embargo, el hecho de entregar la luz a sus hijos es un modo de hacerlos responsables activos de su educación en la fe, al nivel que pueden responsabilizarse desde su edad.

Junto con la luz, el educador les entrega el Crismón, signo del camino que inician a través de Juniors, para acercarse más a Jesús e identificarse más con Él. Además, se hace la lectura del Pacto de Equipo, que es la expresión de la disposición de los niños en ese momento determinado para iniciar este camino. Así, el rito concluye con la oración de bendición que realiza el sacerdote, que significa además, la acogida por parte de toda la Iglesia del Pacto de Equipo que acaban de realizar los niños. Esta acogida implica el acompañamiento por parte del consiliario y de toda la comunidad parroquial de estos niños que quieren crecer en la fe y la amistad con Jesús.

Rito de la imposición de la pañoleta

La pañoleta es un signo identitario de Juniors de gran valor, puesto que en ella se plasma la identidad de Juniors a distintos niveles.

La pañoleta es un triángulo, símbolo asociado a la Santísima Trinidad a través de sus tres ángulos, que, por ser de tela, se enrolla alrededor del cuello, abrazando a quien la lleva. La pañoleta es signo del abrazo que Dios nos ofrece, de su amor, que nosotros sentimos a nuestro alrededor de manera personal

Por eso, la pañoleta no son una serie de telas cosidas, sino que es un signo de identidad cristiana, eclesial y parroquial. De un lado, la pañoleta, acompañada del Crismón, nos identifica con el movimiento Juniors, y nos recuerda que formamos parte de la Iglesia, desde nuestra parroquia, pero universal. La pañoleta une a distintos centros dentro de la diócesis, y nos recuerda que todos formamos parte de este movimiento, miembros del Cuerpo de Cristo que es la Iglesia que peregrina

en Valencia. Pero, además, sus colores las hacen diferentes entre sí, lo que nos recuerda nuestra identidad y la diversidad que existe en la Iglesia, fuente de riqueza. Cada centro otorga a su pañoleta unos colores con un significado distinto pero definido, de manera que esos colores identifican al centro y muestran rasgos de su carácter como tal. Es importante recordar que la unidad no es uniformidad, sino que la comunión de la que Dios nos hace participar nos une en la diversidad, a cada uno con su identidad, pero unidos en el Amor de Dios.

Así, a través de la pañoleta, quien la lleva muestra su identidad como cristiano, como Juniors y como Iglesia, siendo un signo visible de todo ello en medio del mundo. Además, recibir la pañoleta implica comenzar a asumir el primero de los Principios de Vida Juniors: «Ser comprensivo con los demás y exigente con uno mismo». Aunque esta pueda parecer una exigencia de gran contenido humanizador, es más que eso: es disponerse para dejar que la acción de la gracia actúe en los corazones de quienes asumen este principio de vida.

De un lado, ser comprensivo implica tomar con los demás la actitud del mismo Jesús, en tanto que Jesús conoce y comprende nuestro corazón. Jesús comprende el corazón de aquellos que se acercan a Él, como sucede en el pasaje del joven rico, al que Jesús miró amándolo, compadeciéndose de Él (cf. Mc 10,21). Así, esto responde a la llamada que Jesús nos hace a ser compasivos, misericordiosos, como el Padre es misericordioso con nosotros (Lc 6,36).

De otro lado, el ser exigente con uno mismo es el comienzo de una vida según el Evangelio, en tanto que lo contrario de esto es ser mediocre, no dar el fruto que podríamos dar. Ser exigente con uno mismo es hacer producir los talentos que Dios nos concede (cf. Mt 25,21), no resistirse a la gracia que Dios nos ofrece y comenzar a vivir la autenticidad que reclama de nosotros la Buena Noticia de Jesús.

Estas dos exigencias vienen expresadas en el texto de San Pablo en su Carta a los Romanos, que nos invita a vivir esta coherencia de vida en el amor a los demás:

Que vuestro amor no sea fingido, aborreciendo lo malo, apegaos a lo bueno. Amaos cordialmente unos a otros; que cada cual estime a los otros más que a sí mismo; en la actividad no seáis negligentes;

en el espíritu, manteneos fervorosos, sirviendo constantemente al Señor. Que la esperanza os tenga alegres; manteneos firmes en la tribulación, sed asiduos en la oración (Rom 12, 9-13).

Por tanto, no nos encontramos con un bello ideal humano, sino con la concreción del inicio del camino del discípulo. Esta compasión y esta autenticidad son algo que empiezan en el corazón del discípulo, pero que se hacen visible exteriormente, y el signo de dicha visibilidad es la pañoleta que recibimos en Juniors, mostrando nuestra identidad, nuestro modo de ser Iglesia que se concreta hasta la realidad de nuestra parroquia.

En este sentido, la estructura del rito es similar a la del Pacto de Equipo, aunque incluye algunas diferenciaciones. El jefe de centro comienza haciendo una monición que introduce a la comunidad parroquial en el rito del que es testigo, continuando con la bendición del consiliario sobre las pañoletas. Ahora bien, el contenido de las preguntas que se realizan a continuación varía, en tanto que la primera pregunta se lanza a quienes son responsables directos de la educación en la fe de los niños: los padres. Las dos preguntas siguientes expresan el crecimiento en la fe de quienes reciben la pañoleta y su compromiso de vivir el Estilo de Vida Juniors, así como el compromiso con el primer principio de vida Juniors que hemos comentado anteriormente.

En este rito se resalta la unidad entre aquello que se vive por dentro y lo que se expresa por fuera, es decir, la autenticidad y coherencia. En este sentido, recibir la pañoleta es comprometerse con el inicio de un Estilo de Vida propio del cristiano. Así como en el Pacto de Equipo se centraba más la atención en el inicio del camino del discípulo, ahora centramos nuestra atención en comenzar a vivir la coherencia propia del discípulo, rasgo ineludible para aquellos que quieren seguir a Jesús.

Rito de la entrega de la cruz

Si antes resaltábamos, a través de la pañoleta, nuestra identidad Juniors, ahora el signo es un signo de calado y comprensión universal: la cruz de Jesús. El rito de la Entrega de la Cruz da un salto cualitativo en el crecimiento y la madurez del niño que comienza a ser adolescente. Así se da comienzo a una nueva etapa en el Juniors a partir de Experiencia. Y esta experiencia viene unida a la cruz, signo y lugar de nuestra redención.

La cruz, a pesar de ser un signo al que nos hemos acostumbrado, es un signo que expresa cierta dureza, puesto que la experiencia de la cruz no es agradable. La cruz no es el lugar deseado para nadie, y menos para Jesús, el Hijo de Dios. Sin embargo, esto no hizo que Jesús la rehuyera, sino más bien que la abrazara. Este abrazo del Jesús a la cruz hace que la cruz pase de ser un instrumento de tortura a un signo de esperanza, puesto que la cruz es superada en la resurrección. Esta experiencia central de nuestra fe es la experiencia que, quienes reciben la cruz en el momento vital en el que se encuentran, comienzan a vivir.

En el comienzo de la adolescencia, los jóvenes comienzan a descubrir cuáles son esas cruces que tienen en sus vidas, expresión de las limitaciones que viven en su día a día. Este descubrimiento no es algo agradable, pues como hemos dicho, la cruz no es un lugar agradable. Sin embargo, en Cristo vemos que la cruz no tiene la última palabra, porque el Crucificado es, también, el Resucitado. Recibir la cruz con la imagen de Cristo significa asumir las cruces que llevamos en nuestras vidas, pero recordando que no estamos solos en ellas, sino que estamos con Aquél que ha vencido a la cruz, y en ella, a la muerte.

El abrazo de Jesús a la cruz cambió su sentido para siempre, porque dejó de ser un instrumento de muerte, para convertirse en un signo que es expresión de hasta dónde llega el amor de Dios: hasta el extremo, pero el extremo de verdad. Cuando el amor llega hasta el extremo, cuando la entrega llega hasta el final, puede producir situaciones extrañas, pero que vienen respaldadas por la victoria de Jesús sobre la cruz. Acompañar a los jóvenes a descubrir que la entrega tiene sentido por encima del sacrificio realizado, es acompañarlos en su crecimiento como cristianos, es decir, como discípulos de Aquél que nos ha amado en serio, por encima de todo límite, hasta el extremo.

De ahí que el compromiso que realizan quienes viven este rito sea crecer en el conocimiento de Jesús desde la perspectiva de la Ley Juniors, que implica «amar a todos los hombres del mundo como Jesús nos ama». Ese como Jesús nos ama es reconocer el lugar de la cruz en nuestro compromiso, porque el modo de amar de Jesús es a través de la entrega, cada vez mayor, y hasta el extremo.

Así mismo, este compromiso va acompañado del compromiso de vivir el segundo principio de Vida Juniors: «defender la justicia y luchar por un mundo nuevo». Defender la justicia implica atacar la injusticia, y la injusticia siempre produce dolor a su alrededor; requiere del sacrificio, de la entrega, de quien quiere defenderla. No podemos defender la justicia sin mojarnos, sin implicarnos personalmente. Del mismo modo, luchar por un mundo nuevo implica hacer presente el Reino de Dios, a través de nuestra vida. Y la mayor muestra de aquello que implica el Reino de Dios es la mayor expresión de su amor por nosotros: la cruz. En la cruz vemos el precio que pagó Jesús por mostrar ese Reino de Dios, no sólo con enseñanzas o palabras, sino también con los hechos. La crucifixión de Jesús es fruto de su coherencia en el anuncio del Reino de Dios que se encuentra con el pecado, el alejamiento de Dios. Y, como vemos en la resurrección, no es el pecado quien tiene la última palabra; la última palabra la tiene Dios y la fuerza de su amor.

Esta expresión del segundo principio de Vida Juniors viene contenida en las palabras del profeta Ezequiel:

Si un hombre es inocente y se comporta recta y justamente; si no come en los montes ni levanta sus ojos a los ídolos de Israel; si no oprime a nadie, si devuelve la prenda empeñada; si no despoja a nadie de lo suyo, si da de su pan al hambriento y viste al desnudo; si se comporta según mis preceptos y observa mis leyes, cumpliéndolas fielmente: ese hombre es justo, y ciertamente vivirá —oráculo del Señor Dios— (Ez 18, 5.7-9).

Este oráculo del Señor implica hacer una opción de vida por Jesús y aquello que Él nos propone, a su manera. Por eso, también implica asumir las propias cruces con la suya, y confiar que su destino también es el nuestro.

Es por esto que, algo diferencial del rito de la entrega de la cruz, es la referencia a la Pasión como lugar de manifestación del amor de Dios

por nosotros y de la superación del mal en la Resurrección de Jesús. En este sentido, las preguntas que se plantean contienen, de un lado, la expresión de la continuidad en el camino iniciado en el Pacto de Equipo y la ratificación del mismo al recibir la pañoleta, expresando la voluntad de seguir viviendo el primer principio de Vida Juniors. Dicho esto, se realizan las preguntas propias de este rito, que implican el amar al estilo de Jesús, a través de la entrega, y vivir el segundo principio de Vida Juniors, ambos ligados a la realidad de la cruz, de la cuál comienzan a hacer experiencia de la mano de Jesús.

Rito de la Promesa

El rito de la Promesa es uno de los momentos claves en la espiritualidad Juniors. Aquí ya no se nos da un objeto con simbolismo, sino un texto, el credo. El credo o símbolo de la fe, es aquello que nos une, aquello compartimos con el resto de cristianos. Es ya en Estilo de Vida, donde el adolescente vive esa fe que comienza a ser adulta, mostrándose como un ejemplo de cristiano para las etapas por las que pasó en otro tiempo.

Profesar el Credo ya no implica solamente realizar un compromiso o vivir una experiencia, sino que implica hacer partícipe a la razón. No se trata de dejarse guiar solamente por aquello de lo que hacemos experiencia, sino que comienza un proceso de comprensión, de entender la fe que se profesa y situar las experiencias y compromisos que realizados hasta ahora en el contexto de la historia de amor personal que Dios hace con cada persona. Este paso ayuda a adaptar el compromiso de crecimiento y maduración en la fe a la situación que se vive y el momento vital en el que se encuentra, puesto que el adolescente necesita comenzar a comprender, a nivel vivencial y personal, aquello que cree, puesto que se encuentra inmerso en un momento crucial de su maduración en la fe, en el paso de la fe infantil a una fe adulta.

Además, este rito contiene el compromiso de vivir el tercer principio de Vida Juniors: «vivir en la verdad para conquistar mi libertad». Este principio de vida gira en torno a un concepto fundamental: la verdad.

Jesús se presenta como «el Camino, la Verdad y la Vida» (Jn 14,6), por lo que vivir en la verdad es vivir en aquello que Jesús nos dice. Las verdades de la fe, contenidas en el Credo, se presentan como la verdad que se articula en una serie de artículos. Ahora bien, existe un vínculo ineludible entre la verdad y la libertad, como nos enseña el mismo Jesús: «Si permanecéis en mi palabra, seréis la verdad discípulos míos; conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres» (Jn 8, 31). Conocer la verdad no es solamente asumir algo exterior, sino asumir la verdad de la propia vida. La condición de necesidad de la libertad es la verdad, puesto que de lo contrario se corre el riesgo de engañarse a uno mismo, y experimentar cómo esa libertad no es verdadera. La auténtica libertad es aquella que se ejerce sabiendo cuál es la situación ante la que se opta. Una persona es libre cuando realmente dispone de sí misma, cuando asume la verdad de su vida. Y esa verdad, es Jesús quien la revela. Por ejemplo, si yo pienso que la verdad de mi vida es que vivo para generar riquezas o para producir, optaré en función de esa verdad, haciéndome más productivo o un mayor generador de riqueza. Sin embargo, si conozco, a través de la verdad que Jesús muestra, que vivo para amar porque soy amado, las decisiones que tome y la libertad que ejerza irá siempre dirigida a amar más y mejor a quienes me rodean.

“Conquistar mi libertad” es, asumir cada vez más, cuál es la verdad de mi vida. Vivir en la verdad, sin engañarse a uno mismo, es garantía de libertad. Y Jesús es quien asegura que, permaneciendo en su palabra, en aquello que Él manifiesta, es como se accede a la verdad que hace libre. De ahí que, en este rito de la Promesa, se asuma las verdades de la fe que profesamos, porque es el asentimiento a ir asumiendo en la propia verdad la Verdad que Jesús revela en tanto en cuanto existe una mayor cercanía con Él. La Promesa significa que, libremente, se asume un camino de vida, que conlleva acercarse más a Jesús, la verdad que nos hace, cada vez, más libres.

En el rito de la Promesa, los jóvenes que lo realizan se comprometen a abrirse a la Palabra de Dios que guía sus corazones a conocer la verdad para conquistar su libertad. El valor del rito reside en la promesa que realizan los jóvenes, que obtiene como respuesta el Credo, la fe de la Iglesia, para que la asuman como algo propio. Ante el compromiso que

realizan, la respuesta es el Credo, que tendrán que ir asumiendo como algo propio. Esto se simboliza en la entrega del cirio que se realiza a cada joven. Esa fe que recibieron por el bautismo y que sus padres y padrinos han tenido la misión de cuidar, la reciben ahora ellos, quienes se comprometen a hacer que esa llama no se apague y crezca.

Entrega de la Palabra

La Entrega de la Palabra, al mismo tiempo que es el culmen de un itinerario, es el inicio de un camino sin un fin determinado. Podemos decir que este rito es el final de los ritos que Juniors propone en su itinerario formativo, y se concluye con la entrega de la Sagrada Escritura. Puede parecer extraño, en tanto en cuanto no es la primera vez que se acercan a la Sagrada Escritura, Palabra de Dios en palabra humana. Sin embargo, esta entrega tiene diversos significados que conviene comprender para comprender la profundidad del rito.

En primer lugar, la Palabra se recibe completa y como nos la entrega la Iglesia. Aquél que vive su fe de manera adulta, necesita acercarse a la Palabra de Dios como la Iglesia la ha transmitido a lo largo de los siglos, para dejarla hablar en el propio corazón. Así, se entrega la Sagrada Escritura para que sea el pilar sobre el que se apoye la espiritualidad de la persona que concluye su proceso de educación en la fe. No la recibe a través de la explicación o la dinámica propuesta, sino que se recibe directamente, para acercarse a ella y hacerla vida en su vida. De este modo, la Palabra de Dios se propone como camino de vida y para la vida de quien la recibe.

En segundo lugar, la Sagrada Escritura se recibe para profundizar en ella. La formación cristiana es esencial para dar razón de la propia fe, por lo que es necesario profundizar en el contenido de la Palabra de Dios, para conocer mejor aquello que se cree y la Historia de Salvación que Dios ha hecho con el género humano y con cada uno de nosotros.

Y, en tercer lugar, la Palabra de Dios se recibe para ser transmitida, puesto que aquél que ha recibido este gran regalo no puede guardárselo para sí, sino que necesita compartirlo con aquellos que le rodean.

Recibir la Palabra de Dios implica estar disponible para aquello que la Iglesia necesite, como se expresa en el último principio de Vida Juniors que se asume en este rito: «fortalecer mi espíritu para estar dispuesto a servirte a ti, Jesús, y a mis hermanos». El servicio al que se llama a todo cristiano es la Evangelización, que se realiza a través de la propia vida de un modo determinado. La evangelización que cada uno puede realizar se concreta a través de muchos aspectos: la personalidad, las cualidades, las situación concreta en la que se encuentra... Es por eso que, quien recibe la Palabra está abierto a evangelizar allí donde Dios le mueva a hacerlo, implicándose en la acción evangelizadora de la Iglesia. Para ello, es necesario fortalecer constantemente el espíritu, lo que necesita del alimento constante que proporciona la oración a través de la Sagrada Escritura.

Asumir el cuarto principio de Vida Juniors implica ponerse al servicio al modo de Jesús, nuestro Maestro, en la Última Cena (*Jn 13,1-11*). El Señor lava los pies a sus discípulos y les manda hacer lo mismo, de modo que a aquellos que le quieren seguir, los envía a servir a distintos lugares y de distintos modos.

El rito se realiza, esta vez, delante del Delegado de zona, quien muestra la vinculación eclesial más allá de la propia parroquia, mostrando que se pertenece a la Iglesia Universal, y que el servicio prestado es allí donde se encuentre cada persona que decide seguir a Jesús. El educador, aquél que recibe la Palabra de Dios para transmitirla, se compromete justamente a fortalecer su espíritu y nutrirse con la Palabra de Dios, educando en la fe. Y es el consiliario quien confirma esta disposición y la acepta, para que la persona que realiza el rito se ponga al servicio de la Iglesia y del movimiento.

2.3 Ritos para la vida

Los ritos que hemos ido nombrando y comentando a lo largo de este capítulo marcan el proceso de crecimiento de quienes se incorporan al movimiento. Sin embargo, no son solamente unos pasos a dar, sino que exigen un crecimiento integral de la persona que los va asumiendo. El rito no es más que la expresión celebrativa de aquello que se vive, por lo que es necesario vivir este proceso en consonancia con aquello que se vive.

Cada uno de los ritos exige fortalecer distintas dimensiones de la espiritualidad propia. Es cierto que cada etapa nos habla de un estado del niño en su proceso de crecimiento, pero todos los ritos tienen una repercusión en la vida cotidiana de la persona que los realiza. Esto significa que, en función de la edad y el estado de maduración de cada persona, tendrá que ir asumiendo, tanto en su exterioridad como en su interioridad, aquello que se propone como contenido de cada rito. No podemos caer en una serie de ritos que se hacen simplemente “porque toca”, sino que necesitamos darles la importancia que realmente tienen para que, de verdad, marquen un itinerario que lleva a los niños a crecer en la fe.

La importancia de los ritos reside en que unen lo que celebramos en la liturgia con nuestra vida. Dentro de la Eucaristía, signo de la unidad a la que Jesús nos llama y que Jesús nos propone, hacemos los ritos como expresión del crecimiento en la fe de los miembros de Juniors M.D. Por eso, es necesario que los ritos se preparen desde una perspectiva de crecimiento en la fe. Quien se acerca a celebrar un rito, no sólo tiene que comprender su significado general, sino que tiene que descubrir qué implica para él o ella el realizar el rito, puesto que de lo contrario se queda en un rito vacío que no acompaña el crecimiento en la fe de la persona que lo realiza.

Para preparar los ritos, es bueno realizar dinámicas que ayuden a comprender que, lo que puede parecer algo planteado en general, realmente tiene unas repercusiones sobre la vida de quien los realiza. Por eso, al mismo tiempo, también es bueno hacer un acompañamiento en la vivencia de los ritos por parte de cada equipo, en tanto que los educadores acompañan a los niños y jóvenes en este proceso de crecimiento.

El acompañamiento implica ayudar a descubrir el sentido de los ritos para cada uno de los miembros del equipo y ayudarles a vivirlos. No puede quedar en un día de celebración que cae en el olvido: realizar un rito significa preparar aquello que se celebra y acompañar a quien realiza el rito en la puesta en práctica de aquello que implica su celebración. Los ritos acompañan el crecimiento en la fe de quienes los realizan, y por eso es necesario que aquello que se celebra tenga sentido e implique la vida de aquellos que quieren ser, cada vez más y mejor discípulos de Jesús.





**LA ORACIÓN JUNIORS:
IDENTIDAD EN
LA ORACIÓN**

Aunque el núcleo de la espiritualidad Juniors es la Palabra de Dios, los sacramentos y el amor a Dios y al prójimo, no podemos hablar de espiritualidad y de vida espiritual si no hablamos de oración. Ahora bien, cuando escuchamos oración Juniors, podemos comprender dos cosas.

Podemos comprender la expresión “oración Juniors” como la manera en que comprendemos la oración desde la espiritualidad del movimiento. En este sentido, la forma de comprender la oración no es distinta a la forma de comprenderla en el resto de la Iglesia. Ahora bien, al hablar de oración Juniors, también viene a la mente un texto que es el que se reza en momentos significativos de la vida del movimiento: en las reuniones, en los ritos, en ciertos momentos particulares de la vida del movimiento...

Por eso, en un primer momento vamos a hablar de la oración comprendida en sentido amplio para, en un segundo momento, hablar de este texto que contiene algunos elementos identitarios para quienes conforman el movimiento.

1. La oración, relación de amistad

En el primer capítulo hemos hablado de la oración de Jesús como paradigma de oración cristiana. Esto es así porque la relación de Jesús con su Padre es una relación única, en tanto que la intimidad que existe entre el Padre y el Hijo es única en su relación de amor y confianza. De hecho, cuando decimos que en Jesús no existe el pecado, estamos afirmando, entre otras cosas, que en la relación de Jesús con su Padre no hay fisura, no hay situación de alejamiento. La confianza de Jesús para con el Padre es total.

Esta relación de Jesús con el Padre es el modelo de la oración cristiana. Por eso, nos atrevemos a afirmar con santa Teresa de Jesús, que «orar es tratar de amistad estando muchas veces tratando a solas con quien sabemos nos ama»¹. En este sentido, la oración se comprende como una relación: el cristiano entra en relación con Dios, por el Espíritu Santo que ha recibido de Él y que, como hemos dicho anteriormente, lo abre a la comunión. Esta relación exige, ante todo, que sea viva y real. En términos de amistad, es muy sencillo comprender esto: Aristóteles decía que «no podemos dejar crecer la hierba en el camino que conduce hacia la casa de un amigo». Una relación de amistad requiere de asiduidad, por lo que la oración en la vida del cristiano no debe ser una práctica puntual: es un modo de vivir, abierto a la relación con Dios.

¹ Santa Teresa de Jesús, *Libro de la vida* 8,5.

En este sentido, es cierto que esta relación es un tanto particular, comparada con el resto de relaciones de amistad que vivimos normalmente. Esto es así, porque nuestro interlocutor es Dios mismo, y eso hace que nos adaptemos a esta relación de un modo particular, puesto que Dios es totalmente distinto a aquello que conocemos. Es por eso que esta relación tiene algunas características que conviene que mencionemos.

1.1 Necesidad de intimidad

Con Dios nos relacionamos desde lo que somos, sin máscaras. En nuestras relaciones cotidianas, utilizamos distintos modos-de-estar, en función del tipo de relación que vivimos. Con Dios esto no sucede, puesto que Él nos conoce incluso mejor de lo que nos conocemos nosotros mismos. Como afirma San Agustín en sus Confesiones, donde nos habla de su relación con Dios a lo largo de su vida, Dios está más cerca de nosotros incluso que nosotros mismos², puesto que Él nos conoce tal y como somos, sin las máscaras o los prejuicios sobre nosotros mismos y, acabamos descubriendo, que no son ciertas. Por eso, a veces, se habla de la necesidad de conocerse a uno mismo: cuanto más tratamos con Dios, más descubrimos cómo somos realmente, más conocemos a Aquél que se nos muestra como Verdad.

1.2 La oración implica toda nuestra persona

A veces, por influencias de otras espiritualidades, pensamos que la oración cristiana es como un “intento” de aislarnos del mundo y salir de nuestros propios cuerpos, o de meditar hasta llegar a un estado en que no somos materia. Eso no es propio de nuestra espiritualidad. Jesús, en su oración, también sentía cómo su cuerpo iba a una con la expresión de su alma, como comprobamos en la oración de Getsemaní (cf. *Lc 22,44*). La oración cristiana implica nuestro cuerpo y nuestra alma, puesto que ambas dimensiones se encuentran unidas e integradas en nuestra persona. No podemos prescindir de nuestro cuerpo para llevar a cabo actividades espirituales, ni al contrario. De hecho, somos capaces de “espiritualizar” las cosas más ordinarias. Por ejemplo, aunque comemos todos los días, la comida con esa persona especial en ese día tan feliz lo recordamos, no como una comida cualquiera, sino como algo único. Somos capaces de “sacralizar” momentos y espacios, de hacerlos sagrados. Y, al mismo tiempo, no podemos evadirnos de nuestro cuerpo cuando hacemos oración: si estamos cansados, eso influye en nuestra oración.

² Agustín de Hipona, Confesiones, III, 6, 11.

Por eso, nuestra oración es una oración personal, que implica todo lo que somos. No intentemos evadirnos de nuestro estado, ni busquemos nuestro estado perfecto para hacer oración: cuando hablamos con Dios, lo hacemos conforme estamos, mejor o peor, pero poniéndonos en su presencia y llevando nuestra vida ante Él.

1.3 La oración requiere constancia

El P. Ignacio Larrañaga, en un manual sobre oración, dice unas cosas muy obvias pero que conviene que no olvidemos: «Cuanto más se ora, más se quiere orar»³; y, más adelante: «cuanto menos se ora, menos ganas de orar»⁴. Estas dos máximas son bastante coherentes: cuanto más tratamos con un amigo, menos nos cuesta volver a tratar y tenemos más ganas de volver a hacerlo. Del mismo modo, al contrario, cuanto menos tratamos, nos da más igual no tratar con él. El P. Larrañaga lo compara con la anemia: cuanto menos comemos, menos ganas tenemos de comer⁵.

La oración no es algo que llevamos a cabo de manera esporádica, sino que quiere ir haciéndose fuerte en nosotros. Aunque cada uno tiene un ritmo distinto, la dinámica siempre tiene que ser hacia una mayor relación con Dios. No podemos crecer en la amistad con Él si no crece nuestro trato con Él. Ahora bien, es cierto que la oración no es siempre una cuestión de “ganas” o “motivación”. ¿Nos gustaría tener un amigo que sólo nos buscara cuando le conviene? Creo que a nadie le gusta hacer esta experiencia. Dios nos pide que tengamos con Él una relación de confianza viva, y para eso, hay momentos en los que, a pesar de no tener ganas, necesitamos seguir viviendo esta relación. Podemos decírselo, e incluso hacerlo “sin ganas” (no te preocupes, Él ya sabe que no tienes ganas), pero es importante hacerlo, porque cada momento de oración que hacemos es una gota de su amor que se derrama en nosotros, y un paso más que damos en esta relación de amistad, a pesar de que no siempre sintamos esa sensación primera que sentimos en esa oración que nos hizo tanto bien.

1.4 Distintos modos de hacer oración

Lo cierto es que no nos comunicamos sólo con palabras. De hecho, los expertos dicen que un alto porcentaje de nuestra comunicación es “no verbal”. A veces pensamos que pronunciar palabras es hacer oración, y es cierto, pero no es la única manera que tenemos de hacer oración. Para empezar, porque

3 Larrañaga, I., *Muéstrame tu rostro*, Paulinas, Madrid 1979¹⁵, 19.

4 Larrañaga, I., *Muéstrame tu rostro...*, 23.

5 Cf. Larrañaga, I., *Muéstrame tu rostro...*, 23.

cuando pronunciamos palabras tenemos que ser conscientes de aquello que estamos diciendo, y si son palabras que nos implican, debemos pasarlas también por nuestro corazón. La oración se puede expresar de muchos modos: a través de la palabra, del pensamiento, de la música, de la pintura... Los iconos bizantinos esconden tiempo de oración, meditación y contemplación, que hacen del mismo proceso de pintarlos una oración. Ahora bien, en este punto vamos a distinguir entre tres modos distintos de oración que utilizamos y podemos vivir en nuestra relación con Dios (CIC 568).

Un modo de oración es la oración vocal, en la que pronunciamos palabras que hacemos nuestras. Este modo de oración puede llevarse a cabo con las palabras de la Sagrada Escritura, con palabras de los santos, o con palabras propias. Es verbalizar aquello que queremos transmitir a Dios. Cuando lo hacemos con palabras propias, lo podemos exteriorizar de distintos modos, de la manera en que mejor nos expresemos, o del estado en que nos encontremos. En momentos en los que estamos inquietos y nos dispersamos fácilmente, quizá es mejor hacer esta oración escribiendo, porque esto nos ayuda a fijar aquello que expresamos.

Otro modo de oración es la meditación, en la que tomamos representaciones mentales o textos para ver qué nos dice Dios a nosotros, en nuestras circunstancias, a través de ellos. Sin embargo, meditar no es estar un rato “comiéndonos la cabeza”, puesto que sabemos que todo esto lo hacemos con Dios, en su presencia, y buscándole a Él.

Finalmente, otro modo de oración es la contemplación, en la que no nos ocupamos tanto de pensar, como de buscar momentos de recogimiento y, simplemente, estar en silencio con Dios.

1.5 Estar abiertos a la novedad

Hemos dicho que la oración es relación con Dios, y que podemos hablar con Él, pero ¿cómo nos contesta? Esta pregunta no es tan fácil de responder, puesto que se corresponde con algo que es propio del ser mismo de Dios. Dios es siempre novedad. Si supiéramos lo que va a hacer, o a decir, no sería Dios, porque nos sería predecible. Dios nos ha mostrado ciertas cosas que necesitamos saber, pero muchas otras nos las va mostrando a través de nuestra vida. Es por ello que necesitamos estar abiertos a que Dios nos hable. Los modos pueden ser muy variados: desde una voz en nuestro interior, a un acontecimiento en el que todo nuestro ser detecta que Dios se hace presente. Dios contesta de muchos modos, y en cierta medida ya nos lo ha dicho todo en su Hijo Jesucristo. Sin embargo, Él siempre nos acompaña y va concretando en distintos aspectos

de nuestra vida. Por eso, necesitamos tener una actitud de apertura para recibir su respuesta: no querer condicionar a Dios y dejarnos que nos hable, que nos muestre cuál es su voluntad, estando en actitud de escucha.

1.6 La oración es eclesial

Nuestra oración, aunque sea personal, no nos aísla del mundo, sino que nos abre a él. Vivimos la oración de manera eclesial, porque es en la Iglesia donde hemos recibido el gran tesoro de la oración, a través del testimonio de los apóstoles y de los santos, que son aquellos que han sabido ser amigos de Dios a lo largo de sus vidas. Por eso, el hecho de que nuestra oración sea eclesial implica que, en nuestra oración, están presentes muchas personas. En nuestra oración, llevamos al resto de la Iglesia y a quienes no forman parte de ella, para ponerlos delante de Dios.

Ahora bien, hay otro aspecto fundamental en la dimensión eclesial de la oración. Tenemos una tendencia a la comodidad. En valenciano decimos que “qui estiga bè que no es meneje”. Sin embargo, en nuestra relación con Dios, puesto que Dios es novedad, Él siempre va a estar llevándonos con Él, para que busquemos su voluntad. Es por eso que necesitamos ayuda para vivir bien nuestra vida de oración. Hay veces que nos armamos de razones, pero a veces estas razones pueden salir de nosotros mismos, y no de Dios. Para evitar esto, y para ir creciendo en la vida de oración y en la vida cristiana, es fundamental el acompañamiento. Vivir el acompañamiento dejar a otra persona de fe, que también está en camino en esa relación de amistad con Dios, que sea testigo de cómo vamos creciendo en esta relación. Tener a alguien a nuestro lado, que simplemente nos acompañe en este camino, nos sirve para compartir nuestras inquietudes, al mismo tiempo que sirve para evitar que nos engañemos a nosotros mismos, como a veces nos sucede. Por eso, es fundamental vivir este camino a través del acompañamiento.

Normalmente, los sacerdotes nos pueden ayudar a vivir este acompañamiento, puesto que, además de que son quienes administran el sacramento de la reconciliación, vital para recibir la gracia que restaura y fortalece nuestra relación con Dios, también podemos presuponer que tienen vida de fe y que también se esfuerzan, como nosotros, a crecer en esta relación de amistad con Dios. Es cierto que no todos los sacerdotes sirven para todas las personas, pero esto no significa que nadie nos pueda acompañar. Además, también hay personas que pueden acompañarnos en este camino de crecimiento en la vida cristiana y de la relación con Dios: personas que están en el mismo proceso que nosotros, pero que ya han recorrido algunos pasos cuando nosotros esta-

mos empezando. Lo que es más importante es que nos dejemos acompañar, para que de esta manera nos aseguremos de que estamos creciendo en esta relación de amor con Dios, y que no estamos dando palos de ciego a un lado y a otro.

Después de hablar sobre la oración y algunas características que le son propias, vamos ahora a centrarnos en la oración que forma parte de nuestra identidad, para comprobar qué cosas estamos llamados a vivir de una manera más intensa, por querer seguir el estilo de vida Juniors.



2. La Oración Juniors

La Oración Juniors es uno de los rasgos identitarios del movimiento que más unidad genera en torno a sí. Igual que nuestro grito: “¡Siempre Unidos!”, la oración nos une a todos, seamos de la parroquia que seamos. Sin embargo, la Oración Juniors podríamos decir que es más antigua, incluso, que el movimiento. Esto es así porque la oración ya se rezaba cuando el movimiento formaba parte de Acción Católica. Así, la Oración incluye muchas peticiones propias de la época en que se formó, en las preocupaciones propias del movimiento en el que surgió.

Ahora bien, nosotros no vamos a analizar su composición y origen, puesto que este material pretende profundizar, más bien, en su contenido, para que sepamos vivirla y hacerla nuestra, siendo verdaderamente contenido del diálogo que vivimos en nuestra vida dentro del movimiento. Es por ello que, en este punto, queremos proponeros una vez más, el texto de la oración.

En el comienzo de mi juventud
voy hacia ti, Jesús.
Quiero marchar decidido
por el camino que tú me marques,
para que mi vida sea
lo que tú esperas de ella.
Tú eres mi mejor amigo;
juntos marcharemos en equipo
para que compartas conmigo
el pan de la amistad
y me enseñes a darlo
generosamente a mis hermanos.
Fortalece mi voluntad
para vencer mis pasiones,
cumplir siempre con mi deber
y seguirte sin cansarme
con lealtad y alegría.
Amén

Cuando releemos el texto de la Oración Juniors, descubrimos en ella distintas partes, que vamos ahora a comentar de una manera más pausada. La Oración podemos comprenderla como una disposición al seguimiento, acompañada de unas peticiones particulares que le hacemos a Jesús.

Por eso, vamos a ver en qué consiste el seguimiento que Jesús nos propone a través de Juniors y en nuestra vida cristiana.

2.1 El seguimiento del discípulo

Al principio de la oración, decimos que *vamos hacia Jesús*, y que *queremos marchar decididos por el camino que Él nos marque*. Le pedimos que *camine con nosotros*, y finalmente, le pedimos que nos conceda *seguirle sin casarse, con lealtad y alegría*. El seguimiento es fundamental para comprender la vida del cristiano, así como es fundamental para comprender el estilo de vida Juniors.

Jesús, en los evangelios, se muestra como aquél que recorre muchos caminos, que siempre le llevan a cumplir la voluntad del Padre, bien sea anunciando el Evangelio, bien sea encaminándose a Jerusalén para culminar su entrega. Así, Jesús recorre estos caminos, pero no lo hace en solitario: siempre está acompañado de otras personas. De hecho, las llamadas que hacen Jesús son siempre a ir detrás de Él, como vemos que sucede con Leví (Mc 2,14) o con Felipe (Jn 1,43). Ahora bien, para comprender la importancia de seguir a Jesús por el camino que Él marca, para llevar a cabo la voluntad del Padre, hay dos textos del evangelio de Marcos que pueden ayudarnos particularmente: el primer anuncio de la Pasión después de la confesión de Pedro (Mc 8,31-38) y la curación del ciego Bartimeo (Mc 10,46-52).

La curación de Bartimeo

Comenzando por la segunda, en la curación de Bartimeo vemos que sucede algo curioso en relación a la situación espacial de este hombre que padecía ceguera. Cuando llega a Jericó, Jesús encuentra a Bartimeo sentado al lado del camino pidiendo limosna (cf. Mc 10,46) y, al enterarse el hijo de Timeo de que Jesús pasaba por allí, se pone a gritarle para que tenga compasión de él (cf. Mc 10,47). Jesús no se acerca a él, sino que hace que se lo traigan y, después de curarlo, el evangelista nos dice que Bartimeo seguía a Jesús por el camino (cf. Mc 10,52).

Es cierto que este pasaje no es demasiado largo, pero tenemos suficiente para comprender lo que significa ser discípulo. Bartimeo, antes de conocer a Jesús, se encuentra al borde del camino, y al haber oído lo que Jesús había hecho

con otros, le pide que tenga misericordia de Él. Esta es la petición de Bartimeo. Y esta petición, Jesús la aprovecha para hacer que Bartimeo deje de estar fuera del camino y se incorpore al camino de Jesús, que lo lleva a cumplir la voluntad del Padre en Jerusalén. Así, una vez en el mismo camino que Jesús, le pide ver, y Jesús se lo concede, recobrando la vista. Y, desde este momento, el hijo de Timeo ya no vuelve a lo que estaba haciendo, sino que sigue a Jesús por el camino, convirtiéndose en discípulo. Lo propio del discípulo es ir detrás de su maestro, y Bartimeo pasa de estar al margen del camino que recorre Jesús a ir detrás de Él, con el resto de discípulos.

Pero, ¿qué pasa cuando Jesús deja de estar delante?

La confesión de Pedro y el primer anuncio de la Pasión

Justo a la mitad del evangelio de Marcos, nos encontramos, y no por casualidad, con este pasaje fundamental para comprender quién es Jesús y cuál es su misión, y es Pedro quien nos ayuda a comprenderlo con sus actos.

En muy pocos versículos, Pedro hace algo que le merece la alabanza de Jesús para, acto seguido, ser reprendido con palabras duras por Él. En medio del camino, Jesús pregunta sobre quién dice la gente que es Él (cf. *Mc 8,27*) y, justo en la mitad del evangelio de san Marcos, en el versículo 29 del capítulo 8, Pedro contesta: «Tú eres el Mesías». Ahora bien, después de pedir que no digan esto a nadie, Jesús les habla de lo que va a suceder en Jerusalén (cf. *Mc 8,31*). En este momento, Pedro saca a Jesús del camino y le dice: «¡Ponte detrás de mí, Satanás!» (*Mc 8,33*). ¿Por qué dice esto Jesús, si Pedro acaba de desvelar quién es? Pedro ha querido tomar el lugar del Maestro, el de ponerse por delante, por pensar que ya había comprendido quién es Jesús. Sin embargo, decir que es el Mesías queda algo incompleto, puesto que Pedro no sabía cómo se iba a mostrar como Mesías. Será al final del evangelio, cuando el centurión diga: «¡Verdaderamente este hombre era Hijo de Dios!» (*Mc 15,39*), cuando se puede comprender cómo se manifiesta Jesús como Mesías, no siendo un hombre extraordinario, sino mostrándose como el Hijo de Dios.

Cuando Jesús deja de estar delante, pierde el lugar que le corresponde, y el discípulo empieza a hacer una imagen de Él y de Dios que no se corresponde con la realidad.

Ir hacia Jesús como forma de vida

La oración Juniors es una puesta en situación para quienes la rezamos, pues en ella comenzamos reconociendo nuestro lugar como discípulos, que perma-

nece presente a lo largo de toda la oración. En nuestra juventud que comienza, en sus inicios, nos situamos como discípulos, que queremos crecer en la enseñanza de nuestro Maestro. Este crecimiento va variando a lo largo de nuestra vida, pero siempre somos discípulos, independientemente del momento vital en el que nos encontremos. Es en este camino del discipulado en el que se encuadra nuestra misión y nuestra identidad.

Ser discípulo es un modo de vivir, no una condición. Cuando se es discípulo, siempre se está dispuesto a aprender y a crecer. Podemos ser especialistas en muchas cosas, pero en el momento en el que dejamos de ser discípulos y queremos ponernos nosotros en el lugar del Maestro, nos encaminamos por el lugar equivocado. Esto sucede en nuestra vida en el movimiento. Cuando los niños no caminan por el camino que Juniors le ofrece para seguir a Jesús, acaba desinteresándose por el movimiento. Quizá se lo pasa bien en los campamentos, pero cuando llega el momento de seguir a Jesús a través de la metodología de Juniors se desanima y acaba dejándolo, a no ser que descubra la riqueza de lo que Juniors le propone. Así mismo sucede con los educadores: cuando nos alejamos de aquello que nos propone Jesús, vamos alejándonos de nuestra identidad Juniors, y corremos el riesgo de convertirnos en aquello que no somos.

Sin embargo, esto no es algo que sólo ocurra en el movimiento. En toda la Iglesia, si las personas dejamos de tener a Jesús en el lugar que le corresponde, nos alejamos de Dios. Él nos reconcilia en el sacramento de la penitencia para volvernos a acercar a Él, pero necesitamos constantemente recordar que Él es el Maestro y nosotros los discípulos.

Por todo esto, es fundamental comprender la importancia del seguimiento en Juniors, y eso nos lo recalca nuestra oración. *Vamos hacia Jesús, marchando decididos por el camino que Él nos marca, marchando en equipo, seguirlo sin cansarnos...* todas estas proposiciones que pronunciamos en nuestra oración, son la muestra y el compromiso de seguir a Jesús y reconocer, constantemente, cuál es su lugar en la Iglesia, en el movimiento y en nuestra vida.

2.2 El pan de la amistad, dado a los hermanos

Al principio de la oración, afirmamos que queremos que *nuestra vida sea lo que Jesús espera de ella*. Esta petición es muy similar a la que hacemos en el Padrenuestro: *hágase tu voluntad*. Cuando le pedimos a Dios que se haga su voluntad, la cual nos muestra Jesús de manera personal, estamos pidiéndole que haga de nuestra vida aquello que Él espera de ella.

El Concilio Vaticano II, en su constitución pastoral sobre la Iglesia en el mundo actual (*Gaudium et Spes*), afirma lo siguiente:

En realidad, el misterio del hombre sólo se esclarece en el misterio del Verbo encarnado. [...]El que es imagen de Dios invisible (Col 1,15) es también el hombre perfecto, que ha devuelto a la descendencia de Adán la semejanza divina, deformada por el primer pecado. En él, la naturaleza humana asumida, no absorbida, ha sido elevada también en nosotros a dignidad sin igual. El Hijo de Dios con su encarnación se ha unido, en cierto modo, con todo hombre. Trabajó con manos de hombre, pensó con inteligencia de hombre, obró con voluntad de hombre, amó con corazón de hombre. Nacido de la Virgen María, se hizo verdaderamente uno de los nuestros, semejantes en todo a nosotros, excepto en el pecado (GS 22).

Es importante caer en la cuenta de lo que dice este texto. Cuando hablamos de “hombre”, no estamos haciendo referencia a la diferenciación sexuada del ser humano (varón y mujer), sino que hablamos del ser humano comprendido en toda su amplitud, con todas sus dimensiones: biológica, intelectual, afectiva, espiritual... Así, cuando este documento afirma que Jesús es el hombre perfecto, está haciendo referencia a que en Él, todos nos encontramos asumidos, no absorbidos. Es decir, que con nuestras diferencias, en Él encontramos el modo de realizar aquello que es propiamente humano, según la voluntad de Dios. Por eso, cuando nos preguntamos qué significa aquello que Jesús espera de nuestra vida, la respuesta nos la da Él mismo: que vivamos según la voluntad de Dios.

La voluntad de Dios se nos ha mostrado en Jesús, pero se concreta en cada una de nuestras vidas. Cuando vivimos como discípulos, seguimos a Jesús descubriendo cuál es la voluntad que Dios tiene para cada persona. No se trata solamente de nuestro estado de vida (casados, solteros, consagrados...), sino que esta voluntad se va concretando en nuestras vidas, y podemos hilar más o menos fino en función de lo habituados que estemos al trato con Dios. Si reflexionamos un poco, podemos llegar a la conclusión de que cada cosa que hacemos, podemos hacerla con amor, o sin amor: a la manera de Dios, o de otra manera.

Cuando nosotros comenzamos en Juniors, comenzamos este camino que Jesús nos marca y que nos lleva a descubrir la voluntad de Dios que tiene para cada uno de nosotros. Si vamos creciendo como discípulos, iremos descubriendo cómo esa voluntad se concreta en cada una de nuestras vidas hasta en las cosas más cotidianas. Para descubrirla, necesitamos estar en relación con Dios, como hemos dicho antes, y dispuestos a escuchar aquello que Él tiene que decirnos.

Ahora bien, si esto es así, ¿qué tiene que ver con nosotros ese “compartir el pan de la amistad y aprender a darlo generosamente a nuestros hermanos”? La amistad es un tipo de amor genuino, que nosotros podemos vivir de muchas maneras. Antes hemos dicho que la oración es una relación de amistad, por lo que compartimos nuestra relación con Dios para con aquellos que Él pone a nuestro lado, y les ayudamos a crecer en esta amistad. Esta es la misión de quien se encuentra en Juniors: compartir la amistad con Dios que nos nutre y darla a aquellos que Dios pone a nuestro lado, estando en Pacto, en Experiencia o como educadores... Pero, como nos recuerda San Agustín citando al apóstol San Juan, amar a Dios se realiza en el amor al prójimo, porque, en tanto que todavía no vemos a Dios, con el amor al prójimo, aclaramos nuestra pupilar para poder amar a Dios. Nos propone San Agustín: «Ama por tanto al prójimo, y trata de averiguar dentro de ti el origen de ese amor; en él verás, tal y como ahora te es posible, al mismo Dios»⁶.

Las amistades que se realizan en Juniors quieren ser un reflejo de nuestra amistad con Dios, porque Él nos enseña a ser mejores amigos de nuestros amigos. Cuando crecemos en la amistad con Él, nuestra manera de amar a los demás es más a su manera, más a la manera de Jesús, que se ha entregado por nosotros hasta el extremo, y nos invita a vivir los principios de vida Juniors, de los que hemos hablado anteriormente.

Sin embargo, como hemos dicho antes, nosotros estamos en el lugar del discípulo, y por eso continuamente estamos aprendiendo a dar este pan. No siempre cuidamos nuestra amistad con Dios; no siempre somos los amigos de nuestros amigos que ellos esperan; no siempre estamos dispuestos a entregarnos a la manera de Jesús, porque nos gusta guardarnos cosas para nosotros. Ahora bien, esto no debe desanimarnos. Somos discípulos, y lo propio del discípulo es aprender y crecer, no acomodarse en lo que ya hace o ha alcanzado. Seguir a Jesús implica reconocer que, aunque demos el pan de la amistad a nuestros hermanos, siempre podemos darlo mejor, y siempre podemos nutrirnos más del pan que es la amistad con Dios.

Nuestra misión es dar el pan de la amistad a quienes nos rodean, y esa amistad es la amistad que Dios quiere establecer con cada uno de nosotros, en los distintos momentos de nuestra vida en Juniors. Recibir su amistad para darla a los demás, y crecer descubriendo la voluntad que Dios tiene para cada uno de nosotros. Este proyecto apasionante, es la misión que Jesús nos propone a través de Juniors, y por eso lo repetimos cada vez que rezamos esta oración:

⁶ Agustín de Hipona, Tratado 17, 7-9.

necesitamos pedir a Jesús que nos dé el pan de su amistad para seguir compartiéndolo, cada día, con aquellos que Él pone a nuestro lado.

2.3 Ayúdame a crecer en lo verdaderamente importante

En el último punto de nuestra oración, pedimos a Jesús ciertas cosas que conviene que recordemos ahora:

**Fortalece mi voluntad
para vencer mis pasiones,
cumplir siempre con mi deber
y seguirte sin cansarme
con lealtad y alegría.
Amén**

Elevando lo humano

Fortalecer la voluntad, vencer mis pasiones y cumplir con mi deber. Estas tres acciones son acciones muy humanas.

La voluntad es necesaria para poder alcanzar aquello que nos proponemos. Las cosas no nos las regalan, y necesitamos que nuestra voluntad sea cada día más fuerte, para que cuando vengan los contratiempos, nuestra voluntad sea más fuerte.

Vencer las pasiones significa no dejar que las pasiones se adueñen de nosotros. Pero, ¿qué son las pasiones? Las pasiones son las inclinaciones de nuestro corazón, que hacen que deseemos algo también con nuestro afecto. Cuando decimos que tenemos pasión por algo, decimos que ese algo nos tira mucho. Un apasionado del fútbol prioriza el fútbol en su vida, porque es su pasión. Sin embargo, ¿las pasiones son malas? Pues ni sí, ni no. Las pasiones no son ni buenas ni malas, sino que son instrumentos para conseguir aquello que necesitamos, que nos facilitan el camino para alcanzarlo. Si dejamos que las pasiones se adueñen de nosotros, entonces no somos libres y son ellas las que dirigen nuestros pasos. Cuando reconocemos que las pasiones son sólo instrumentos, entonces las potenciamos cuando nos llevan hacia cosas buenas y las limitamos cuando las cosas hacia las que nos llevan no son buenas para nosotros. Es bueno apasionarnos por aquello que nos hace bien y nos ayuda a crecer como personas y en la amistad con Dios, pero las pasiones no pueden ser quienes dirijan nuestros pasos. Por eso pedimos a Jesús que fortalezca nuestra voluntad, porque será nuestra voluntad, y no nuestras pasiones, la que nos ayude a llegar al lugar que nos hemos propuesto.

Cumplir con el deber propio es fundamental en nuestra vida social. De hecho, estamos convencidos de que, si todos cumpliéramos con nuestro deber, la vida sería más justa. Normalmente, las injusticias nos irritan, y siempre encontramos a alguien que no está cumpliendo con su deber. Cuando cumplimos con nuestro deber con nuestra familia, con nuestros amigos, en nuestro centro... somos conscientes de que contribuimos a que las cosas funcionen, y eso nos produce satisfacción.

Ahora bien, si estas tres cosas son tan humanas, ¿por qué las pedimos en la oración? Si recordamos el punto que hemos citado antes de *Gaudium et Spes*, recordaremos que hemos dicho que «En él [Jesús], la naturaleza humana asumida, no absorbida, ha sido elevada también en nosotros a dignidad sin igual». Los cristianos estamos convencidos de que la ayuda de la gracia eleva la naturaleza, es decir, que la acción de Dios en nosotros nos ayuda a hacer y vivir más las cosas a su manera. Lo pedimos porque nosotros queremos vivir lo más humano junto a Él, para que Él haga de lo ordinario, algo extraordinario. Esta también es una experiencia fundamental del discípulo de Jesús: yo, por mis fuerzas, no puedo. Quiero vencer esto que hay en mí, pero me doy cuenta de que es superior a mí, y no puedo. Y esto, nos lleva a la desesperación, a la frustración y a pensar que no podemos cambiar. Cuando somos capaces de poner las cosas en manos de Dios, es cuando reconocemos que nosotros, por nuestros medios, no podemos, pero que con su ayuda, sabemos que podemos con todo. Esta experiencia es la que nos transmite San Pablo en la carta a los Romanos, cuando dice: «Pues no hago lo bueno que deseo, sino que obro lo malo que no deseo.» (*Rom 7,19*). Para salir de esta experiencia, cuando experimentamos que nosotros solos no podemos, reconocemos que la gracia de Dios actúa en nosotros, y nos ayuda siempre.

No somos sólo discípulos que siguen de lejos al Maestro, sino que Él continuamente nos tiende su mano, para ayudarnos incluso en las cosas más humanas, porque Él se ha hecho uno como nosotros, y comprende nuestras vidas. Así, en nuestra oración también le pedimos a Jesús que nos ayude a crecer como personas, porque no podemos crecer como cristianos si no crecemos personalmente, si no nos parecemos más, cada día, a Jesús, el hombre perfecto.

Con lealtad y alegría

Con estas dos palabras acabamos nuestra oración Juniors, y son aquellas que definen nuestro seguimiento como discípulos.

La lealtad, es estar al lado de alguien a pesar de las circunstancias. Somos leales cuando no cambiamos nuestro servicio en función de las circunstancias.

Un amigo leal es aquél que está con nosotros en los momentos buenos y en los malos, incluso cuando no le favorece a él el ser nuestro amigo. La lealtad es necesaria para construir relaciones auténticas.

La alegría es el sentimiento que produce en nosotros el sentirnos agraciados, saber que aquello que vivimos es aquello que necesitamos, o que aquello que sucede es aquello que nos hace bien. Cuando sentimos alegría, es porque lo que nos sucede lo calificamos como bueno. La alegría del cristiano es aquella que nace de nuestro corazón por sentirnos agraciados, por haber conocido el Amor, que es Dios, y haberlo podido experimentar y exteriorizar en nuestras vidas.

La lealtad y la alegría las reconocemos como propias en nuestro seguimiento de Jesús. Necesitamos vivir la lealtad para no desfallecer, como discípulos, cuando las cosas se ponen difíciles. Cuando el cansancio se apodera de nosotros, quiere eliminar la lealtad y la alegría, puesto que ambas son propias en el seguimiento de Jesús. Pedimos a Jesús que no nos cansemos, y que no nos falten nunca estas dos cualidades. Y, si vemos que pueden faltar, le pedimos a Jesús que Él nos las dé, para poder seguirle como discípulos en nuestra infancia, en nuestra juventud, y toda nuestra vida.

En conclusión, como hemos visto a lo largo de este capítulo, la oración define y debe definir nuestra identidad como Juniors, porque es una parte fundamental de aquello que somos. La amistad con Dios es un camino que dura toda la vida, y que se forja a través de la oración. Nosotros, desde el movimiento, queremos seguir a Jesús para que nos lleve hacia Dios, y por ello, nos ponemos en sus manos. Le pedimos que nos envíe al Espíritu Santo para que haga morada en nosotros, y que nos ayude a vivir en contacto con Dios.

Pero, además, el movimiento nos ofrece una oración que nos ayuda a centrar aquello que ponemos delante de Dios. La Oración Juniors se muestra como parte fundamental de nuestra identidad, y nos invita a seguir a Jesús a través de la voluntad del Padre para cada uno de nosotros, haciéndonos cargo de la misión de anunciarlo y dejándonos en sus manos para crecer en su amor, como personas y como cristianos.



**LA LEY JUNIORS:
ASÍ QUEREMOS VIVIR**



AMAMOS A TODOS LOS HOMBRES
DEL MUNDO COMO JESUS NOS AMA

En el capítulo anterior hemos hablado de la oración, motor de nuestra forma de vida en Juniors, puesto que nos pone en relación con Dios y nos ayuda a crecer en su amistad. Sin embargo, como hemos dicho antes, la oración no nos cierra en nosotros mismos, sino que nos abre al encuentro con los demás. Es por eso que, en nuestro actuar, también estamos invitados a vivir esa relación con Dios, que nace del mandato de Jesús de amar al prójimo.

En Juniors hemos recibido otro signo de identidad que todos conocemos: la Ley Juniors. En ella, se afirma que los miembros de Juniors «Amamos a todos los hombres del mundo como Jesús nos ama». Vamos a profundizar en lo que esto influye en nuestra acción, y que después se desgranará en los principios de vida Juniors, en el siguiente capítulo.

1. **Amaos (Jn 13,34)**

La Ley Juniors, como todo aquello que conforma el movimiento, nace del mismo Jesús. En la noche de la última cena, Jesús da a sus discípulos un mandamiento: «que os améis unos a otros; como yo os he amado, amaos también los unos a los otros» (Jn 13,34). Este mandamiento es la expresión de todo aquello que Jesús ha vivido y nos pide vivir. De la misma manera que Él se ha entregado a la voluntad de Dios para salvarnos, pide lo mismo a sus discípulos. Es por eso que quizá sea conveniente que nos centremos en este mandamiento y en cómo se concreta en Juniors M.D. para ser vivido.

1.1 «Que os améis unos a otros»

El Señor es claro a la hora de decirnos cuál es su mandamiento, puesto que estas palabras no dejan demasiado lugar a la interpretación. Amarnos los unos a los otros es lo que Él nos manda, y lo hace, justamente, antes y después de haberlo hecho Él. Lo hace antes de llegar a la noche de la última cena, después de haber estado en contacto con tantas personas a las que ha amado, nos pide que lo hagamos nosotros; incluso el joven rico, quién no le siguió por no ser capaz de vender todo lo que tenía, es amado por Jesús antes de despedirlo (cf. Mc 10,21). Pero también lo hará después de este momento, puesto que será después de la última cena, cuando vivirá su pasión y se entregará por todos en la cruz, llegando a pedir al Padre el perdón para los que lo están crucificando (cf. Lc 23,34).

Jesús ama a todos, aunque no lo comprendan o no lo amen. Sin embargo, este amar no consiste en dar aquello que los demás esperan de Él, sino en dar aquello que los demás necesitan, en obediencia a la voluntad del Padre,

«que quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad» (1Tim 2,4). Por eso, Jesús ama por encima de las expectativas de los demás, porque conoce cuál es la voluntad del Padre y la manifiesta a todos, decidan seguirlo o no. Hacerse comprensivo con las situaciones de los demás no significa renunciar a aquello que es propio de su misión. Volviendo al joven rico, Jesús no cambia las exigencias del amor para que éste lo siga, sino que asume que no le puede seguir. Es por eso, que necesitamos comprender de qué modo estamos invitados a amar a los demás.

1.2 «Como yo os he amado»

Cuando Jesús habla acerca de cómo nos ha amado, es cuando comprendemos en qué consiste esta exigencia del amor. El amor se puede definir de una manera muy amplia; el mismo Platón, siglos antes del nacimiento de Cristo, hace un diálogo acerca del amor, exponiendo distintas conductas y distintos sentimientos que se identifican con este concepto. Sin embargo, no por ello el mandamiento de Jesús es un mandamiento ambiguo. Cuando Jesús nos dice «Como yo os he amado», nos está diciendo el modo en el que nosotros tenemos que amar.

Ahora bien, si queremos amar de este modo, lo primero que tenemos que hacer es conocer a Jesús por nosotros mismos. A lo largo de la historia, se han realizado distintos esbozos de la persona de Jesús, para decir quién era y que resalten algunos aspectos u otros de su vida mortal. Pero lo cierto es que, en este proceso, no podemos olvidar nuestra implicación personal. No podemos conocer sólo de oídas. En algo tan importante y trascendental para nosotros, necesitamos ver todo lo que implica este mandamiento. De ahí que la relación con Dios sea tan importante en nuestro caminar como Juniors y como cristianos, puesto que aquello que estamos llamados a vivir es el amor de Dios, que se ha hecho presente en Jesús. En la medida en que vayamos conociendo a Jesús, nuestra manera de amar será más como la suya. Esta es la base de la vida del cristiano: crecer en la voluntad de Dios, que es crecer en el amor que Jesús nos muestra y nos transmite.

1.3 La Ley Juniors, la Ley del Amor

Una ley es algo que, para aquellos que están llamados a obedecerla, es vinculante y, por tanto, deben de seguirla y cumplirla en sus vidas. Ahora bien, Jesús nos muestra que, además de darnos una ley, nos da algo más importante todavía: la gracia. Por eso habla de un “mandamiento”, porque se convierte en ley en la medida en que estamos más cerca de aquél que nos lo manda. No es



una posición externa a nosotros, sino que es la revelación de que nuestra vida, verdaderamente, se realiza en el amor y a través del amor: el Amor que es Dios, y que nosotros vivimos en nuestras vidas, imagen del amor más grande, que es el amor de Dios. Esto significa que el mandamiento del amor ya está inscrito en nuestros corazones, y Jesús nos revela de qué manera ese amor se realiza de manera plena en nuestra vida. Esto nos lo transmite de manera singular San Pablo en su Carta a los Romanos¹.

Ahora bien, la Ley Juniors no es exactamente igual al mandamiento de Jesús, pues en ella se nos dice que: «Amamos a todos los hombres del mundo como Jesús nos ama». En el mandamiento de Jesús, Él nos habla en imperativo. Nosotros, asumimos este mandamiento como Ley, en presente de indicativo. ¿Qué significa esto? Esto nos lleva, de nuevo, al camino del discipulado.

Ante la necesidad de vivir el mandamiento de Jesús, en Juniors, lo asumimos como un presente, como un ahora. Si damos la vuelta al enunciado de la Ley Juniors, nos damos cuenta de que confesamos que Jesús nos ama, en presente, y que por tanto, nosotros amamos a todos los hombres, varones y mujeres de todo el mundo. Sin embargo, la experiencia que hacemos es la de la necesidad de hacerlo cada vez más y cada vez mejor, porque vemos que, por nosotros mismos, no siempre conseguimos hacerlo, ni con los que están lejos, ni con los que están cerca. Para vivir esta Ley, necesitamos vivir la experiencia de San Pablo y experimentar cómo el mismo Jesús, en la debilidad, nos dice: «Te basta mi gracia: la fuerza se realiza en la debilidad» (2Cor 12,9).

Por todo esto, reconocemos la necesidad de vivir el amor y en el amor. Primero, experimentando y conociendo el amor de Dios manifestado en Jesús, para después amar a todos, sin hacer acepción de personas. Para vivir esto, poseemos un instrumento necesario. Si queremos crecer en el bien, si queremos amar a la manera de Jesús, necesitamos actuar como corresponde a ese amor. De ahí que, para crecer en el amor, necesitemos el hábito de actuar con amor. Para ello, existen las virtudes, que son el instrumento a través del cual crecemos como personas y, con la ayuda de la gracia, crecemos en el amor.

¹ En el glosario, os hablamos de la Carta a los Romanos en referencia a esta cuestión de la Ley y la Gracia.

2. Las virtudes teologales: viviendo el Amor

Puede que no estemos acostumbrados a oír hablar de la virtud. Sin embargo, la virtud nos ayuda a comprender hacia dónde encaminamos nuestros pasos, puesto que nos aleja de la mediocridad. A nadie le gusta ser mediocre. Ahora bien, muchas veces justificamos la mediocridad y nos conformamos con ella. Esto significa que, aunque no nos gusta ser mediocres, le restamos importancia al hecho de serlo. “Sé que no debo, pero es que es superior a mí...”; “podría dar 10, pero voy a dar 6 y así más cómodo...”. Lo cierto es que, si lo que hemos dicho antes es verdad, no tenemos excusa para ser mediocres. Puesto que, aunque sabemos que nos falta, y mucho, para llegar a donde debemos llegar, tenemos la ayuda constante de Dios, que a través de su gracia, nos ayuda a crecer.

Pero, ¿qué es la virtud? Según Santo Tomás, la virtud es el hábito o disposición estable de las facultades del alma gracias al cual ésta puede alcanzar más fácilmente los fines que le son propios. Vamos a simplificar esto un poco más:

- *Es un hábito o una disposición estable de las facultades del alma: el hábito es la repetición de una serie de acciones.* Repetir una acción nos lleva a generar en nosotros un hábito. Ahora bien, hablamos de las facultades del alma. Como hemos dicho antes, el alma es nuestra dimensión espiritual, por lo que, la virtud, es un hábito en el que ponemos en juego nuestra dimensión espiritual. No es un hábito que adquirimos de manera automática, sino que, en las virtudes, entra en juego nuestra razón, nuestros sentimientos...
- *Gracias al cual ésta puede alcanzar más fácilmente los fines que le son propios.* Lo propio del alma, lo que necesitamos interiormente, podemos llamarlo de muchas maneras. Aristóteles lo llamó “felicidad”, y Santo Tomás “visión de Dios”. Nosotros, que hemos conocido a Dios como amor, podemos decir que necesitamos vivir ese amor de una manera plena, en Dios y a través de aquellos que están a nuestro lado. Por eso, las virtudes son medios que nos ayudan a llegar a realizarnos, a ser más lo que nos llena verdaderamente.

Sin embargo, alcanzar la virtud no es algo automático. Necesitamos crecer en la virtud, y más para vivir esta relación con Dios y con los demás. En este sentido, hay unas virtudes que nos ayudan, de manera particular, a vivir nuestra relación con Dios, y a que esta relación podamos vivirla con aquellos que Él pone a nuestro lado: las virtudes teologales.

Estas virtudes teologales nacen de nuestra relación con Dios, y nos permiten vivir en relación con Él, afectando a nuestra vida cotidiana. Las virtudes teologales son tres, y están íntimamente relacionadas con la Ley Juniors, porque son las que nos permiten vivir este mandamiento. Las virtudes teologales son: fe, esperanza y caridad, y ahora vamos a ver en qué afectan a nuestra manera de vivir la relación con Dios a través de Jesús, por la acción del Espíritu Santo.

2.1 Fe

La fe es necesaria para la vida del cristiano. Todos los seres humanos creemos. Por lo tanto, la pregunta es: ¿En qué o en quién creemos? Si yo cojo un autobús, es porque creo. Si la ciencia evoluciona, es porque el científico cree. Creo al coger un autobús, porque pienso que va a llegar a su destino, y tengo ciertas evidencias de que va a ser así, pues de lo contrario, no lo cogería. El científico cree al plantear una hipótesis, porque a través de una serie de evidencias que ha conocido, se aventura a creer que es posible avanzar en el conocimiento, lo que corroborará o desechará a través de la experimentación. La experiencia de la fe es necesaria en la vida de cualquier persona.

Ahora bien, aunque esta estructura nos ayuda a comprender lo que es la fe, cuando hablamos de la fe en Dios, la evidencia ya no depende sólo de nuestros actos. Por eso decimos que la fe, en tanto que virtud teologal, es un regalo. No depende en exclusiva de nuestros actos, sino que nosotros la recibimos. No nos damos la fe a nosotros mismos, sino que alguien, a través de su testimonio, nos la transmite. Recibir la fe en Dios es reconocer que Dios es digno de ser creído. La evidencia se presenta de otro modo, porque Dios es distinto a aquello que conocemos, pero se presenta a través de personas y acontecimiento de nuestra vida, de modo que no sólo se involucra nuestra razón, sino que también lo hace nuestro afecto, nuestra voluntad, nuestros sentimientos... nuestra alma.

Necesitamos de la fe para vivir la Ley Juniors, puesto que de lo contrario, no podemos amar como Jesús nos ama. Nosotros experimentamos ese amor de Jesús en presente, y no en pasado, a través de la fe. Jesús no es solamente una persona que ha quedado atrás en la historia, sino que es presente. Nos ha amado en el pasado, pero también nos ama en el presente. Es por ello que necesitamos vivir la fe para poder experimentar ese amor y amar de esa misma manera. Por eso la fe es como esa llama del fuego del amor de Dios, que nosotros recibimos y que, en compañía de quienes están a nuestro lado, necesitamos que crezca.

2.2 Esperanza

La esperanza, igual que la fe, es algo que todas las personas compartimos, aunque cambie el objeto de nuestra esperanza. Todos esperamos, puesto que esa espera es lo que nos abre al futuro. Sin embargo, la esperanza no es algo pasivo, sino que es una espera activa: implica esperar actuando conforme a aquello que esperamos. Además, también implica algo fundamental: la confianza. Esperamos algo que está en el futuro, pero al mismo tiempo confiamos en que aquello que esperamos llegará. Esta es la clave de la esperanza: condiciona nuestro presente y nos abre a un futuro que confiamos alcanzar.

Ahora bien, la esperanza es también una virtud teologal, puesto que nace de nuestra relación con Dios y, al mismo tiempo, la posibilita. Nace de la relación con Dios, puesto que aquello que esperamos y confiamos tiene que ver con Dios. En la medida en que tenemos una relación personal con Dios, nuestra esperanza se ve condicionada por esta relación. Primero, porque Dios nos invita a poner nuestra esperanza en Él, para esta vida y para la venidera. Pero, también, porque aquello que confiamos que llegará a nuestra vida, reconocemos que está en las manos de Dios. Pero, además, también posibilita nuestra relación con Dios, porque nos permite esperar que, el mismo que ha actuado en nuestra vida y en la vida de tantas personas, volverá a actuar.

La esperanza es fundamental para vivir la Ley Juniors en nuestra relación con Dios, porque nos abre a la confianza de que aquello que esperamos alcanzar, llegará a producirse, con su ayuda. Amar a todos no es algo que salga de nuestro corazón o que alcancemos por nuestras propias fuerzas; dicho es un ideal muy bello, pero necesita ser más que un ideal, algo que se realice en nuestras propias vidas. De ahí que, si vivimos con esperanza, podamos vivir haciendo todo lo que está en nuestra mano. Pero, en el momento en el que experimentemos que no podemos por nosotros mismos, cabrá esperar que el mismo Dios que ha actuado en nuestra vida y en la vida de tantas personas, volverá a actuar y nos ayudará a poder vivir este mandamiento que, desde Juniors, queremos asumir como ley propia.

2.3 Caridad

Podemos decir que, de las tres virtudes teologales, esta es la hermana mayor. San Pablo nos recuerda que, de las tres, la caridad no pasa nunca y es la mayor de todas (cf. 1Cor 13,13). Ahora bien, vamos a comprender de qué hablamos cuando hablamos de la caridad.

Todos somos capaces de vivir el amor y sus derivados. Cualquier persona es capaz de experimentar el amor, y hay muchas formas de amor y de amar. Sin embargo, no todas son iguales. El amor a los objetos, por ejemplo, no debe ser equiparable al amor a los seres humanos, porque éstos son semejantes a nosotros. Sin embargo, todos hemos hecho la experiencia de sentir amor, estima, afecto... por personas, objetos y distintas realidades, tanto visibles como invisibles. Incluso por vivencias pasadas, o por momentos singulares de nuestra vida que hacen que éstos ocupen un lugar privilegiado en nuestro corazón. Sin embargo, coincidiremos todos en que todas estas expresiones de afecto o de aprecio no se identifican con el amor.

Nosotros, para preguntarnos por el amor, nos remitimos, no sólo a lo que nos dicen nuestros sentimientos, sino al mismo Jesús, que como hemos dicho antes, nos revela y manifiesta quién es Dios. Y, en este sentido, es Jesús quien nos hace comprender algo fundamental, que nos transmite el mismo apóstol Juan: «Dios es amor» (1Jn 4,8). Aquí tenemos la base de nuestra comprensión del Amor, puesto que si esto es así, de la misma manera que Jesús nos ha mostrado lo que sabemos acerca del Padre, también nos ha mostrado cómo es ese Amor, que es Dios. Si asumimos esto, si Dios es Dios y se revela como Amor, tenemos un criterio al que acogernos para descubrir cuál es el Amor verdadero, aquél que anhela nuestro corazón y llena nuestra vida. El amor que experimentan María, la Madre de Jesús, los discípulos, María Magdalena, el ciego Bartimeo, Zaqueo... y tantos otros que se encuentran con Jesús, es este amor. Y este amor es tan grande, que quieren aprender a vivirlo y hacerlo suyo, lo que les lleva a seguir a Jesús. De nuevo vemos cómo descubrir el Amor de Dios y el discipulado están íntimamente unidos.

Ahora bien, cuando aceptamos que Dios es Amor, y que Jesús nos muestra cómo es ese Amor, es cuando estamos dispuestos a que la relación con Él vaya configurando nuestra vida, porque crecemos en ese Amor que Él nos tiene y nos va haciendo experimentar y comprender. Ya no se trata, solamente, de lo que digan nuestros sentimientos, porque nosotros queremos crecer en ese amor que Dios nos ha mostrado a través de Jesús, y que, cuando lo vivimos, hace que experimentemos que, verdaderamente, este amor hace de nuestra vida una vida plena. Así, habrá momentos en que comprenderemos perfectamente lo que estamos viviendo, y más que comprenderlo, lo asumiremos como algo propio. Sin embargo, habrá momentos en que no comprendamos, y solamente podamos decir: "Quiero, pero no puedo. ¡Ayúdame!". Pues, de lo contrario, el amor que vivimos no será el reflejo y la participación de ese Amor más grande, que es Dios.

Por ejemplo, todos sabemos lo que es “ayudar”. Sin embargo, no todo lo que podemos hacer por otra persona es ayudarla, y por tanto, no todo nos permite vivir la caridad. Habrá momentos en que la ayuda que se nos pide sea la ayuda que se necesita; pero, ¿y si la ayuda que se necesita no es la ayuda que se pide? ¿Daremos lo que la otra persona necesita, o le daremos lo que nos pide, por miedo a perder su amistad, o su afecto? Vivir la caridad no es algo automático: requiere que nos impliquemos completamente en las relaciones que conforman nuestra vida. Es como cuando, poniendo otro ejemplo, “damos una moneda”. Cuando hacemos esto, no siempre estamos ejerciendo la caridad a la manera de Dios, pues quizá solo lo hacemos para que la persona que tenemos delante deje de molestarnos, y nos resulta más fácil darle la moneda que preguntarle y escuchar aquello que pueda contarnos, dándole nuestro tiempo, que es más valioso que muchas monedas.

Vivir el Amor que Dios nos propone y nos da es tremendamente simple, al mismo tiempo que es tarea para toda una vida. Es simple, puesto que significa asumir que Dios es Amor, y que Él es quien nos permite descubrir cómo podemos vivir su Amor en nuestra vida. Sin embargo, es una tarea para toda la vida, en tanto que requiere, de nuestra parte, estar siempre dispuestos a estar más cerca de Él y a crecer en su Amor, teniendo siempre la actitud de aquél que sabe que puede equivocarse y que constantemente necesita crecer en el Amor, para amar más y mejor a aquellos que tiene a su alrededor.

Por tanto, de la misma manera que la fe y la esperanza tienen, como hermana mayor, a la caridad, en la Ley Juniors la caridad ocupa un lugar privilegiado. La caridad es el “como Jesús nos ama”. Ese amor que experimentamos en Jesús, es el amor que nos comprometemos a vivir al asumir la Ley Juniors: un Amor siempre mayor de lo que podemos alcanzar a comprender, que requiere de nosotros que siempre estemos dispuestos a crecer en Él. De ahí que necesitemos la fe para conocer el Amor que Jesús nos manifiesta, y la esperanza que nos asegura que lo vamos a vivir siempre que permanezcamos a su lado, cada vez más plenamente.

3. Nuestra vida a la luz de la Ley Juniors

Como hemos dicho a lo largo del capítulo, nosotros asumimos el mandamiento de Jesús que transmite a sus discípulos en la Última Cena para vivirlo en presente, pero estamos necesitados de la relación con Dios para vivirla cada vez de manera más plena. La Ley Juniors pide que crezcamos en el ejercicio de

las virtudes, y particularmente, en las virtudes que nacen de nuestra relación con Dios y que nos permiten relacionarnos con Él. Y, entre ellas, la más importante es la caridad, el Amor que es Dios y que, ayudándonos con la fuerza del Espíritu Santo, Él nos invita y ayuda a vivir en nuestras vidas.

Sin embargo, como decíamos al principio, esto es la base de nuestra acción: en la medida en que vivimos esto, nuestra relación con aquellos que nos rodean, tanto en el Movimiento, como fuera de él, se vuelve distinta y nueva. Por eso, necesitamos comprender cómo se concreta esto en nuestra manera de actuar, tanto como Movimiento como en nuestras vidas como cristianos.





**LOS PRINCIPIOS
DE VIDA JUNIORS
EN LA DOCTRINA
SOCIAL DE LA IGLESIA**

En los Principios de Vida se resume aquello que Dios nuestro Padre pide para participar plenamente como cristianos comprometidos en la Iglesia y en el Movimiento Juniors, de manera que se concrete en nuestro actuar en la Iglesia y en el mundo.

Así, lo que los Principios de Vida nos proponen es alcanzar el gran reto cristiano: ser discípulos de Jesús. Si se llevan a la práctica, provocan en nosotros una experiencia más humana, y por tanto, más cristiana, que sin duda nos hará más felices y crecer en el Amor, que es Dios mismo.

1. Fundamentos de los Principios de Vida Juniors

Los Principios de Vida Juniors tienen como fundamento las virtudes cardinales y los principios de la Doctrina Social de la Iglesia (DSI).

1.1 Las virtudes cardinales

En el capítulo anterior hemos hablado de las virtudes, centrándonos en aquellas que nacen de nuestra relación con Dios y la posibilitan. Sin embargo, hay otras que alcanzamos madurando hacia aquello que es bueno, con nuestro esfuerzo, y que condicionan nuestra manera de relacionarnos con los demás y con la sociedad. Estas son las virtudes humanas, dentro de las cuales están las virtudes cardinales: prudencia, justicia, fortaleza y templanza.

San Agustín decía que «vivir bien no es otra cosa que amar a Dios con todo el corazón, con toda el alma y con todo el obrar. Quien no le obedece mas que ha él (lo cual pertenece a la justicia), quien vela para discernir todas las cosas por miedo a dejarse sorprender por la astucia y la mentira (lo cual pertenece a la prudencia), le entrega un amor entero (por la templanza), que ninguna desgracia puede derribar (lo cual pertenece a la fortaleza)»¹.

Las virtudes cardinales son fundamentales porque todas las otras virtudes se agrupan en torno a ellas. Además, también están recogidas en la Sagrada Escritura, como nos muestra este versículo del libro de la Sabiduría: «¿Amas la justicia? Las virtudes son el fruto de sus esfuerzos, pues ella enseña la templanza y la prudencia, la justicia y la fortaleza» (Sab 8, 7).

¿Cómo se llega a ser prudente? Se llega a ser prudente aprendiendo a distinguir lo esencial de lo accidental, a ponerse las metas adecuadas y a elegir los

¹ Cf. Conferencia Episcopal Austríaca., YOUCAT; Trad. Española por el Arzobispado de Madrid., Ediciones Encuentro, Madrid 2015, pág. 172.

mejores medios para alcanzarlas. La prudencia regula todas las demás virtudes, y nos ayuda a reconocer lo que es justo. Sólo el hombre que es prudente puede aplicar la justicia, la fortaleza y la templanza para hacer el bien.

¿Cómo se actúa justamente? Se actúa justamente estando siempre pendiente de dar a Dios y al prójimo lo que les es debido. El principio de la justicia dice: «A cada uno lo suyo». Un niño con pocas habilidades debe ser educado de un modo diferente a uno con muchas habilidades, de forma que ambos reciban lo que necesitan. La justicia se esfuerza por la compensación, y anhela que los hombres reciban lo que les es debido. También ante Dios debemos dejar que reine la justicia y darle lo que es suyo: nuestro amor y adoración.

¿Qué significa ser fuerte? Quien es fuerte, opta continuamente por el bien que ha conocido, incluso cuando en un caso extremo deba dar su propia vida.

¿Por qué es una virtud la templanza? La templanza es una virtud porque nos ayuda a vivir en libertad y optar con firmeza por lo bueno, procurando el equilibrio en el uso de los bienes creados.

1.2 Los principios de la Doctrina Social de la Iglesia (DSI)

Todo aquello que vive la Iglesia nace del Evangelio, como fundamento y esencia de lo que se predica. Ahora bien, en el anhelo de todos por buscar la verdad, existen unos principios que la Iglesia propone para vivir en sociedad y hacer crecer a la sociedad en humanidad, independientemente de la fe que se profese. Esto significa que estos principios son la propuesta que hace la Iglesia, a la luz del Evangelio, para hacer crecer a la sociedad, desde la convicción de que crecer en humanidad es crecer en la semejanza de Cristo, que como hemos dicho antes, se nos presenta como “el hombre perfecto”. Así, estos principios brotan del encuentro del mensaje evangélico y de sus exigencias con los problemas en la vida de la sociedad².

Todos somos actores sociales, porque formamos parte de una sociedad y la conformamos. Ahora bien, nosotros compartimos la fe en Dios, que se ha manifestado en Jesucristo, por lo que, a través de nuestra fe, también enriquecemos nuestra sociedad, tan diversa y plural. Si verdaderamente aceptamos la diversidad social, el mensaje de Cristo debe tener cabida en nuestras sociedades. Por eso, todos tenemos que colaborar en esta labor de humanizar la sociedad desde nuestras convicciones más profundas, desde la alegría del Evangelio. Contando con nuestra libertad, estos principios nos ayudan a buscar la verdad común, que podemos alcanzar comprendiendo mejor al ser hu-

² Cf. CDSI 160.

mano. Por tanto, en nuestra sociedad, estos principios ayudan a entrelazar las libertades de todas las personas.

Los principios de la DSI se pueden agrupar en cuatro: la dignidad de la persona humana, el bien común, la solidaridad y la subsidiariedad. Vamos a hablar un poco de ellos, por separado, para que nos hagamos una idea de qué representa cada uno.

En primer lugar, hablamos de la dignidad de la persona humana, porque en ella se fundamenta toda la DSI. Nuestra fe nos asegura que somos “imagen de Dios” (*Gén 1,27*), y de Él recibe la persona humana su dignidad. Decir que la persona humana tiene dignidad significa decir que no tiene un valor equiparable a otras cosas: su valor es absoluto. Este principio es fundamental para comprender la DSI, porque es una invitación a poner por encima de todo lo demás, en la vida social, a las personas, lo cual está íntimamente relacionado con el imperativo categórico de “hacer a los demás lo que quieras que te hagan a ti” (cf. *Mt 7,12*).

En segundo lugar, hablamos del bien común. Este bien común posibilita la vida social, en tanto que, teóricamente al menos, todos los agentes sociales tendemos hacia él. El bien común es el conjunto de condiciones de la vida social que hacen posible a las asociaciones y a cada uno de sus miembros lograr plena y fácilmente la propia perfección. No es la suma de los bienes particulares de cada persona. Perteneciendo a todos y cada uno sigue siendo común, pues es indivisible y solo juntos podemos alcanzarlo³. Ahora bien, es bueno que diferenciamos el bien común del interés general. El bien común supone algo que tiene su valor en sí mismo, mientras que el interés general es una cuestión subjetiva. Si aceptamos el valor absoluto de la persona humana, hablar de bien común es reconocer su valor en sí mismo, no dependiendo del interés de un grupo.

En tercer lugar, el principio de solidaridad, que nace de la caridad, se relaciona con la dimensión social de la persona humana, en tanto que a través de él afirmamos la codependencia entre las personas, su igualdad en la dignidad y en los derechos que le afectan. La solidaridad permite hacernos cercanos y generar un mínimo de empatía social con todos los que nos rodean, de ahí que sea fundamental para la vida social. En este sentido, la solidaridad se empeña por el bien común, lo que nos permite decir de ella que es la virtud social fundamental, ya que se coloca en la dimensión de la justicia y en la entrega por el bien del prójimo⁴.

3 Cf. CDSI 164.

4 Cf. CDSI 192-193.

Finalmente, el principio de subsidiariedad quiere poner en el centro la justicia social, que debe regir la relación de las instituciones con las personas, particularmente las instituciones estatales. Así lo explica el papa San Juan Pablo II:

...una estructura social de orden superior no debe interferir en la vida interna de un grupo social de orden inferior, privándola de sus competencias, sino que más bien debe sostenerla en caso de necesidad y ayudarla a coordinar su acción con la de los demás componentes sociales, con miras al bien común (CA 48).

*Ser comprensivo con los demás
y exigente conmigo mismo*

*Defender la justicia y luchar
por un mundo nuevo*

*Vivir en la verdad para
conquistar mi libertad*

*Fortalecer mi espíritu para
estar dispuesto a servirte a ti
Jesús y a mis hermanos*

2. Los Principios de Vida Juniors en la sociedad

Ahora, una vez expuestos estos principio de la DSI y las virtudes cardinales, vamos a ver la relación que existe entre ellos y los Principios de Vida Juniors (PVJ), en tanto que estos últimos son la propuesta de vida cristiana y social que se hace a los miembros del movimiento, para ser vividos dentro y fuera del mismo. Ahora bien, es bueno que tengamos en cuenta que, a pesar de haber una correspondencia entre el PVJ, una virtud cardinal y un principio de la DSI, todas las virtudes y todos los principios afectan a todos los PVJ, puesto que unos dependen de los otros y están íntimamente relacionados.

2.1 Ser comprensivo con los demás y exigente conmigo mismo

Este primer PVJ nos recuerda mucho a el versículo que hemos citado antes del evangelio de San Mateo, en el que se nos invita a tratar a los demás como nos gustaría que nos trataran (cf. Mt 7,12).

Fundamento del primer PVJ

El fundamento de este PVJ se encuentra en la Carta a los Romanos, donde San Pablo nos dice:

Que vuestro amor no sea fingido; aborreciendo lo malo, apegaos a lo bueno. Amaos cordialmente unos a otros; que cada cual estime a los otros más que a sí mismo; en la actividad, no seáis negligentes; en el espíritu, manteneos fervorosos, sirviendo constantemente al Señor. Que la esperanza os tenga alegres; manteneos firmes en la tribulación, sed asiduos en la oración; compartid las necesidades de los santos; practicad la hospitalidad (Rom 12,9-13).

San Pablo nos invita a que vivamos el Amor de Dios como algo propio, que no sea superficial, sino que lo vivamos desde el corazón. Pero, además, nos invita a amarnos unos a otros, y a amar al otro incluso más que a nosotros mismos. Esto está íntimamente relacionado con este primer PVJ, puesto que, en la medida en que comprendo al otro, manifiesto ese amor que he recibido de Dios sin caer en juicio; y en la medida en que soy exigente conmigo mismo, soy capaz de fijarme más en aquello que debo hacer yo, y menos en lo que pienso que los otros no hacen.

Para comprenderlo mejor, Jesús nos propone una parábola que nos invita a comprender cómo espera Dios que actuemos los unos con los otros:



**SER COMPENSIVO CON LOS DEMÁS
Y EXIGENTE CONMIGO MISMO**

Por esto, se parece el reino de los cielos a un rey que quiso ajustar las cuentas con sus criados. Al empezar a ajustarlas, le presentaron uno que debía diez mil talentos. Como no tenía con qué pagar, el señor mandó que lo vendieran a él con su mujer y sus hijos y todas sus posesiones, y que pagara así. El criado, arrojándose a sus pies, le suplicaba diciendo: “Ten paciencia conmigo y te lo pagaré todo”. Se compadeció el señor de aquel criado y lo dejó marchar, perdonándole la deuda. Pero al salir, el criado aquel encontró a uno de sus compañeros que le debía cien denarios y, agarrándolo, lo estrangulaba diciendo: “Págame lo que me debes”. El compañero, arrojándose a sus pies, le rogaba diciendo: “Ten paciencia conmigo y te lo pagaré”. Pero él se negó y fue y lo metió en la cárcel hasta que pagara lo que debía. Sus compañeros, al ver lo ocurrido, quedaron consternados y fueron a contarle a su señor todo lo sucedido. Entonces el señor lo llamó y le dijo: “¿Siervo malvado! Toda aquella deuda te la perdoné porque me lo rogaste. ¿No debías tú también tener compasión de tu compañero, como yo tuve compasión de ti?”. Y el señor, indignado, lo entregó a los verdugos hasta que pagara toda la deuda (Mt 18,23-34).

El rey es Dios, que siempre tiene comprensión y misericordia con nosotros, sus hijos amados. Nosotros tenemos dos caminos y dos modos de comportarnos. La exigencia con los demás o la comprensión. Esa comprensión viene de la experiencia de sentirnos perdonados y queridos por Dios. Por ello, el cristiano que experimenta esto, debe de ser coherente y comportarse siendo comprensivo con los demás, al igual que Dios lo ha sido con nosotros.

Dios nos pide ser comprensivos con los demás, en el camino del discípulo. Es verdad que es un camino exigente, que como hemos dicho en anteriores capítulos, no nos permite quedarnos en la mediocridad. Por eso, el primer PVJ nos anima a asumir la actitud personal de la exigencia para con nosotros y de la comprensión para con los demás, al inicio de nuestro camino en Juniors.

La prudencia

Como hemos dicho antes, la prudencia es una virtud que afecta a todas las demás. Aristóteles decía que la prudencia era la virtud que nos permite enlazar lo teórico con lo práctico, nuestra razón con nuestro actuar, puesto que permite distinguir lo bueno de lo malo, lo justo de lo injusto. Sólo la persona prudente puede aplicar el resto de las virtudes, por lo que ésta está en la base de la actuación humana. Esta virtud se consigue aprendiendo a distinguir lo esencial de lo que no lo es, y sabiendo cuales son nuestros límites, ayudán-

donos a poner las metas adecuadas y a elegir las mejores medidas para conseguirlas.

La prudencia es la virtud que nos ayuda a discernir en cada circunstancia lo que está bien y lo que está mal. «El prudente sabe donde pisa» (*Prov 14,15*), pues la prudencia guía la conciencia. Gracias a esta virtud aplicamos sin error los principios morales a los casos particulares, y superamos las dudas sobre el bien que debemos hacer y el mal que debemos evitar.

De ahí que esta virtud esté en la base de las demás, porque nos sitúa para actuar haciendo el bien. Del mismo modo que este PVJ se encuentra al inicio de nuestra andadura en Juniors, la prudencia nos permite vivir las demás virtudes.

El principio de la dignidad de la persona humana

Cuando ponemos en práctica este PVJ, estamos haciendo algo fundamental: estamos poniendo en práctica el primer principio de la DSI: la dignidad de la persona humana, puesto que estamos trabajando por la igualdad entre los que somos semejantes. Igualdad no significa uniformidad, de modo que, para que esa igualdad se haga efectiva, nosotros tenemos que crecer y ser cada vez más cercanos a nuestro Maestro, al mismo tiempo que comprendemos las situaciones que viven los demás y no les damos más ni menos valor por las situaciones en que se encuentran, trabajando por reconocer su dignidad, igual en todos los casos.

El principio de la dignidad de la persona humana parte del hecho de que todos hemos sido creados «imagen y semejanza de Dios» (*Gén 1,27*), llegando a su plenitud en Cristo, que al presentar a Dios como nuestro Padre, nos descubre que todos somos hermanos, como nos recuerda San Pablo: «habéis recibido un Espíritu de hijos de adopción, en el que clamamos: «¡Abba, Padre!». Ese mismo Espíritu da testimonio a nuestro espíritu de que somos hijos de Dios» (*Rom 8,15-16*). Pero, no sólo aquellos que hemos recibido el Espíritu somos hermanos, puesto que estamos llamados a ayudar a descubrir a los demás que Dios es Padre, anunciando el evangelio. El designio de Dios es que todos lo conozcan y que todos estemos unidos en Cristo (cf. *Ef 1,10*), de ahí que ser exigentes con nosotros mismos y comprensivos con las circunstancias que viven los demás, es tratar a los demás como lo que son: hermanos nuestros, independientemente de que ellos lo hayan descubierto o no. Así, el hecho de que otra persona piense que tenemos la misma dignidad por el hecho de ser imagen de Dios, o que no lo piense, no es motivo para que yo no actúe reconociendo que tiene una dignidad igual a la mía.

Las consecuencias de la dignidad de las personas es una igualdad que va más allá de las circunstancias accidentales de sus vidas: independientemente de las diferencias étnicas, de nación, de sexo, de origen, de cultura o de clase social, todos tenemos la misma dignidad, y reconocerla significa tratar a los demás como lo que son: imagen de Dios. Reconocer la dignidad no significa estar de acuerdo con todo, pero sí que significa poner por delante ciertos aspectos que van unidos a la dignidad: el respeto, la fraternidad, la solidaridad... cuando reconocemos la dignidad de quien tenemos enfrente, estamos en disposición de tratarlo como realmente es.

Ahora bien, la igualdad en la dignidad no elimina la diversidad, sino que la posibilita: por el hecho de poseer una igual dignidad, acepto al otro conforme es, y le ayudo a crecer como persona, en función de las posibilidades. Reconociendo la dignidad favorecemos la igualdad entre las personas, respetando aquello que les es propio.

Si asumimos esto, aceptamos que todas las personas tienen un valor absoluto, y evita que despreciemos a las personas por las situaciones en las que se encuentren. No hay personas más válidas o menos válidas: todos tenemos la misma dignidad y nuestro deber es promover que, las situaciones que hacen que esa dignidad no se valore, desaparezcan.

En tanto que vivimos el primer PVJ, “ser comprensivos con los demás y exigentes con nosotros mismos”, estamos reconociendo que toda persona merece nuestra comprensión, porque posee nuestra misma dignidad. Y, al mismo tiempo, nos recuerda a nosotros que, puesto que tenemos una dignidad, necesitamos vivir acorde a ella, para que se haga presente cada vez más, para que se manifieste cada vez más que somos imagen de Dios y seguidores de Cristo.

2.2 Defender la justicia y luchar por un mundo nuevo

En este segundo Principio de Vida Juniors, viene a nuestra mente las palabras de Jesús, que nos invita a buscar el Reino de Dios y su justicia: « Ya sabe vuestro Padre celestial que tenéis necesidad de todo eso. Buscad sobre todo el reino de Dios y su justicia; y todo esto se os dará por añadidura» (Mt 6,32-33).

Fundamentación del segundo PVJ

El profeta Ezequiel, nos recuerda la necesidad de vivir la justicia para aquellos que buscan a Dios. Nos dice:

Si un hombre es inocente y se comporta recta y justamente; [...]si no oprime a nadie, si devuelve la prenda empeñada; si no despoja a nadie de lo suyo,

si da de su pan al hambriento y viste al desnudo; si no presta con usura ni acepta intereses; si se mantiene lejos de la injusticia y aplica con equidad el derecho entre las personas; si se comporta según mis preceptos y observa mis leyes, cumpliéndolas fielmente: ese hombre es justo, y ciertamente vivirá —oráculo del Señor Dios— (Ez 18-5.7-9).

El ser justo es algo propio de la persona que busca a Dios. Esto nos lo recuerdan los profetas en el Antiguo Testamento, pero es llevado a plenitud por el mismo Jesús. Él es quien, en su anuncio del Reino de Dios, habla constantemente de la necesidad de conversión y de la cercanía del Reino (cf. Mc 1,15). La necesidad de defender la justicia consiste en luchar porque cada uno reciba lo que es suyo. Como cristianos, creemos que la justicia que verdaderamente responde a nuestras necesidades, a nuestra dignidad, es la justicia que nace del Amor de Dios que se nos invita a vivir. De este modo, abrimos la puerta a ese mundo nuevo: el mundo en el que Dios hace nuevas todas las cosas (cf. Ap 21,5), que si bien forma parte de nuestra esperanza para la venida del Señor, estamos invitados a vivir esa novedad ya en esta vida. Como nos recuerda el papa Francisco en *Evangelii Gaudium*:

La propuesta es el Reino de Dios (cf. Lc 4,43); se trata de amar a Dios que reina en el mundo. En la medida en que Él logre reinar entre nosotros, la vida social será ámbito de fraternidad, de justicia, de paz, de dignidad para todos. Entonces, tanto el anuncio como la experiencia cristiana tienden a provocar consecuencias sociales. Buscamos su Reino: «Buscad ante todo el Reino de Dios y su justicia, y todo lo demás vendrá por añadidura» (Mt 6,33). El proyecto de Jesús es instaurar el Reino de su Padre; Él pide a sus discípulos: «¡Proclamad que está llegando el Reino de los cielos!» (Mt 10,7) (EG 180).

El Reino de Dios se construye por la acción de Dios en nuestros corazones, que hace que hagamos presente las acciones que llevan a hacer presente ese mundo nuevo que está viniendo a nosotros constantemente. Ahora bien, aunque el Reino de Dios siempre esté en camino, no por ello podemos pensar que no podemos vivirlo, porque es Jesús quién inaugura el Reino de Dios, su persona y su vida son el Reino de Dios. La Iglesia en la que hemos sido bautizados, a la que, como movimiento, pertenecemos, es ya germen del Reino de Dios. Por ello, los cristianos debemos ser signo en el mundo de la justicia y el Amor de Dios, que son los posibilitan la construcción del Reino de Dios. Este reino es «como un grano de mostaza» (Mt 13,3), es decir, una semilla muy pequeña, que puede pasar desapercibida, pero que al crecer, se convierte en un gran árbol.

Por todo esto, aunque nos parezca infecundo nuestro hacer y nuestro predicar a Cristo, aunque pensemos que ese mundo nuevo que inaugura Él no se va



**DEFENDER LA JUSTICIA
Y LUCHAR POR UN MUNDO NUEVO**

a poder llevar a cabo nunca, y aun cuando pensemos que la justicia es maniatada y mucha gente no la defiende, ésta sí se puede dar, pues el Reino de Dios está en nosotros y nosotros lo hacemos presente en la acción del Espíritu Santo.

La justicia

La justicia se define, en pocas palabras, como “dar a cada uno lo suyo”. En este sentido, hablar de justicia puede parecer muy amplio, pero realmente se concreta en aquello que vivimos habitualmente, puesto que la justicia es una virtud cardinal. A través de la justicia, hacemos lo que más conviene a cada uno, guiados por la prudencia, que nos ayuda a vivir sabiendo distinguir aquello que es bueno de aquello que no lo es.

En este sentido, dar a cada uno lo suyo comienza por reconocer qué o a quién tengo delante. Cuando tengo a una persona humana, tengo delante a alguien que, como hemos dicho antes, no tiene un valor relativo, sino que tiene dignidad, es decir, tiene un valor absoluto. Esto requerirá que actúe en consecuencia, de manera que, en este actuar, dé lo que corresponde a otra persona humana. De hecho, la injusticia nace cuando no damos a cada uno lo suyo. Cuando alguien cree que se le trata de manera injusta, significa que esta persona no tiene conciencia de que se le esté tratando como merece.

La justicia es condición para la vida social. Es cierto que, a nivel institucional, la justicia se discierne a través de leyes. Sin embargo, en nuestra vida, es nuestro entendimiento, iluminado por el Espíritu Santo y guiado por nuestra prudencia, quien nos permite actuar de una manera justa, dando a cada uno aquello que le corresponde.

El bien común

El bien común está íntimamente relacionado con la justicia, puesto que es necesario que ésta se haga presente para que pueda haber un bien común. Como hemos dicho anteriormente, el bien común es el fin de nuestras acciones en el ámbito social. El bien común lo vamos construyendo, en la medida en que, con nuestras acciones, favorecemos el bien de la sociedad. Estas acciones piden ser justas, porque de lo contrario, no estaremos generando ese bien común, porque no estaremos dando a cada persona y a cada cosa aquello que le corresponde.

Como decíamos, el bien común es algo a descubrir y a alcanzar, pero al mismo tiempo es algo que construimos con nuestras acciones, y que estamos llama-

dos a construir entre todos los agentes sociales. Así, los distintos instrumentos para construir la sociedad, deben estar dispuestos a trabajar para el bien común.

Antes hemos dicho que el bien común se distingue del interés general, porque el bien común necesita puntos de referencia, aunque sea en una sociedad plural. Si el bien común está apoyado en la dignidad de la persona humana, tenemos un punto de referencia estable para alcanzar ese bien común. El interés general tiene como punto de referencia a aquellos que definen cuál es el interés general, de modo que siempre se corre el riesgo de olvidar la justicia por cuestiones ideológicas o triviales. El bien común nos asegura el poder remar todos en la misma dirección de una manera estable, haciendo visible la justicia, que parte de la dignidad de la persona humana como punto de referencia.

En este sentido, el segundo PVJ es un compromiso con el bien común y la justicia, en tanto que defender a ésta última y trabajar por un mundo nuevo van de la mano. El mundo nuevo por el que luchamos es el bien común, que se identifica con la consecución del Reino de Dios para el cristiano. Sin embargo, el hecho de que alguien no sea creyente no le excluye de poder trabajar para conseguir el bien común, puesto que esto es algo objetivo. Nosotros conocemos las características del Reino de Dios que Jesús nos ha revelado, y creemos que contamos con su fuerza para llevarlo adelante, porque es Él, a través de su Espíritu, quien lleva la iniciativa. Sin embargo, este principio de la DSI se propone como algo para ser vivido en sociedad, con todas las personas que formamos parte de la misma, independientemente del credo o de otras cuestiones que nos diferencian.

Nosotros, como Juniors y como cristianos, estamos comprometidos con la justicia y el bien común, de manera que, con nuestras acciones, en el movimiento y fuera de él, estamos llamados a trabajar por ese mundo nuevo en el que se haga presente la justicia que nace de la dignidad de la persona humana.

2.3 Vivir en la verdad para conquistar mi libertad

Este Principio de Vida Juniors, aunque nos pide vivirlo de manera personal, tiene consecuencias fundamentales en la vida social, puesto que ambas realidades son necesarias en la sociedad.

Fundamentación del tercer PVJ

En este tercer PVJ, el mismo Jesús nos recuerda que verdad y libertad van de la mano, y que Él nos ayuda a alcanzarlas en el evangelio según San Juan: «



**VIVIR EN LA VERDAD
PARA CONQUISTAR MI LIBERTAD**

Dijo Jesús a los judíos que habían creído en él: «Si permanecéis en mi palabra, seréis de verdad discípulos míos; conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres» (Jn 8,31-32).

Ya hemos hablado anteriormente de la necesidad de permanecer junto a Jesús para poder ser, verdaderamente, discípulos suyos. Así, Jesús nos llama a permanecer en su palabra, en aquello que ha manifestado en nuestras vidas. Ahora bien, Jesús nos habla de conocer la verdad, y de que la verdad nos libere. ¿Qué significa esto? Nosotros reconocemos las palabras de Jesús como ciertas: «Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida» (Jn 14,6). Cuando decimos que Jesús es la Verdad, estamos diciendo que Él nos enseña la Verdad de nuestra vida, de lo verdaderamente importante. De modo que, conocerlo a Él es conocer la Verdad. Sin embargo, ¿cómo es esto posible en sociedad, si cada uno posee una verdad?

Lo cierto es que las personas necesitamos de la verdad para fundamentar nuestras vidas, porque la verdad da solidez a aquello que nos sostiene. Sin embargo, vemos que muchas verdades que creemos conocer son pasajeras. Ahora bien, la convivencia de las personas dentro de una comunidad, parroquial o social, es ordenada, fecunda y conforme a la dignidad de las personas, cuando se fundamenta en la verdad. Todos estamos llamados a tender continuamente hacia la verdad, respetarla y atestiguarla responsablemente. Un grupo de personas ha de esforzarse por vivir en la verdad.

Quizá, para una persona no creyente, confesar a Jesús como Verdad le resulte imposible. Sin embargo, sí que podemos sostener nuestra vida en sociedad en las consecuencias de seguir a Jesús como Verdad de nuestra vida. Cuando asumimos que Jesús nos va descubriendo la Verdad de lo que es realmente importante para nosotros, podemos admitir, por ejemplo, la dignidad de la persona humana como algo verdadero. Sin embargo, lo mejor que podemos hacer es dar testimonio de esa Verdad con nuestra vida, como hizo el mismo Jesús ante Pilatos, cuando dijo: «Yo para esto he nacido y para esto he venido al mundo: para dar testimonio de la verdad» (Jn 18,37). De hecho, nosotros creemos por el testimonio de aquellos que han reconocido a Jesús como Verdad, porque han entregado sus vidas por dar testimonio de esta Verdad. Como nuestro patrón, San Mauro, de quien hablaremos más adelante, y que dio testimonio de la verdad entregando su vida, hasta las últimas consecuencias.

Así, la Verdad nosotros la conocemos en Jesús, y la conocemos más en tanto que estamos más cerca de Él. Ahora bien, ¿qué relación tiene la verdad con la libertad?

Ciertamente, cuando asumimos la verdad es cuando estamos capacitados para actuar en libertad. A veces creemos que somos libres, y realmente nos engañamos a nosotros mismos, porque no conocemos la verdad de nuestra vida. La definición habitual de libertad consiste en poder actuar según la propia voluntad. Sin embargo, ¿somos libres realmente? Esta pregunta no es fácil de responder, pero vamos a intentar profundizar en esta respuesta.

A primera vista, podemos considerar que somos libres, en tanto que podemos actuar según nuestra propia voluntad. Sin embargo, la libertad no se puede considerar un absoluto, pues no es lo único que condiciona nuestra vida. Nosotros podemos actuar libremente, pero nuestros actos tienen consecuencias que vienen de la mano de nuestra libertad. Y, además, cuando actuamos, también nos confrontamos con nuestra propia limitación. Si, por ejemplo, yo quiero correr una maratón, pero sufro un accidente que me dificulta caminar, mi libertad se ve limitada por las circunstancias que afectan a mi vida. En la medida en que asumimos cuál es nuestra realidad, nuestra verdad, podemos actuar con una verdadera libertad.

Jesús nos dice que, en la medida en que conozcamos la verdad, ésta nos hará libres, porque nos hará descubrir qué es lo esencial, lo propio de cada uno de nosotros. Y, en esa verdad, en esa dignidad propia del ser humano, descubrimos que es donde encontramos nuestra verdadera libertad, porque la libertad no actúa como algo absoluto, puesto que en los otros encuentra su justa medida. De ahí que necesitemos ejercer nuestra libertad, pero haciéndolo desde la verdad, asumiendo la verdad de nuestra vida que viene a nuestro encuentro. En el momento en el que asumimos nuestra verdad, nuestra identidad, aquello que nos es propio, es cuando somos realmente libres.

Es importante considerar que la libertad no es un absoluto, es decir, que la libertad vivida en sí misma no conduce a nuestra vida plena, sino que es el amor, que conlleva la entrega, como el mismo Jesús nos enseña. Jesús ha asumido, en una libertad completa, el entregar su vida por nosotros. Podemos decir que ha sido libre, pero que esta libertad no es el absoluto: el absoluto es Dios, la voluntad del Padre que ha llevado a cumplimiento. Del mismo modo, nosotros, poseemos la libertad, pero una libertad que pide que nos comprometamos, libremente, con aquello que verdaderamente puede llenar nuestro corazón, a pesar de las dificultades. La libertad está al servicio del Amor, que nos descubre la Verdad de nuestra vida.

La templanza

La templanza es la virtud que nos permite vivir desde la verdad y en libertad, puesto que nos permite asumir nuestra libertad en el lugar que le corresponde, no como aquello que domina nuestra vida. Podríamos decir que la templanza es la virtud que pone las cosas en su lugar en nuestra vida, que nos ayuda a situar todo aquello que forma parte de nuestras vidas en el lugar que le corresponde.

Cuando conocemos la verdad de nuestras vidas, cuando conocemos a Jesús como nuestro Camino, nuestra Verdad, y nuestra Vida, es cuando somos realmente libres para optar en nuestra vida por aquello que nos va a realizar. Necesitamos experimentar la libertad, pero necesitamos comprometerla con aquello que realmente nos conduce hacia la felicidad. La libertad en sí misma no es un fin, sino que es un medio para alcanzar aquello que necesitamos en nuestra vida. En ese sentido, la templanza actúa como garante de la libertad, porque nos permite asumir los compromisos por los que optamos libremente. La templanza nos ayuda a decir qué queremos y qué no queremos, a asumir lo que nos ayuda a crecer y a rechazar lo que nos aleja de aquello que se presenta como el camino hacia la felicidad.

Quizá nos parezca muy fácil optar entre un bien y un mal; pero, ¿y cuando tenemos que optar entre dos bienes? Necesitamos puntos de referencia para poder elegir libremente. Primero, reconocer nuestra propia identidad, nuestra verdad. Y, acto seguido, optar por aquello que más nos conviene y mantenerse firmes en esa decisión. La templanza nos ayuda a poder vivir esta firmeza necesaria, puesto que en los momentos de dificultad, se hace necesario poder soportar aquello que no nos gusta para obtener un premio mayor. Así, no nos dejamos llevar solamente por nuestros sentimientos o nuestras pasiones, como hemos dicho al hablar de la Oración Juniors, sino que vamos creciendo en la virtud de la templanza que nos ayuda a asumir aquello que más conviene a nuestra vida y a aquello que nos conduce a la plenitud, la auténtica felicidad.

El principio de subsidiariedad

Este principio normalmente se asocia con el papel de las instituciones, que siempre deben estar al servicio de la persona humana y del bien común, y no al revés. Este principio nos asegura que la intervención de las instituciones en la vida de las personas tiene lugar en su justa medida, y que no se excede ni lleva a cabo funciones que no le corresponden.

Vamos a recuperar las palabras de San Juan Pablo II que hemos citado anteriormente:

...una estructura social de orden superior no debe interferir en la vida interna de un grupo social de orden inferior, privándola de sus competencias, sino que más bien debe sostenerla en caso de necesidad y ayudarla a coordinar su acción con la de los demás componentes sociales, con miras al bien común (CA 48).

El principio de subsidiariedad es aquél que se encarga de que en una sociedad, todos se enfoquen hacia el bien común, que tiene su fundamento en la dignidad de la persona humana. Este principio nos ayuda a comprender cómo todas las cosas tienden a ordenarse hacia el bien común y la dignidad de la persona humana. De hecho, regula los grupos sociales para que no actúen en contra del ejercicio de la libertad de los grupos sociales menores. Este principio se asegura de que todo se ordena hacia ese bien común, en cada uno de una manera determinada, dependiendo el lugar que ocupe en la sociedad, comprendido desde la lógica del servicio. Cuando los grupos sociales se comprenden desde la lógica del servicio y no del poder, se cumple este principio, ya que se respetan a los individuos y los grupos sirven como medios para ayudar a la persona que busca realizarse.

De ahí que este principio esté relacionado con el tercer PVJ, puesto que cuando se respeta la verdad de las personas, su dignidad, y todo se encamina hacia ese bien común, se entra en la lógica del servicio, que permite ejercer la subsidiariedad, es decir, complementar a las personas en aquello que no llegan y suplir las posibles deficiencias que puedan haber. Del mismo modo, cuando nosotros vivimos en la verdad y nos esforzamos por conquistar nuestra libertad, es cuando verdaderamente nos abrimos a los otros como ellos necesitan, y no como competidores. Reconocemos a los otros como hermanos, y respetamos su libertad, ayudándolos a realizarse y no siendo obstáculos para ellos. Les ayudamos en lo que necesitan, pero respetando su individualidad su libertad.

Cuando vivimos este tercer PVJ, contribuimos a hacer una sociedad más humana, partiendo del esfuerzo personal. Esto nos evita la tentación de echar la culpa de todo a los de fuera, y centrarnos más en conquistar nuestra libertad para hacer que la sociedad mejore. Si queremos que nuestra sociedad crezca en humanidad, los primeros que tenemos que hacerlo somos nosotros mismos, y en la medida en que crezcamos en humanidad, haremos de la sociedad una sociedad más humana.



**FORTALECER MI ESPÍRITU PARA
ESTAR DISPUESTO A SERVIRTE A TI JESÚS
Y A MIS HERMANOS**

2.4 Fortalecer mi espíritu para estar dispuesto a servirte a ti, Jesús, y a mis hermanos

Este cuarto y último Principio de Vida Juniors nos lanza directamente al servicio, como el mismo Jesús nos ha enseñado en la noche de la Última Cena y nos invita a vivir en nuestro día a día.

Fundamentación del cuarto PVJ

En el evangelio de san Juan, como hemos dicho en capítulos anteriores, asistimos a la Última Cena de Jesús desde una perspectiva nueva en el lavatorio de los pies. Jesús les lava los pies a sus discípulos, y cuando termina, les dice:

¿Comprendéis lo que he hecho con vosotros? Vosotros me llamáis “el Maestro” y “el Señor”, y decís bien, porque lo soy. Pues si yo, el Maestro y el Señor, os he lavado los pies, también vosotros debéis lavaros los pies unos a otros: os he dado ejemplo para que lo que yo he hecho con vosotros, vosotros también lo hagáis (Jn 13,12-15).

Jesús les muestra algo fundamental a sus discípulos: les muestra cómo es Dios. Ellos no entendían, pero Jesús rompe sus esquemas y les lava los pies. Sin embargo, quiere que comprendan lo que ha sucedido, por eso les recuerda quién es: “el Maestro” y “el Señor”. No es que haya dejado de serlo, sino que les está revelando lo que significa ser el Maestro y el Señor. Cada uno de ellos podía comprender lo que era ser el Maestro y el Señor de maneras distintas; de hecho, cada uno tenía una imagen sobre quién tenía que ser el Mesías y cómo tenía que actuar. Y, sin embargo, Jesús les va mostrando cómo deben de ser las cosas, aunque al principio no lo comprendan. Jesús se hace solidario con ellos, porque les ayuda a comprender y asume sus faltas y aquello que no comprenden, y les ayuda a comprender. En este sentido, el cuarto PVJ, propuesto al final de el itinerario formativo de Juniors, nos lanza al mundo como aquellos que han comprendido que esta es la manera en que Jesús es el Señor: a través del servicio, a Él y a los que Él pone a nuestro lado.

La fortaleza

La virtud de la fortaleza es aquella que hace que no nos dobleguemos ante las inclemencias, y que podamos con aquello que vaya viniendo. Si hemos dicho que la templanza nos ayuda a ordenar aquello que vivimos hacia lo verdaderamente importante, la fortaleza es la virtud que nos permite perseverar y que impide que nos dobleguemos ante las situaciones adversas. Así, esta virtud nos ayuda a ser constantes en la búsqueda del bien y ser firmes en los momentos de tormenta, a resistir a las tentaciones y superar los obstáculos

de nuestra vida moral. La fortaleza nos ayuda a ser fuertes y vencer el temor, haciendo frente a las pruebas, e incluso a las persecuciones.

Esta virtud nos permite sobreponernos a nosotros mismos, porque realmente el servicio constante es algo que a veces puede pesarnos. Muchas veces tenemos tendencia a cerrarnos en lo que nosotros queremos o preferimos, más que en lo que los demás necesitan. La fortaleza nos ayuda a salir de nosotros mismos, dejar de mirarnos el ombligo y conseguir mirar las necesidades de los demás, incluso por encima de las nuestras propias. Es la virtud que nos anima a vivir Jesús cuando nos dice: «Si alguno quiere venir en pos de mí, que se niegue a sí mismo, tome su cruz cada día y me siga» (Lc 9,23). Negarse a uno mismo no es sencillo, porque no sólo implica reconocer que yo no soy la medida de todas las cosas, sino que pide, de nuestra parte, que estemos constantemente saliendo de nuestra zona de confort.

Pero, como sucede con el resto de virtudes, la fortaleza no se consigue de un día para otro, sino que es un proceso. Recordemos que las virtudes nacen de los hábitos, es decir, de los pequeños actos y gestos de nuestra vida ordinaria que vamos incorporando a nuestra manera de ser. De ahí que, para cultivar la fortaleza, tengamos que llevar a cabo actos, constantes, que nos ayuden a ser fuertes para que, llegado el momento, estemos preparados frente a los grandes desafíos.

El principio de solidaridad

Este principio tiene una fuerte inspiración cristiana, puesto que nace de la caridad. La solidaridad es aquello que nos hace poner nuestro foco en el otro, y no en nosotros mismos, reconociendo que en la vida en sociedad, tenemos que hacernos cargo también de aquellos que forman parte de la misma. La solidaridad abre caminos de unidad e igualdad, y nos recuerda que ser personas es vivir en relación, que todos estamos conectados por los lazos de las relaciones que establecemos con los demás.

Así, el principio de solidaridad nos ayuda a comprender a los otros como semejantes, y a construir un mundo más justo y equitativo, pues nos hace centrar nuestra mirada en las necesidades de los demás. Nos hacemos solidarios cuando estamos cerca de los demás, y estamos dispuestos a encontrarnos con ellos en las situaciones en las que viven. Se puede ser solidario riendo con los que ríen y ayudando a quienes lo necesitan.

Ahora bien, la solidaridad es distinta a la caridad. La caridad es animada por Dios, y nos lleva hacia una entrega cada vez mayor. La solidaridad es un ins-

trumento para humanizar la sociedad, pero puede ser vivida por personas creyentes y no creyentes. En este sentido, nosotros tenemos que ser agentes de solidaridad en la sociedad, para que cada vez más nuestra sociedad sea solidaria, particularmente con quienes más lo necesitan. Sin embargo, lo hacemos desde la caridad, desde el Amor de Dios que hemos conocido y que nos invita a entregarnos más cada día por aquellos que Él pone a nuestro lado, porque la caridad necesita de nuestra implicación personal.

En este sentido, el cuarto PVJ se sostiene en este principio de solidaridad, animado por la caridad que vivimos como cristianos. Necesitamos de la fortaleza, para que nuestro servicio y nuestra entrega sean cada vez mayores, pero al mismo tiempo queremos servir a Jesús y a los demás: serviremos a Jesús en la medida en que nuestro servicio a los demás se parezca más a su entrega, al amor que Él ha mostrado por nosotros. Estamos llamados a hacer presente, en medio de la sociedad, la solidaridad, tan necesaria particularmente con los más necesitados, pero estamos llamados a hacerla presente desde la Caridad, que es el Amor que es Dios y que Él nos ha entregado a través de su Espíritu.

En conclusión, cultivar la fortaleza nos permite hacer presente la solidaridad en medio de la sociedad, pero siempre animada desde el Amor, para dar testimonio del Amor de Dios en medio del mundo. Este es el servicio que nos comprometemos a vivir a través del cuarto Principio de Vida Juniors, de manera que, en la medida en que lo ponemos en práctica, transformamos la sociedad desde nuestro crecimiento como discípulos de Jesús.

3. El valor divino de lo humano

Concluyendo este capítulo, podemos decir que las propuestas que hacemos desde Juniors a través de los Principios de Vida, que forman parte de nuestra identidad, no son propuestas que se quedan en el aire, sino que van a lo concreto de nuestras vidas y de nuestra sociedad. Los Principios de Vida son instrumentos para dar testimonio de nuestro seguimiento de Jesús, de su amor al mundo, y de hacer presente el Reino de Dios en nuestra sociedad. De ahí que estén íntimamente relacionados con los principios de la Doctrina Social de la Iglesia, la DSI es la propuesta que hace la Iglesia para contribuir al desarrollo de la sociedad.

Las virtudes cardinales, por su parte, son aquellas que nos hacen crecer como personas humanas. Sin embargo, como hemos visto, son el mejor instrumento para contribuir en la sociedad desde nuestra realidad personal a que ésta,

cada vez, sea más cercana a lo que Dios quiere para nosotros. La solidaridad, la subsidiariedad, el bien común, la dignidad de las personas... todo esto se potencia desde las virtudes humanas, y como hemos visto, están plenamente enraizadas en el Evangelio.

Por eso, podemos decir que nuestra fe nos ayuda a vivir aquello que es propiamente humano y humanizador, desde el Amor de Dios. Así, los PVJ son la concreción y la propuesta que se hace desde Juniors para descubrir, a través de nuestro compromiso como miembros de la sociedad, el valor del Evangelio y su riqueza en medio de los lugares en los que se hace presente por el testimonio de los cristianos.





SAN MAURO,

PATRÓN DE JUNIORS Y

EJEMPLO DE SANTIDAD

En este último capítulo del Manual de Espiritualidad Juniors, es bueno que recapitemos algunas cosas. En los primeros capítulos, hemos comenzado haciendo una exposición teórica sobre lo que constituye el fundamento de nuestra espiritualidad, para comprenderlo desde nuestro Lema y profundizar en el modo en que celebramos nuestra fe a través de los ritos. Ahora bien, acto seguido hemos hecho un alto en la oración, que desarrolla la relación de amistad con Dios, centrando nuestra atención en la Oración Juniors, como expresión de aquello que le pedimos a Dios y que forma parte de nuestra identidad Juniors.

Así, la oración nos lleva a la acción, porque tiene unas repercusiones en nuestra vida, lo que se expresa a través de la Ley Juniors, en relación con las virtudes teologales. Esta puesta en práctica se ha hecho más evidente en los Principios de Vida, que en relación con los principios de la DSI y de las virtudes cardinales, orienta nuestra identidad a la acción transformadora en el mundo y en nuestra sociedad.

Por tanto, vemos cómo hemos ido desde un plano teórico a un plano más práctico, más enfocado a la acción. Ambas dimensiones son necesarias, y ejemplo de ello es nuestro patrón, San Mauro, a quien vamos a dedicar este último capítulo, como ejemplo de santidad y de fe vivida para todos nosotros.

1. La santidad y la amistad con Dios

Antes de centrarnos en la persona de Mauro, es bueno que hablemos en este último capítulo de lo que está al inicio de nuestra vida como cristianos: la santidad.

1.1 ¿Qué significa ser santo?

Una primera respuesta a esta pregunta la encontramos en el Catecismo de la Iglesia Católica (CIC), que nos remite, en primer lugar a la Sagrada Escritura:

2012. “Sabemos que en todas las cosas interviene Dios para bien de los que le aman [...] a los que de antemano conoció, también los predestinó a reproducir la imagen de su Hijo, para que fuera él el primogénito entre muchos hermanos; y a los que predestinó, a éstos también los llamó; y a los que llamó, a éstos también los justificó; a los que justificó, a éstos también los glorificó” (Rm 8, 28-30).

2013. “Todos los fieles, de cualquier estado o régimen de vida, son llamados a la plenitud de la vida cristiana y a la perfección de la caridad” (LG 40).

Todos son llamados a la santidad: “Sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto” (Mt 5, 48):

«Para alcanzar esta perfección, los creyentes han de emplear sus fuerzas, según la medida del don de Cristo [...] para entregarse totalmente a la gloria de Dios y al servicio del prójimo. Lo harán siguiendo las huellas de Cristo, haciéndose conformes a su imagen y siendo obedientes en todo a la voluntad del Padre. De esta manera, la santidad del Pueblo de Dios producirá frutos abundantes, como lo muestra claramente en la historia de la Iglesia la vida de los santos» (LG 40).

Como vemos en el Catecismo, la santidad es alcanzar la perfección que es propia de Dios y que Él, por la acción de la gracia en nuestros corazones, comparte con nosotros. Ahora bien, como vemos al inicio del número 2013, la santidad es llamada “plenitud de la vida cristiana y perfección en la caridad”. La plenitud que anhelamos es la felicidad que sólo en Dios podemos encontrar, esa felicidad completa que experimentamos que podemos vivir con Él. De ahí que podamos comprender la santidad como una relación de amistad plena con Dios, una amistad por encima de cualquier otra que nos conduce a esa vida en plenitud.

La santidad, a la que estamos llamados por el bautismo, es la unión con Dios, que cada vez está llamada, ya en esta vida, a hacerse más efectiva. Conocemos el nombre de algunos de ellos, que habiendo sido amigos de Dios en vida, están ahora junto a Él. Sin embargo, hay otros muchos que no conocemos. Como nos recuerda el papa Francisco en *Gaudete et exultate*:

El Espíritu Santo derrama santidad por todas partes, en el santo pueblo fiel de Dios, porque «fue voluntad de Dios el santificar y salvar a los hombres, no aisladamente, sin conexión alguna de unos con otros, sino constituyendo un pueblo, que le confesara en verdad y le sirviera santamente». El Señor, en la historia de la salvación, ha salvado a un pueblo. No existe identidad plena sin pertenencia a un pueblo. Por eso nadie se salva solo, como individuo aislado, sino que Dios nos atrae tomando en cuenta la compleja trama de relaciones interpersonales que se establecen en la comunidad humana: Dios quiso entrar en una dinámica popular, en la dinámica de un pueblo (n. 6).

En este sentido, la santidad es una invitación para todos, pero es conveniente que tengamos en cuenta algo fundamental: para ser santos, lo único que tenemos que hacer es estar en disposición de dejarnos encontrar por Dios y seguirlo cada vez más de cerca, en aquello que vivimos habitualmente, pero vivido junto a Él. Un santo del s. XX, San Josemaría, nos dice sobre la santidad:

Ciertamente se trata de un objetivo elevado y arduo. Pero no me perdáis de vista que el santo no nace: se forja en el continuo juego de la gracia divina y de la correspondencia humana. Todo lo que se desarrolla [...], comienza por ser pequeño. Es al alimentarse gradualmente como, con constantes progresos, llega a hacerse grande. Por eso te digo que, si deseas portarte como un cristiano consecuente —sé que estás dispuesto, aunque tantas veces te cueste vencer o tirar hacia arriba con este pobre cuerpo—, has de poner un cuidado extremo en los detalles más nimios, porque la santidad que Nuestro Señor te exige se alcanza cumpliendo con amor de Dios el trabajo, las obligaciones de cada día, que casi siempre se componen de realidades menudas¹.

El camino para ser Amigos de Dios pasa por vivir lo que hacemos ordinariamente tratando a Dios de esta manera: a través de una relación de amistad. Es cierto que es una amistad distinta al resto de las que vivimos, pero eso no la hace una amistad menos real o importante, más bien todo lo contrario. Cuando somos conscientes de cómo es Dios, de que Él siempre nos acompaña, de que está a nuestro lado en nuestra vida cotidiana, entonces lo que vivimos habitualmente podemos vivirlo en esta amistad con Él, esforzándonos por hacer las cosas mejor cada día, sin desanimarnos por los errores o los tropiezos, volviendo siempre a recibir este abrazo del padre misericordioso que nos espera mirando al horizonte para vernos llegar.

La santidad es una llamada que todos hemos recibido por el bautismo, y que quiere concretarse en nuestra vida. De ahí que, a continuación, vayamos a ver cómo un joven de los primeros siglos del cristianismo, pasa a ser amigo de Dios, y da testimonio de esta amistad hasta el último momento de su vida.

¹ San Josemaría, *Amigos de Dios*, 7.

2. San Mauro, amigo de Dios

Mauro fue un joven nacido en Roma el año 268 d.C. Era el cuarto hijo en una familia cristiana, sus padres se llamaban Claudio e Hilaria, y su hermano llamado Jasón. Al igual que su padre, que era tribuno de la legión, el joven Mauro quiso seguir la carrera militar y ser soldado, algo que no resultaba extraño en esta época en familias de carrera militar.

Tenemos que tener en cuenta que, cuando nació Mauro, ser cristiano no era fácil. Los cristianos estaban perseguidos por el hecho de seguir a Jesús, porque iban a contracorriente. No tenían grandes templos, simplemente se reunían para celebrar la Misa y tenían costumbres distintas a las de los demás. Sin embargo, esto era motivo suficiente para buscarlos e intentar hacer que renunciaran a su fe, ofreciéndoles que negaran a Jesús o morir confesándolo. Los padres de Mauro creyeron al ver mártires entregar su vida por Jesús, porque nadie entrega su vida por algo por lo que no está seguro.



De hecho, el padre de Mauro, Claudio, a través del testimonio de los mártires, convirtió a toda su tropa, lo que hizo que el emperador Numeriano lo capturara y lo martirizara, para intentar que la tropa dejara de creer en Jesús. Así, Claudio entregó su vida por Cristo, sin negarlo. Esto no desanimó al joven Mauro, sino que éste siguió predicando su fe y llevando la comunión a quienes no podían acudir a la celebración de la Misa por las persecuciones.

Ahora bien, esto no sentó bien al emperador Numeriano, puesto que no quería que el hijo de Claudio continuara con la tarea de su padre. De esta manera, al enterarse de que iba hablando de Jesús y de que éste había resucitado, decidió someterlo como hizo con su padre. Así, Numeriano buscó a Mauro, a su madre Hilaria y a su hermano Jasón, y les dio a elegir entre dejar de anunciar a Cristo y guardar su vida, o morir. Los tres eligieron lo segundo, porque después de haber conocido a Jesús, no podían negarlo. Descubrieron que realmente valía la pena entregar su vida por Jesús, porque la vida era un regalo que habían recibido de Dios y no querían vivir sin Él. Por todo esto, Numeriano los martirizó el año 282, cuando Mauro tenía 15 años.

Los restos de Mauro se conservaron en las catacumbas romanas de San Calixto hasta que San Juan de Ribera, en el año 1599, los trajo a Valencia para el Seminario que él mismo había fundado, como modelo de entrega para los jóvenes que se preparaban al sacerdocio.

Así, el joven Mauro, sin imaginarlo, se convirtió en San Mauro, porque entregó su vida por Jesús, dando testimonio de Él sin miedo a las consecuencias. San Mauro fue valiente, porque descubrió que lo más valioso que tenía en su vida, era el amor de Dios que había conocido.

Ahora bien, por lo que sabemos de San Mauro, podemos quedarnos con tres aspectos o actitudes que nos ayudarán a ver porqué es modelo para nosotros, después de haber dado su vida por Cristo.

2.1 Las virtudes de San Mauro

Cuando hablamos de sus virtudes, hablamos de aquellas cosas que se pueden proponer para nosotros como modelo, y que ayudaron a San Mauro a estar más cerca de Jesús y a vivir su vida con entrega.

La humildad

Podemos decir que el joven Mauro fue humilde en su manera de vivir y de relacionarse con los demás. Quizás hoy no es la virtud más valorada, pero el anuncio cristiano, desde el principio, representa algo totalmente distinto a

lo que está establecido: «la locura de Dios es más sabia que los hombres» (1 *Cor* 1,25). Cristo crucificado es objeto de «escándalo para los judíos y locura para los gentiles» (1 *Cor* 1,23). Si el amor de Cristo por la pobreza no sigue los criterios apreciados por el mundo, el ideal de la humildad pareció tonto al mundo pagano del joven Mauro y, hoy todavía, puede ser confundido con una búsqueda de las humillaciones.

Aunque en la época de Mauro, la idea del «Conócete a ti mismo», se expandía como idea de virtud, el sentido bíblico de la humildad puede encontrar ese sentido de conocimiento de la condición personal. Humildad no significa ser apocado o alguien que no se inmuta; humildad significa andar en verdad, como nos recuerda Santa Teresa: reconocernos como criaturas, como hijos de Dios, como hermanos de los otros.

La predilección por los pobres y por los pequeños, concretamente probados por la humillación, encuentra en el Evangelio su confirmación definitiva, Cristo ha venido «a llevar la buena nueva a los pobres» (*Mt* 11,5) y da gracias al Padre por haber revelado el Evangelio a los pequeños y haberlo ocultado a los sabios.

La voluntad de imitar a Cristo es la característica más importante de la humildad cristiana, «Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón» (*Mt* 11,29). Cristo, que no vino «para hacerse servir, sino para servir y para dar su vida en rescate de muchos» (*Mt* 20,28).

La humildad consiste no en rebajarse por debajo de nuestra persona, sino en reconocer lo que somos, en nuestras limitaciones y en las situaciones que nos alejan de Dios, en el pecado. Esta aceptación hace que reconozcamos la necesidad del amor de Dios que tenemos en nuestra vida, un amor que nos hace grandes.

La idea de que «todo lo que hay de defectuoso en nosotros depende de nosotros; todo lo que hay de válido depende de Dios» nos lleva a reconocer algo que no nos conduce a la pereza y la desgana, sino al reconocimiento de que «todo lo hemos recibido» (1 *Cor* 4,7), y debemos, por lo tanto, reconocer que todos estos regalos son inmerecidos, y que los hemos recibido para que den fruto.

La caridad

San Mauro fue un joven caritativo, y esta cualidad se manifestó en su compromiso con la Eucaristía.

La tradición nos acredita, que Mauro llevaba consigo la eucaristía a aquellos que por diversas dificultades no podían asistir, él llevaba consigo el Cuerpo de Cristo a los más necesitados. San Mauro, que supo ver la importancia de recibir el Cuerpo de Cristo, no quiso que nadie se quedara sin poder recibirlo. Si nosotros tenemos algo que sabemos que nos hace un bien como ninguna otra cosa, ¿no queremos compartirla con aquellos que queremos? Pues esto es lo que hizo Mauro: reconoció el gran bien que es el regalo de la Eucaristía y dedicó su vida, entre otras cosas, a llevarla a los que la necesitan.

Así, vemos como Mauro presenta una caridad que le lleva al encuentro de los demás. Fue un joven que, a pesar de tener una vida breve y una juventud marcada por la persecución, supo afrontar las dificultades sin desanimarse. Además, supo vivir las virtudes con alegría: la prudencia, la fortaleza, la castidad... son virtudes que Mauro vivió e hizo presentes en su vida, como joven, en medio del mundo en el que le tocó vivir.

La obediencia

Mauro fue obediente. La obediencia se confunde hoy, fácilmente, con una falta de autonomía, y se convierte en el sinónimo de falta de criterio. Sin embargo, la obediencia va ligada a la libertad y a poder actuar con libertad. Para comprender esta virtud, necesitamos volver al capítulo anterior, en que hablábamos de conquistar la propia libertad como condición para poder vivir el amor que Dios nos ofrece.

La obediencia no es ciega, sino que forma parte de nuestra fe. Aunque pueda que no nos guste admitirlo, obedecemos de manera cotidiana a muchas personas, instituciones, ideas... Obedecemos a través de las personas que nos encontramos, sea porque tienen una potestad por encima de nosotros o porque nos parece coherente aquello que nos mandan. Pero, también, obedecemos a órdenes menos evidentes, como las tendencias que marcan las redes sociales, la publicidad, o las expresiones ideológicas.

Así, una vez que reconocemos que servimos a más amos de los que nos gustaría, estamos en disposición de descubrir la belleza de la obediencia, puesto que a través de Jesús, esa obediencia cambia de perspectiva, puesto que el riesgo de la obediencia es la alienación, el anular nuestra personalidad o nuestra capacidad de decidir. Sin embargo, esto no ocurre con Dios, lo

que nos muestra el mismo Jesús. Jesús es obediente a la voluntad del Padre. Jesús se hizo obediente en libertad, porque de lo contrario no habría sido tentado por el diablo. Pero, al mismo tiempo, se hizo obediente a la voluntad de Dios a pesar de tener que pasar por la cruz (cf. *Flp 2,8*). Jesús nos muestra que obediencia y confianza van de la mano, y que esa obediencia, en Dios, no nos anula, sino que nos hace protagonistas de nuestra vida, porque nos obliga a ejercer nuestra libertad para seguir su camino, el camino del Amor, o alejarnos de Él.

Mauro, igual que Jesús, obedeció a la voluntad de Dios. Esto no significa que buscara la muerte, puesto que la muerte le fue impuesta por otros. Pero prefirió seguir fiel a ese Dios con el que se había encontrado que renunciar a Él, de manera que en su martirio encontramos un acto en obediencia a la voluntad de Dios, perdonando a sus asesinos, pero al mismo tiempo una decisión completamente libre, que nos ayuda a comprender que la libertad que nos hace descubrir la plenitud es aquella que comprometemos en aquello que fundamenta nuestra vida.

3. Mauro, modelo de santidad

San Mauro se nos propone como un modelo de infancia y testimonio de Jesús para nosotros. Así se nos presenta san Mauro mártir, desde su vida y su historia, relacionadas con nuestra diócesis.

San Mauro es un ejemplo de testigo de Jesús y de su modelo podemos extraer un camino de santidad a seguir desde el estilo de vida Juniors. Él, desde su infancia, dijo que sí a Jesús y no se arrepintió ni se echó atrás incluso en las adversidades. Él lo siguió con lealtad y alegría, desde la Eucaristía dominical, en un momento difícil en el que ser cristiano podía costar la vida. Así, de esta manera, llegó a plasmar en su vida lo que dice el Señor: «Nadie tiene amor más grande que el que da la vida por sus amigos» (*Jn 15,13*). Como un buen amigo del Señor, intercede en el cielo por nosotros ante Dios y por ello podemos pedirle que medie por nosotros ante las dificultades.

Sin embargo, el hecho de que San Mauro sea nuestro patrón no significa que nuestra vida tenga que ser completamente igual a la suya. En primer lugar, porque las circunstancias que vivimos son distintas. Pero, en segundo lugar, porque la santidad, aunque se hace servir de modelos de vida, está diseñada de manera específica para cada uno de nosotros. Para ser santos, sólo tenemos que seguir a Jesús cada vez más de cerca, y contamos con el ejemplo de

nuestros hermanos mayores en la fe, como San Mauro, para ver cómo encontraron ellos este camino.

Ahora bien, este camino lo tenemos que descubrir cada uno personalmente, dentro de la Iglesia, dentro de nuestro Movimiento Juniors. La santidad es un camino que se personaliza, en la medida en que nosotros estamos dispuestos a seguir a Jesús de cerca y dejar que Él nos vaya moldeando. No tenemos que ser de una determinada manera, o dejar de ser de un modo determinado: tenemos que dejarnos moldear por Jesús, para que potencie nuestras cosas buenas y saque bien de aquello que nos impide avanzar hacia Él. Si queremos ser santos, tenemos que dejarnos en sus manos, y para eso, sólo necesitamos seguirlo de cerca, siempre por el camino que Él nos marca.



A person wearing a yellow jacket is shown from the chest down, with their hands clasped together in front of them. The background is a solid dark blue color. The person is wearing a dark-colored shirt with a white collar. The overall image has a semi-transparent dark blue overlay.

GLOSARIO

SIGLAS Y ABREVIATURAS

GLOSARIO

Gracia:

La palabra gracia procede del latín “gratia” y significa “favor” o “don”. Por definición, una gracia es algo que, si bien no se ha hecho nada para merecerlo, se recibe como algo gratuito. En el ámbito de la fe, podemos hablar de gracia en distintos sentidos. Sin embargo, cuando nos referimos a la gracia como algo en general, nos estamos refiriendo a los efectos de la entrega y la resurrección de Jesús por nosotros. Todo aquello que recibimos como resultado del amor de Dios mostrado en Jesús es gracia, y esta gracia actúa en nosotros. Es decir que, cuando hablamos de la acción de Dios en nosotros, nos referimos a la acción de la gracia en nuestros corazones que nos va transformando y haciendo cada vez más parecidos a Dios, particularmente en el amor. Si Dios nos enseña cómo es su amor en Jesús, en su vida, pasión, muerte y resurrección, la gracia es aquello que, por la acción del Espíritu Santo en nosotros, va actuando en nuestras vidas para que nuestro amor sea cada vez más parecido a “el Amor”, que es el amor de Dios que nos ha amado hasta el extremo.

Inspiración divina:

Todos sabemos lo que es la inspiración, puesto que es una expresión que utilizamos a menudo. – Hoy estoy inspirado, voy a hacer yo la comida... En este ejemplo, decir que se está inspirado es decir que, por cómo nos encontramos, creemos que la comida, si la hacemos nosotros, quedará particularmente buena.

Sin embargo, cuando hablamos de la inspiración divina, haciendo referencia a la Sagrada Escritura, nos referimos a una cualidad de la misma, por la que afirmamos que todos los libros de la Biblia han sido escritos bajo la inspiración del Espíritu Santo, y por tanto, de Dios. Así, podemos decir que la autoría de los libros de la Sagrada Escritura es de Dios, llevando la delantera e inspirando a los autores sagrados, que ponen por escrito aquello que les ha sido inspirado.

Ahora bien, no podemos olvidar que la Sagrada Escritura es Palabra de Dios (de ahí que sea inspirada) en palabra humana. Esto significa que el autor, cuando escribe, lo hace a la manera humana bajo la guía del Espíritu Santo (no se trata de un dictado que Dios hace a los autores sagrados). Por eso, los autores escriben en determinadas circunstancias, en un contexto socio-cultural concreto, sirviéndose de determinados géneros literarios, a partir de unas vivencias particulares a la luz de la fe... (IVSE n. 6).

Por tanto, cuando hablamos de inspiración divina como atributo de la Sagrada Escritura, nos estamos refiriendo al hecho por el cual podemos decir que Dios

es el autor de la Sagrada Escritura, sin que dejen de serlo también aquellos que se identifican como autores sagrados. En el fenómeno de la inspiración, Dios actúa en el autor sagrado, pero Dios ha querido expresarse de manera humana, para hacerse comprensible a nosotros.

Tradición viva:

En nuestra fe cristiana, no es lo mismo hablar de tradición (o tradiciones) que hablar de Tradición viva. Cuando hablamos de tradición (en minúscula), nos estamos refiriendo a algo que repetimos una y otra vez por un motivo concreto, de manera que ya se convierte en algo que incluso afecta a nuestra identidad. Por ejemplo, la procesión de la patrona de mi pueblo es una tradición, así como también lo es el comer doce uvas al ritmo de las campanadas la última noche del año en España. Estas tradiciones (con minúscula), pueden estar más o menos arraigadas, pero también pueden ser modificadas; aunque esta modificación será más o menos dolorosa en función de lo que dicha tradición afecte a una identidad personal o colectiva.

Ahora bien, cuando hablamos de Tradición (o Tradición viva de la Iglesia), estamos haciendo referencia a aquello que se ha transmitido en la Iglesia desde tiempos de Jesús por aquellos que fueron testigos del Resucitado: los apóstoles. Ellos comienzan a transmitir aquello que han vivido y conocido de Cristo y con Cristo, a través de la predicación, y esta Tradición sigue adelante, como muestran las enseñanzas de los Santos Padres.

Así, la Tradición conforma, junto con la Sagrada Escritura, lo que conocemos como Revelación, es decir, todo aquello que sabemos acerca de Dios a través de su Hijo por la acción del Espíritu Santo. Como nos dice la Constitución Apóstolica Dei Verbum del Concilio Vaticano II, la Tradición y la Escritura son los dos caños por los que fluye el agua de la fuente de la Revelación (cf. DV 9).

Trinidad:

Ricardo de San Víctor fue un pensador de la Edad Media que reflexionó acerca del misterio central de nuestra fe: la Trinidad. Él, siguiendo la línea de San Agustín de Hipona, quiso indagar en la comprensión de este misterio a través de la “vía del amor”, puesto que, como el mismo San Juan nos dice: «Dios es Amor» (1 Jn 4,8).

Partiendo de que Dios es amor, y un amor perfecto, es necesario que se dé una pluralidad de personas, para que este amor sea verdaderamente perfecto. Necesariamente el amor tiene que tender hacia otro, y este otro debe ser de la misma naturaleza. Dios podría amar únicamente a sus criaturas, pero sería un

amor infinito que no se colma en un amor finito. Por eso, el amor que es Dios se da entre el Padre y el Hijo. Pero, ¿y el Espíritu Santo?

El Espíritu Santo es fruto del mismo amor perfecto que es Dios, en tanto que el ser amado quiere que el otro pueda ser amado. No es un amor imperfecto u egoísta, sino que el amor es soberano y el que ama quiere que su amado pueda ser amado. De ahí que el Padre ama y da el ser y el amor al Hijo y al Espíritu Santo. El Hijo, recibe el ser y el amor del Padre y los comunica. Y, el Espíritu Santo es receptividad plena del amor entre el Padre y el Hijo. El Padre es pura Donación, el Hijo pura Mediación y el Espíritu Santo pura Receptividad.

Alma:

Podemos decir que el alma está constituida por nuestra dimensión espiritual. A través del alma, se define aquello que somos cada uno de nosotros, de manera individual. Ahora bien, nuestra alma no es algo ajeno a nosotros, porque está unida al cuerpo. No hay una dualidad entre el alma y el cuerpo, pues nuestra alma se manifiesta a través de nuestro cuerpo.

Acción Católica:

La Acción Católica General es un movimiento laical de la Iglesia para la evangelización. Para Juniors es muy importante, puesto que Juniors nace de la Acción Católica y conserva en su identidad muchos rasgos propios de Acción Católica.

Concilio Vaticano II:

Un concilio es una reunión eclesial bajo la autoridad jerárquica, donde se discuten y deciden asuntos relacionados con la fe, la moral y la disciplina de la Iglesia. Cuando el Papa convoca a todos los obispos de la Iglesia, estamos hablando de un concilio ecuménico. A lo largo de la historia, ha habido distintos concilios. El último de ellos fue el Concilio Vaticano II, que debe su nombre al lugar en el que se llevó a cabo, unido al hecho de que era el segundo que tenía lugar allí. Fue convocado por el papa Juan XXIII, y finalizó el 1965. En él, se trataron temas que afectan a la vida de la Iglesia para el mundo de hoy, y es el acontecimiento eclesial más importante de la historia reciente de la Iglesia, porque marcó el rumbo a seguir en los años venideros, hasta nuestros días.

Carta a los Romanos:

La Carta a los Romanos es una de las cartas del apóstol San Pablo, escrita en Corinto en torno a los años 56-57. y es una de las que más han influido en las cuestiones que tienen que con el modo en que recibimos la salvación. Esto es

así porque en ella, San Pablo, trata este tema y lo contrapone a través de la Ley y la Gracia.

San Pablo, cuando habla de la Ley, está hablando acerca de las normas morales que el pueblo de Israel había recibido de Dios. Ellos, en su manera de comprender, creían que cumpliendo esas leyes, se salvarían. Sin embargo, comprobaban que eran demasiado exigentes para vivirlas desde el corazón, completamente. San Pablo descubre que esta Ley no es lo que nos salva, sino que es la gracia que recibimos por la muerte y resurrección de Jesús. Esa fuerza, que nos llega a través de su Espíritu, es lo que nos permite vivir como Dios espera de nosotros. Por eso San Pablo habla sobre el Espíritu y lo contrapone a la Ley: no recibimos la salvación por nuestras obras o por nuestros méritos: la salvación es un regalo, una gracia, que recibimos a través de Jesús. La Ley pone de manifiesto que nos alejamos de Dios, porque no podemos vivirla por nuestros méritos. Necesitamos la fuerza de la gracia para poder seguir la voluntad de Dios en nuestra vida y poder vivir la Ley bajo la acción del Espíritu Santo, y esa fuerza la recibimos por Jesús, que se ha entregado por nosotros y, resucitado, vive para siempre a nuestro lado.

De ahí que, todas las cosas buenas que tenemos, son un regalo que hemos recibido, no es que lo merezcamos nosotros por nuestros méritos. Eso nos hace situarnos en la perspectiva del agradecimiento, porque sabemos que todo lo hemos recibido de Dios.

Imperativo categórico:

El imperativo categórico nos recuerda a Immanuel Kant, filósofo moderno de origen alemán. Kant hace un esfuerzo, a lo largo de su pensamiento, por justificar las cosas exclusivamente desde la razón, en distintos ámbitos. En el campo de la ética, nos lleva hacia el imperativo categórico, que es una norma que se sostiene, exclusivamente, a través del uso de la razón, sin influencias de otras dimensiones. En este sentido, el imperativo categórico es una máxima moral que sólo se sostiene en la razón, y lo formula de distintos modos. Uno de esos modos es el siguiente: «Yo no debo obrar nunca más que de modo que pueda querer que mi máxima se convierta en ley universal». En resumidas cuentas, es muy parecido a lo que se ha llamado “la norma de oro”, que aparece en el Evangelio de San Mateo: «Así, pues, todo lo que queráis que haga la gente con vosotros, hacedlo vosotros con ella; pues esta es la Ley y los Profetas» (Mt 7,12).

SIGLAS Y ABREVIATURAS

Siglas bíblicas

Am	Amós
Ap	Apocalipsis
Col	Colosenses
Cor	Corintios
Dan	Daniel
Dt	Deuteronomio
Ef	Efesios
Éx	Éxodo
Flp	Filipenses
Gál	Gálatas
Gén	Génesis
Hch	Hechos de los Apóstoles
Heb	Hebreos
Is	Isaías
Jer	Jeremías
Jl	Joel
Jn	Juan
Lc	Lucas
Mal	Malaquías

Mc	Marcos
Mt	Mateo
Pe	Pedro
Rom	Romanos
Sal	Salmos
Sam	Samuel
Sant	Santiago
Tes	Tesalonicenses
Tim	Timoteo
Tit	Tito

Siglas bibliográficas

Mc	Antiguo Testamento
CA	JUAN PABLO II, Carta Encíclica <i>Centesimus Annus</i> , 1991.
CDSI	Compendio de Doctrina Social de la Iglesia
CEE	Conferencia Episcopal Española
CIC	Catecismo de la Iglesia Católica
CV	FRANCISCO, Exhortación Apostólica <i>Christus Vivit</i> , 25 de marzo de 2019.
DSI	Doctrina Social de la Iglesia
DV	CONCILIO VATICANO II, Constitución Dogmática sobre la Divina Revelación <i>Dei Verbum</i> , 1965.

- EE JUAN PABLO II, Carta Encíclica *Ecclesia de Eucharistia*, 17 de abril de 2003.
- EV FRANCISCO, Exhortación Apostólica *Evangelii Gaudium*, 24 de noviembre de 2014.
- GE FRANCISCO, Exhortación Apostólica *Gaudete et Exultate*, 19 de marzo de 2018.
- GS CONCILIO VATICANO II, Constitución Pastoral *Gaudium et Spes*, 1966.
- IVSE PONTIFICIA COMISIÓN BÍBLICA, *La Inspiración y la Verdad de la Sagrada Escritura*, 22 de febrero de 2014.
- M.D. Moviment Diocesà
- MEJ Manual d'Espiritualitat Juniors

PARA SABER MÁS...

JUNIORS M.D., *Rasgos de Identidad*, València, 2016.

-----, *Estatutos*, València 2010.

-----, *Manual de ritos Juniors*.

LARRAÑAGA, I., *Muéstrame tu rostro*, Paulinas, Madrid 1985.

BENEDICTO XVI, Exhortación Apostólica post-sinodal *Verbum Domini*. En www.vatican.va

FRANCISCO, Exhortación Apostólica *Christus Vivit*. En www.vatican.va

-----, Exhortación Apostólica *Evangelii Gaudium*. En www.vatican.va

-----, Exhortación Apostólica *Gaudete et Exultate*. En www.vatican.va



AGRADECIMIENTOS

Agradecer la labor de aquellos que han hecho posible este manual, ellos son:

- Carlos Camallonga
 - Jordi Cerdà
 - Jesús Gabaldó
 - Onofre Gabaldó
 - Ignasi García
 - José Gómez
 - Virgilio González
 - Ignasi Llópez
 - Sergio Pelarda
 - Félix Perona
 - Vicent Planells
 - Enric Roig
 - Estefania Cabeza
-
- Secretaría Diocesana de Comunicación
 - Secretaría de Identidad y Proyecto Educativo Juniors
 - Vicepresidencia diocesana de formación
 - Consiliario Diocesano

